

ISSN 0120-0216



aleph



octubre/diciembre, 2024. Año LVIII

No 211



SSN 0120-0216
Resolución No. 00781 Mingobierno



Marta-Cecilia Betancur G.
Obra de Pilar González-Gómez

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (x)
Valentina Marulanda (x)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.606.8864085
<http://www.revistaaleph.com.co>
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación

Juan Luis López-Villa

Impresión

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

Octubre/Diciembre 2024

aleph

Para Aleph:

El cambio de siglo ha traído consigo una transformación de los ideales que heredamos de la modernidad. "Emancipación, justicia y reconocimiento" son nuevos valores que sustituyen, reescribiendo, los de libertad, igualdad y fraternidad. Son nuevos ideales que alumbran el horizonte de debates, visiones y luchas emergentes. Cual antorcha que ilumina el camino, la filosofía produce, cada tanto, esos episodios del pensamiento que recorren y transforman los gestos de los ideales y las acciones.

hoy, la participación activa de la mujer en la filosofía y en la vida pública sugiere nuevas sendas para proseguir el camino.

Marta C.

Marta-Cecilia Betancur G.

Semblanza de Marta-Cecilia

Aldemar Giraldo-Hoyos



Al calor de una taza de café, CER me insinuó escribir una semblanza de Marta-Cecilia; no sé si haya tenido en cuenta que soy la persona que más la conoce, pero, de todas maneras, acepté el reto y voy a tratar de evocar aquellos hechos reveladores de su carácter, los más salientes y significativos.

Sobra advertir que cuando hay vínculos afectivos es muy difícil dar cuenta del sentido de una vida, haciendo caso omiso de algo muy manoseado, como es la subjetividad, máxime, si se tiene en cuenta que su vida se entrelazó con la mía hace más de 43 años; en ese entonces, cursaba estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas; ya sabía que quería ser docente y esa semilla empezó a germinar desde la infancia, etapa en la cual hizo sus primeros pinitos con niños campesinos a quienes les enseñaba a conocer el reloj o a garabatear algunas letras.

Varios docentes de la entonces Facultad de Filosofía y Letras dejaron una huella imborrable en ella; imposible hacer caso omiso de Leonor Gallego Arias, Javier Vélez y Bertulio Salazar Giraldo; al cursar su Maestría, asimiló la impronta de Guillermo Hoyos y Rubén Sierra Mejía; ya, en su doctorado en España, su trasegar filosófico fue de

la mano de eminentes filósofos, como Jorge Vicente Arregui y Jacinto Choza Armenta.

Marta Cecilia, Jacinto Choza y Gustavo Muñoz fundaron el *Seminario de Identidad Cultural Latinoamericana* (SICLA) en el año 2007, acogiendo las siguientes universidades: U. de Caldas, U. Nacional de Tres de Febrero, U. Pontificia Bolivariana, Instituto Tecnológico de Monterrey, U. de Sevilla, U. de Málaga, U. de Colima, U. de Santiago de Chile, U. Central de Venezuela, U. Católica Nuestra Señora de la Asunción, U. Nacional de San Agustín, Universidad Veracruzana y University of Virginia's College at Wise; el tema abordado en el primer seminario, en Medellín (2008), fue: "La idea de América en los pensadores occidentales"; el XVII seminario se llevó a cabo en Manizales, este año 2024 y las discusiones giraron en torno al tema: "Desafíos para la educación del siglo XXI en Iberoamérica"; variada publicación académica es muestra del ejercicio investigativo de este seminario.

Distintos filósofos le han ocupado la mente, entre los cuales sobresalen Russell, Ricoeur, Kant, Wittgenstein, Honneth, Habermas, Gadamer, Arendt, Horkheimer, Marx, Nietzsche, Hegel, Taylor, Heidegger, Nussbaum y Frege. Sus campos de interés académico e investigativo han sido: Filosofía del Lenguaje, Antropología Filosófica, Filosofía Hermenéutica de Ricoeur y Epistemología de las Ciencias Humanas. Durante muchos años se ha interesado en encontrar el valor social de la filosofía y recuperar su potencial para pensar los problemas de la realidad; fiel a Honnet, ha tratado de "recuperar el contacto de la filosofía con el análisis de la sociedad".

Ha publicado artículos y ensayos en muchas revistas nacionales e internacionales; aludo a los siguientes libros:

- *Russell: Mundo y Lenguaje*. Cuadernos Filosófico-Literarios. N°4 (oct. 1997). Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados. Universidad de Caldas. Es un intento de desarrollar la teoría del significado propuesta por Russell como elemento fundamental para dar respuesta al primer problema. Mostrar cómo propuso y aplicó la teoría referencialista del significado, es decir, la idea de que el significado de un término es el objeto nombrado, y de que es esencial al significado la relación entre el símbolo y

lo simbolizado para explicar su concepción ontológica de lo que hay en el mundo: hechos que constan de particulares, cualidades y relaciones.

- *Metáfora y ver como. La creación de sentido de la metáfora*. Editorial Universidad de Caldas: 2006. Estudia el funcionamiento lingüístico de la metáfora a partir de la confrontación y el estudio de los textos más importantes que abordó Ricoeur sobre este tema.

- *Narración, Juegos de Lenguaje e identidades. Aproximaciones desde la filosofía de Paul Ricoeur*. Editorial Aula de Humanidades, Universidad Veracruzana: 2023. El propósito es desplegar la tesis de Ricoeur de que el ser humano no sólo se construye hermenéuticamente, en un lento proceso dialéctico imbricado por la mediación de las diversas creaciones de la sociedad y la cultura, sino que también se comprende de manera hermenéutica.

- *Reconfiguraciones de la Epistemología en la Filosofía Contemporánea*. Editores: Marta Cecilia Betancur y Jorge A. Flórez. Editorial Universidad de Caldas: 2024. La importancia de esta obra es que se trata de un ejercicio colectivo de diálogo y discusión acerca de las ideas centrales procedentes de diversas corrientes filosóficas que se encuentran activas hoy en el campo de la epistemología.

Imposible pasar por alto su dedicación constante y tesón cuando emprende metas y compromisos; además, su inagotable labor como filósofa y madre sin descuidar alguna de estas tareas.

Si alguien me preguntase por alguna característica que la diferencia, de inmediato diría: su generosidad para compartir el conocimiento y lo que posee.

Libros

(1999). *El texto escrito*. En coautoría con Beatriz Elena Jaramillo. (1999). Colombia, Editorial U. de Caldas

(1997). *Russell: mundo y lenguaje*. Colección Cuadernos filosófico literarios. Editorial Universidad de Caldas. No. 4

(2006). *Metáfora y ver como. La creación de sentido de la metáfora*. Editorial Universidad de Caldas.

(2017, 2023). *Narración, juegos de lenguaje e identidades*. México: Universidad Veracruzana, Bogotá: en coedición con Aula.

Ediciones académicas

(2009). *La idea de América en los pensadores occidentales*. Sevilla, Madrid: Themata, Plaza y Valdés.

(2011). *Narrativas fundacionales de América Latina*. Sevilla, Madrid.

(2012). *Improntas de Ricoeur en el pensamiento contemporáneo*. Colección cuadernos filosófico literarios No. 26. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

(2020). *La ciudad, función identitaria*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

(2024). *Reconfiguraciones de la epistemología en la filosofía contemporánea*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

Artículos y ensayos

(2000). Hipótesis del genio maligno y fundamentación matemática. *Discusiones Filosóficas*. Universidad de Caldas. Volumen (1).

(2001). Sobre los fundamentos de la vida social. *Discusiones filosóficas*. Volumen (2).

(2001). Para una semántica cultural del deseo. *Filosofía de la cultura*. Actas IV Congreso internacional de la Sociedad hispánica de Antropología filosófica.

(2004). Frente a frente, expresividad corporal y ética. Sevilla: *Themata*, Vol. (33).

(2004). A propósito de la enseñanza de la filosofía. Colombia. *Revista Aleph* No. 131.

(2005). Falsos presupuestos del problema de la identidad personal. *Estudios de filosofía*, Volumen (31).

(2005). Dasein, formas de vida y juegos de lenguaje. *Themata*, volumen (35).

- (2007). Narración de ficción y ver como. *Themata*, volumen (37).
- (2007). De la metafísica de la subjetividad al sujeto como persona. *Revista Aleph* No. 143.
- (2008) La necesidad de generalidad en ciencias sociales. *Praxis filosófica*. Universidad del Valle, Volumen 7.
- (2008). El sujeto de acción o la persona. *Anuario colombiano de fenomenología*, Volumen II.
- (2009). Filosofía y literatura: dos juegos de lenguaje. *Revista Aleph* No. 99.
- (2009). Bolívar: la utopía de América Latina. *La idea de América en los pensadores occidentales*. Sevilla, Madrid: Themata.
- (2010) Persona y máscara. *Praxis filosófica*. Universidad del Valle, (No. 30)
- (2012) Imaginario social de independencia. *La independencia de América. Primer centenario y segundo centenario*. Sevilla: Themata
- (2013). Los sentidos de la vida. Colombia: *Revista Aleph* No 164.
- (2014). Gabriel García Márquez: una educación abierta al mundo. Manizales. *Revista Aleph* No. 169.
- (2014) Mestizaje lingüístico y cultural. *Revista venezolana de análisis de coyuntura*, volumen (20).
- (2016). Del poderío de la fuerza al reconocimiento recíproco. *Revista Aleph*. No 178.
- (2017). Leopoldo Zea: Hacia un humanismo del reconocimiento. *Humanismo Latinoamericano*. Sevilla: Themata.
- (2017). Las heridas al reconocimiento por el desplazamiento intraurbano. *Revista Lasallista de investigación*, volumen 14, fascículo 2.
- (2018). Entre el reconocimiento recíproco y el reconocimiento mutuo. Sus devenires en la experiencia de paz en Colombia. *Escritos*. Universidad Pontificia Bolivariana, volumen 26, fascículo (57).
- (2018). Del Pathos del egoísmo al reconocimiento de los otros. *Patologías de la existencia*, Zaragoza: Editorial Universidad de Zaragoza.
- (2019). Implicaciones éticas del relato en la formación de capacidades de paz. *Los Ideales educativos de América Latina*. Sevilla: Themata.
- (2020). El feminismo es humanista. *Revista Aleph* No. 194.

(2020). Tensiones del imaginario social de libertad. *La ciudad, función identitaria*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

(2020). Decolonización y apertura de fronteras. En: *fronteras, expresiones artísticas y espacio público*. México: Universidad Autónoma de Ciudad de Juárez.

(2021). Del antihumanismo al humanismo de las utopías. En: *Humanismo y transhumanismo. Reflexiones desde las ciencias sociales y humanas*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

(2020). Ricoeur: el filósofo de las mixturas y las zonas intermedias. *Nuevas miradas a viejos problemas filosóficos*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

(2021). La democracia necesita de las humanidades. *Revista Aleph*, No. 196.

(2022). Comprender el dolor humano. *Asimetría entre la 1ª y la 3ª persona*. *Tópicos*, volumen 64. México.

(2023). Tan frágiles como capaces. *Ricoeuriana. Paul Ricoeur en perspectiva: Una hermenéutica de la acogida*. Universidad de Coímbra. (No. 3)

(2024). Parecidos de familia entre las nuevas epistemologías de las ciencias humanas. En: *Reconfiguraciones de la epistemología en la filosofía contemporánea*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.



Reportajes de Aleph

Marta-Cecilia Betancur, una filósofa de condición

Carlos-Enrique Ruiz



Si algo tiene de significado especial en nuestro tiempo es la reivindicación de la mujer, como alma y nervio de la vida familiar, institucional y en lo colectivo de sociedad. En la historia hay figuras femeninas en todos los órdenes de protagonismo por inteligencia, obras escritas y de forja comunitaria, liderazgo social y hasta heroísmo. Pero no ha faltado desdibujarlas en una condición subordinada por el machismo que ha imperado. Por fortuna hoy cobra vigencia su sentido esencial en las sociedades humanas, así en algunos lugares el dogmatismo las tenga sumidas en el anonimato, la obligada sumisión y en la indiferencia.

En este Reportaje reivindicamos la personalidad insigne de profesora en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, quien desde temprano en la vida ha estado apegada a los libros, con formación superior en licenciatura, maestría y doctorado. Escritora y pensadora de categoría, con significativa obra publicada y participación destacada en foros, seminarios y congresos nacionales e internacionales, con temas de la Filosofía. En los años más recientes se ha dedicado a esclarecer el papel de la mujer en su disciplina, y a motivar a colegas y alumnado en las tareas de la investigación, el librepensamiento y el compartir con la escritura

y los diálogos. Asimismo, se ha ocupado de tratar desde la filosofía los problemas de una sociedad conflictiva como la nuestra. Incluso puede decirse que ha hecho escuela, al igual que sus colegas Carlos-Alberto Ospina y Heriberto Santacruz, en labor de equipo, al propiciar la mejor formación en los alumnos, con énfasis en los destacados que han pasado todas las pruebas y se ubican en especie de sucesores connotados en las respectivas disciplinas. De ese modo puede decirse que la Escuela de Filosofía es hoy un centro reconocido en los ámbitos más exigentes, de nuestro país y de otros, por la calidad.

Marta-Cecilia, como se verá más adelante, ha tenido un filósofo de cabecera, sin desconocer la historia de la filosofía. Se trata de Paul Ricoeur (1913-2005), de quien ha asimilado cuestiones fundamentales: el establecimiento de relaciones directas, estimulantes y respetuosas, entre profesores y alumnos; la revalidación en lo creativo de los “sujetos hablantes”; el trabajo de la polisemia con la dialéctica del signo; repensar las convergencias y lo incompatible entre las ciencias y la filosofía del lenguaje; articular relaciones asimétricas y de reciprocidad en el laberinto de la política democrática; la reflexión política, con reconocimiento de los otros y los límites en la ética. Y como señala Néstor García-Canclini, a propósito de Ricoeur: “En este tiempo de desprestigio de los saberes absolutos, su elaboración de *mediaciones imperfectas* entre disciplinas, de una *dialéctica inacabada* entre la *doxa* y la *episteme*, entre la *sensación fugitiva y contingente*, y la *ciencia estable y necesaria*, puede nutrir la paciencia de quienes desean pensar y actuar sin descuidar ninguna de las dos tareas.” Marta-Cecilia tiene claro todo esto y ha hecho desarrollos significativos, incluso en debate con Ricoeur.

Este reportaje se ha elaborado con la cercanía y el conocimiento que tenemos de ella, desde mediados de los años 70 del siglo pasado, lo que permitió la formulación de temas de su competencia y la escritura sosegada y reflexiva de ella misma. Los diversos temas que se involucran dan clara muestra del porte intelectual y académico de Marta-Cecilia Betancur, formadora de jóvenes en las más recientes generaciones y todavía con apego al trabajo con alumnos, en su ejemplar capacidad de motivar y de despertar vocaciones por las formas del pensamiento, del diálogo y del debate constructivo. He aquí lo conseguido.

CER. *Importante que recuerdes tu origen y ambiente de familia. Evoca de igual modo tus estudios en la básica primaria y en el bachillerato. Qué docentes recuerdas en especial, con los respectivos motivos./ Tu ingreso a la Universidad. Por qué escogiste el programa de Filosofía en la Universidad de Caldas. Recuerda asimismo los ambientes, los profesores que te marcaron, con las debidas razones./ Para continuar con tus estudios, hiciste la Maestría en Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia y el Doctorado en la Universidad de Sevilla. Alude, por favor, a esos procesos, de igual modo con ambientes y profesores de mayor impacto en tu formación. Creo que fuiste alumna en especial de Rubén Sierra-Mejía y de Guillermo Hoyos, en la Maestría....*

MCB. Nací y me eduqué en el seno de una familia humilde. Aprendí de mi padre el gusto por los libros, el conocimiento de la historia, el interés por mantenerme bien informada sobre los problemas del país y del mundo, y la sensibilidad social, en momentos en que la radio constituía el mayor recurso de difusión y culturización. Adquirí de mi madre un espíritu rebelde propicio a la defensa de los derechos de la mujer y de las personas y grupos más vulnerables. Cultivé la lectura desde muy pequeña leyendo, al lado de mis tías, las novelas de Corín Tellado y las aventuras de los vaqueros norteamericanos. De allí, una vez adquirida la disciplina y el gusto por los libros, me fue fácil transitar hacia la literatura colombiana y latinoamericana, y, poco después -por los 16 años- a la degustación de algunas obras filosóficas de Herman Hesse, Camus, Engels, Marx, Nietzsche y Freud. Estas lecturas sembraron el amor por la filosofía, cuyos estudios decidí desde muy joven. También fue temprana mi vocación por la enseñanza. A los 8 años le expresé a mi padre el interés de ser maestra y me ocupé de acompañar la educación de los hermanos.

Tal vez influyó en mí el cariño de la profesora de la escuela Kenedy de Minitas (en Manizales), quien llevó con paciencia mis inquietudes; se limitó a tratar de comprender y controlar mis comportamientos de chica “necia” y “preguntona”. De esta época quisiera recordar una campaña dirigida a organizar la biblioteca de la escuela: tenía un pequeño espacio reservado pero carecía de los objetos preciados característicos; lideré una recolección de libros entre las familias de la institución e iniciamos la organización de sus instalaciones. En los estudios secundarios, en la Normal

Nacional de Manizales coseché el espíritu pedagógico y me formé en la disciplina personal y en el significado de la educación. Las maestras estuvieron a la altura de la tarea de desplegar esa vocación.

En 1975 cuando en Colombia se agitaba el movimiento estudiantil, llegué a estudiar en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Caldas. Aprendí a estudiar los libros con rigor y con disciplina y mucho más que eso. Algunos maestros influyeron en mi vocación: Leonor Gallego, Norma Velásquez, Bertulio Salazar y Javier Vélez. Lo que allí aprendí sobrepasó todas las expectativas: la participación activa en el debate de las ideas políticas y en el movimiento estudiantil, como también la deliberación en torno a los problemas filosóficos, en el recinto de la clase y por fuera de él. Disfruté de la formación que se consigue por fuera de la institución formal. Organizamos el primer grupo de estudio bajo el liderazgo de nuestro querido amigo y colega, Heriberto Santacruz. Me encontré con los mejores amigos del mundo académico y personal, con quienes aún conservo el mismo vínculo: Heriberto, Carlos Alberto Ospina y Mónica Jaramillo. Además, otro acontecimiento marcó mi rumbo intelectual: la participación, apenas en 2º semestre, en el primer foro nacional de Filosofía, donde conocí a nuestro querido Carlos-Enrique Ruiz y a otras personalidades de la talla de Lorite Mena y Luciano Mora Osejo; comprendí que el campo de la filosofía ofrecía un mundo mucho más vasto del que conocía, pues era posible transitar por el estudio, la reflexión y el debate públicos de los problemas y las ideas que ella planteaba. El foro me abrió otros mundos.

El trayecto por la Maestría ofrecida en Manizales por el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia (de Bogotá) me introdujo por nuevos caminos. Bajo la orientación de Rubén Sierra y Guillermo Hoyos descubrí otras formas de pensar y de hacer la filosofía, con la rigurosidad argumentativa y el respeto por el manejo de los conceptos propios de la filosofía analítica y con la posibilidad de aplicar los problemas teóricos a los fenómenos del mundo que encarnaba el profesor Guillermo Hoyos. Reconocí un sendero que había vislumbrado en la juventud pero que tenía poco eco en nuestra escuela de filosofía, donde se practicaba una filosofía exegética y excesivamente respetuosa del pensamiento clásico. El trabajo académico de la Maestría nos encaminó hacia la aventura del pen-

samiento escrito y de la posibilidad de plantear algunas ideas filosóficas, así fuera de manera muy tímida.

Había albergado durante años el sueño de hacer estudios doctorales en Europa, pero el compromiso con mis hijos y con mi compañero de vida me dificultaba la empresa. Sin embargo, preparamos las condiciones para hacerla realidad, viajé a España con mi familia y realicé estudios en las universidades de Sevilla y de Málaga en España. De nuevo, la experiencia en ese escenario filosófico abrió nuevos horizontes al trabajo académico; aprendí de Jorge Vicente Arregui y de Jacinto Choza que podemos hacer filosofía, que tenemos los recursos intelectuales y personales para deliberar de manera oral y escrita acerca de los problemas que desarrolla el pensamiento filosófico, que podemos debatir entre distintas corrientes, que no debemos ser demasiado sumisos frente a una forma de pensar y que podemos ejercer el pensamiento crítico de manera argumentativa y reflexiva; incluso, que debemos ser creativos, aventureros y atrevidos en la tarea de pensar.

Como puede verse, he llevado una vida personal y familiar entrelazada con la vida académica, que me han llevado a ser feliz. Oriana, Juan Sebastián y Aldemar han sido cómplices comprensivos y colaborativos; he transitado dos senderos que han llenado de sentido mi existencia. Y no puedo olvidar la compañía de mis padres y mis hermanos, especialmente de Anita y Jairo, quienes también han acompañado mis ansiedades; ni de mi amiga Melvita con quien he compartido durante muchos años mis inquietudes académicas y vitales.

- En principio tuviste como líneas de estudio e investigación la filosofía del lenguaje y la filosofía de la acción. Qué registros quedaron de esas aplicaciones.

R/. El interés por la filosofía del lenguaje ha atravesado todo mi itinerario filosófico. Durante cerca de diez años me ocupé de la filosofía analítica de Bertrand Russell y el primer Wittgenstein, ante todo, de un problema que sigo trabajando desde nuevas perspectivas teóricas: la relación entre lenguaje, pensamiento y realidad. A través de estos autores entendí que el lenguaje es el vehículo más radical creado por la cultura para pensar la rea-

lidad, para construir pensamiento y conocimiento acerca del mundo, esto es, de las diversas esferas de la realidad. Esta misma reflexión me mostró las deficiencias de la filosofía analítica centrada en el análisis del lenguaje de la ciencia, porque empobrecía la labor de la filosofía y del humanismo: reducía la filosofía al estudio de la ciencia y al análisis del lenguaje, y le arrebatava todo su potencial para pensar los problemas éticos, políticos, antropológicos y estéticos; reducía la variedad múltiple de la realidad y la riqueza de sus diversas formas a un monismo ontológico; reducía las múltiples formas de conocimiento a la aceptación exclusiva del conocimiento científico, rechazando las posibilidades del arte, la religión, la literatura e incluso de la misma filosofía como pseudosaber metafísico.

Pero la crisis que representaba el reconocimiento del fracaso de un sistema filosófico que se presentaba como la solución definitiva a los problemas clásicos de la filosofía, pudo ser tramitada mediante la comparación y el debate entre las obras del mismo Wittgenstein. Las *Investigaciones filosóficas* del pensador vienés trazan un rumbo nuevo a la filosofía; constituyen el tránsito de una concepción homogeneizadora y totalitarista del mundo a la defensa filosófica sistemática y bien fundamentada de la multiplicidad propia del mundo. Además continuaba Wittgenstein la perspectiva de pensar el mundo a través del lenguaje, entendido como vehículo mediante el cual lo organizamos, lo construimos, lo conocemos y lo pensamos. En esta obra, el lenguaje prototípico es el lenguaje ordinario, el lenguaje común, que constituye la base para hacer investigación filosófica y científica. En esa obra Wittgenstein establece un punto de partida que va a marcar los estudios posteriores de la filosofía analítica misma, la hermenéutica, la fenomenología y la teoría crítica, sentido en el cual transforma el quehacer filosófico: Existen múltiples formas de vida y a toda forma de vida corresponde un juego de lenguaje; asimismo, toda forma de lenguaje constituye una forma de vida, lo cual significa la asunción de la rica variedad de la realidad y la defensa del papel constituyente del lenguaje en la configuración de las diversas formas de la realidad. Con base en esta idea, cabe afirmar que la realidad se configura y se interpreta a través del lenguaje, idea que está emparentada con la concepción hermenéutica y fenomenológica de que la realidad se desenvuelve en medio de la precomprensión del mundo de la vida y de que toda realidad es interpretada, uno

de cuyos núcleos es la acción humana. El planteamiento de Wittgenstein implica una nueva concepción acerca de la relación entre lenguaje, pensamiento y realidad.

Esta concepción abre la posibilidad de abordar la interpretación de diversos juegos de lenguaje para descubrir las diversas formas de vida humana que ellos entretejen. Tal es la tarea que he abordado, de la mano de Paul Ricoeur, en dos libros: *Metáfora y ver como* y *Narración, juegos de lenguaje e identidad narrativa*. La primera obra estudia el juego de lenguaje literario a partir de la interpretación de la metáfora como la figura nuclear de la creación de sentido; la segunda investiga el lenguaje narrativo como el juego de lenguaje propio de la vida histórica y temporal del ser humano. En ambos casos se estudia el carácter constituyente del lenguaje.

- En tu condición de profesora has tenido múltiples despliegues de actividad, en especial para la formación de los estudiantes y en la conformación de “semilleros”. De especial interés contar esas labores.

R/. Quisiera agradecerte esa pregunta, Carlos Enrique, porque me da oportunidad de hablar de ese tema profundo que tienen algunas actividades que se consideran marginales de la educación universitaria. El trabajo del docente va, en ocasiones, mucho más allá del ejercicio de las clases -tarea nuclear- como puede ser, el acompañamiento a los estudiantes a través de diversas acciones: la organización de eventos, el trabajo editorial, la construcción de artículos, etc, todas las cuales influyen en la ampliación de la formación de los estudiantes, de manera que se animen a enriquecer su trabajo académico. Una de estas actividades es la conformación de semilleros donde los estudiantes realizan sus primeros trabajos de lectura rigurosa, escritura, elaboración de ponencias e investigación.

Hace 17 años inicié el proceso con un grupo de estudiantes de varios semestres, que se destacaban por su asombro, su capacidad de hacer preguntas y sus ganas de buscar respuestas. Esta es la semilla de la filosofía y de la investigación en otros campos. Lideré el semillero en “Antropología filosófica”, donde han participado varias generaciones de jóvenes que hoy son docentes universitarios y otros inician su proceso. En medio de un trabajo conjunto, dichos jóvenes se han acercado a la profundización y el

debate de obras, a la escritura, al planteamiento de ideas que parecían un poco desacabelladas, a la deliberación y a la crítica de sus propios argumentos. El semillero estimula un debate y un trabajo colectivo, que enriquece el pensamiento.

Hay tres contribuciones más que me gustaría subrayar: en primer lugar, los semilleros constituyen un recurso apropiado para dar trámite al conflicto que suele presentarse entre la disciplina y la creatividad. A través del semillero hemos participado en varias convocatorias con proyectos que han sido aprobados y han dado frutos importantes: el desarrollo de habilidades para la formulación de proyectos donde se ordenan y sistematizan las inquietudes investigativas, así como el avance en la escritura de ensayos y artículos, y la participación con ponencias en eventos nacionales e internacionales. A pesar de las inquietudes y el malestar que nos generan la excesiva burocratización y profesionalización del trabajo académico, la formalización extrema y la tecnificación, cabe reconocer que los jóvenes están llevados a aprender a participar de ese mundo de manera crítica y reflexiva. Si se quiere encaminar el conocimiento en Colombia hacia la participación en comunidades filosóficas y científicas, a los chicos les corresponde la tarea de acudir a la creatividad para salirse con las suyas y conquistar el poder para expresarse y exponer el pensamiento distinto. El trabajo académico es un proceso social en construcción y el país ha avanzado en la democratización del saber, pues ya no está tan lejos de la producción teórica internacional. Hemos abierto horizontes, ampliado las esferas del trabajo filosófico y crecido en el intercambio intelectual con el mundo. Y hay que proseguir con esa tarea.

En segundo lugar, el semillero es un espacio de intercambio generacional que contribuye al enriquecimiento del conocimiento mediante el trabajo dialógico de diversas generaciones, que se retroalimentan. En el grupo confluyen estudiantes de pregrado, de maestría, profesores ocasionales y docentes de planta, todos los cuales pasan por diversas edades. Sin embargo, el trabajo es colaborativo y el aprendizaje es recíproco. Mientras que unos proyectan nuevas iniciativas y novedosos recursos, los otros aportan la formación de hábitos y el conocimiento que brinda la experiencia. El conocimiento se ve siempre revitalizado.

No obstante, el trabajo de estos grupos ofrece grandes retos: un desafío en el que he trabajado con los jóvenes ha sido en la necesidad de volver a la filosofía social, de recuperar el valor que ella ha tenido para la reflexión acerca de los problemas sociales. La filosofía práctica (moral, política y social) se propone formular teorías y conceptos aptos para pensar la sociedad y ofrecerle posibilidades de transformación. En los proyectos que hemos propuesto hemos asumido la responsabilidad de aplicar ideas y teorías contemporáneas a los problemas del país. Este es un camino que hemos querido abrir y en el que hay mucho por aprender y renovar. Un segundo reto actual es exigido por el desarrollo de la inteligencia artificial, donde conviene asumir una posición moderada: si bien, es preciso disponerse a aprovechar los nuevos recursos que estos avances brindan a la investigación, no podemos renunciar a la actitud reflexiva y crítica. Es preciso precaverse para evitar la determinación de las ideas que el sesgo de la IA impone al pensamiento; ésta no puede ni va a sustituir al pensamiento crítico y reflexivo. Incluso, posiblemente se está abriendo paso la necesidad de impulsar, nuevamente, el ejercicio de la creatividad para que contrarreste el formalismo excesivo, la mera recopilación de información y el acoplamiento a los estándares superficiales y formales de la escritura científica y filosófica de hoy. Estos retos son desafíos importantes para la capacidad de creación de los jóvenes.

- Cuándo y cómo conociste la obra de Paul Ricoeur, filósofo en especial de cabecera, que te ha permitido con su conocimiento incorporar análisis de diversas aplicaciones...

R/. Inicé los estudios de Ricoeur bajo el impulso de Freud. Una obra de 1965, *Freud una interpretación de la cultura*, me introdujo en la lectura del filósofo francés. Esto sucedía a mediados de los 90, cuando empezaba a preguntarme por los límites y los alcances de la filosofía analítica. Esta corriente filosófica establecía unos límites y un alcance muy reducidos a la filosofía, que se veía relegada a la esfera del análisis del lenguaje de la ciencia. La filosofía analítica defendía una idea precisa de análisis y dejaba por fuera otras concepciones acerca del lenguaje, del quehacer de la filosofía, del trabajo de la ciencia y de la metafísica. Justamente, en la introducción de esa obra, Ricoeur reclamaba la necesidad de una gran fi-

lososfía del lenguaje, capaz de describir y relacionar las diversas versiones sobre el lenguaje que surgían de las diversas corrientes de la filosofía y del desarrollo de las ciencias del lenguaje; esta diversidad puede observarse en las distintas teorías desarrolladas durante el siglo XX: la teoría hermenéutica del lenguaje, los estudios de Wittgenstein sobre la significatividad del lenguaje en el contexto de la acción y en el uso, así como la distinción entre juegos de lenguaje y la relación entre juegos de lenguaje y formas de vida, que acercaba la filosofía analítica a la fenomenología; las ideas subyacentes a las teorías de Vigotsky, De Saussure, Benveniste y Chomsky, por mencionar científicos de gran influencia. La riqueza de pensamiento que se abría con estos pensadores demandaba una visión más profunda y amplia de la filosofía del lenguaje y de la relación entre pensamiento, lenguaje y realidad, que integrara esos problemas. Y Ricoeur enfocaba en la perspectiva hermenéutica la capacidad de poner en diálogo, relacionar e, incluso, diferenciar esa diversidad teórica.

Otra fuente de seducción ofrecía la obra de Ricoeur: el rigor hermenéutico para estudiar a Freud, la capacidad de encontrar sus contribuciones a la interpretación de la cultura, sin dejar de estimar de manera crítica las falencias que se descubrían en la obra. Me ha impactado siempre la humildad, la honestidad intelectual y la justicia epistémica que aplica Ricoeur al estudio de los filósofos: la actitud de escucha y la apertura a la comprensión de las ideas ajenas sin renunciar a la autocrítica de los prejuicios propios; la práctica sincera del diálogo y la contraposición de concepciones opuestas para descubrir síntesis y formular ideas nuevas. En *El malestar en la cultura* hace un debate entre Freud y Hegel para sacar a la luz las contribuciones que las dos teorías, juntas, pueden hacer para articular una interpretación adecuada del hombre y la cultura: mientras que Freud desarrolla el papel del deseo en la creación de sentido, el estudio de Hegel permite entender la forma como el pensamiento crea nuevas figuras en los diversos eslabones de la conciencia. Deseo y pensamiento se entrecruzan para crear esas nuevas figuras. En un momento en que, desde diversas fuentes filosóficas, se descalificaban los aportes de Freud, Ricoeur nos enseñó a considerar la transformación producida por su obra a la antropología filosófica.

La introducción en esta obra de Ricoeur me mostró nuevos horizontes de la filosofía del lenguaje y su cercanía con el estudio de otras áreas de

la filosofía como la antropología filosófica, la hermenéutica y la fenomenología. Asimismo, ese libro remitía a otros del mismo autor y de otros filósofos. Y a pesar de las dificultades para abordar su estudio con rigor, Ricoeur es un filósofo provocador, que invita a pensar. Además, me abrió horizontes distintos que eran pensables y que yo había intuido, pero no había podido abordar de manera rigurosa: considerar al ser humano en su complejidad, su naturaleza dialéctica, sus ambigüedades y sus tensiones, sin reducirlo a una fórmula única y sin hacer abstracción de sus distintas facetas.

- En especial, con apoyo en Ricoeur, en Wittgenstein y Kant has expuesto las relaciones de lenguaje entre la ciencia y la literatura, con la singularidad en especial del significado y alcance de la metáfora, en tanto innovación y creación de sentido, no solo en la poesía, con la consideración de las nociones de analogía y semejanza. Esos estudios te han llevado a discernir sobre la imaginación y el pensamiento.

R/. En efecto, esa idea tan potente de Wittgenstein sobre la multiplicidad de los juegos de lenguaje me ha permitido establecer relaciones y diferencias entre el lenguaje de la filosofía, la ciencia y la literatura. Y lo he hecho de la mano de Ricoeur porque entendió la pertinencia de esa teoría para comprender la riqueza arraigada en la variedad del lenguaje humano. De acuerdo con Wittgenstein, existen múltiples juegos de lenguaje que determinan la configuración de diversas formas de vida, porque la existencia humana es variada, compleja y múltiple. Existe el lenguaje de las relaciones de amistad, el que usamos en familia, el de la ciencia, el de la filosofía, de la poesía, del cine, del chiste, del ámbito de la salud, de la vida política, etc. Ahora bien, entre los juegos de lenguaje hay hilos comunes, hay parecidos de familia y hay diferencias. Cada juego va conformando sus propios elementos y sus propias reglas. Unas reglas se cruzan y otras son distintas.

En este contexto se debe afirmar que el juego de lenguaje de la poesía o de la literatura es diferente al de la ciencia y al de la filosofía, todos los cuales nacen y se arraigan en el lenguaje común de la vida ordinaria, del mundo de la vida. Mientras el juego de lenguaje de la ciencia es propositivo, explicativo y descriptivo, el lenguaje de la poesía es metafórico. El

lenguaje de la ciencia tiene como objetivo la explicación de lo que pasa en el mundo; aspira a la verdad y sus enunciados deben ser demostrados y verificados. El lenguaje poético se apoya de la metáfora como figura fundamental para enunciar la forma como el ser humano vive la experiencia con el mundo; la metáfora está impregnada de las pasiones y los sentimientos con que el ser humano inviste la relación con el mundo.

Le he sacado provecho a la teoría wittgensteiniana de los juegos de lenguaje para investigar la diferencia entre lenguaje ordinario, literario y científico. El lenguaje de la ciencia tiene pretensiones lógicas y se refiere a hechos y acontecimientos del mundo mediante un discurso extensional, que se refiere de manera directa al mundo y cuyos significados son unívocos. El lenguaje literario es figurado, polisémico y se refiere al mundo, de manera oblicua o indirecta, a través de metáforas y símbolos. La metáfora es una creación de sentido porque consiste en “ver” una cosa a través de las connotaciones de otra, una idea mediante los elementos significativos de otra; hace comparaciones atrevidas y establece semejanzas entre cosas, hechos y acontecimientos que parecieran no relacionarse, pero que, al trazar la comparación, brinda unas pautas para la semejanza y conduce a ver de una nueva forma los seres y los hechos. Es un ejercicio de la imaginación creadora porque permite un trabajo dialéctico entre el libre juego de la imaginación y la sujeción a reglas. Es un ejercicio del pensamiento exaltado por la imaginación. La potencia creadora de sentido de la metáfora la ha habilitado para la creación de nuevas teorías científicas, nuevas teorías filosóficas y nuevos conocimientos. Pensemos la metáfora de Bacon sobre los ídolos, la de Descartes sobre el edificio del conocimiento y la de Wittgenstein sobre los juegos.

El lenguaje narrativo se da en tres grandes vertientes, es un género con tres especies fundamentales: narración ordinaria del lenguaje común, relato histórico y narración de ficción, las cuales tienen una estructura común y se alimentan mutuamente; se construyen con intencionalidades distintas y tienen diversas pretensiones referenciales, pero en última instancia se refieren a la vida temporal e histórica del ser humano. Y, más allá de ello, constituyen, configuran esa vida histórica y temporal; porque nos enseñan a organizar la vida en términos del tiempo, del hoy, el mañana y el ayer; del hacer presente, el porvenir y el haber sido. Nos enseñan a construir los

dramas de la vida en forma de relatos que se organizan de manera coherente y tratan de articular en historias completas los diversos fragmentos de la existencia. Nos enseñan que la historia de la vida no se reduce al presente, porque en tanto humanos hemos elaborado las posibilidades del futuro y necesitamos revisar las determinaciones del pasado.

- Hay una experiencia singular, multiplicadora, en la que has participado. Se trata del grupo “Las hijas de Lilith”. Cuéntanos sobre el origen y actividades.

R/. Conformamos el grupo de “Las hijas de Lilith” bajo el liderazgo de la colega Diana Hoyos, quien nos animó a incursionar en la participación de la mujer en el trabajo filosófico. El reto era importante porque nos demandaba examinar la deuda histórica en este campo. La contribución de las mujeres en el desarrollo del pensamiento filosófico ha sido históricamente invisibilizado y ocultado. Las mujeres no aparecen en los manuales de la historia de la filosofía. Las mujeres habían sido marginadas del trabajo filosófico y su talento despreciado.

Consideramos que la filosofía no puede estar a espaldas de los problemas que le plantea el mundo; así, asumimos la tarea de visibilizar el trabajo de esas mujeres que habían sido ignoradas en la filosofía, pero hemos ido más allá, porque hemos participado en el desarrollo de una conciencia crítica frente a las estructuras patriarcales y machistas que subyacen a las prácticas del mundo académico. Mediante la realización de seminarios de pregrado y posgrado, y de diversas actividades como cine foros, conversatorios y talleres, de carácter más bien informal, hemos promovido el examen de las formas de pensamiento que subyacen a las prácticas cotidianas. Actualmente, varias colegas del grupo están terminando un libro de texto sobre mujeres filósofas que no han sido reconocidas en la historia.

Sin embargo, la conformación de este tipo de grupos también ofrece dificultades, porque nos obliga a la clarificación del pensamiento y de la relación entre teoría y práctica e ideología y acción. Nuestra perspectiva filosófica nos exigía asumir de manera reflexiva y crítica una posición sobre el significado del “feminismo” y sobre la conveniencia de la adopción de una posición ideológica como esa. No obstante, los resultados han

sido fructíferos porque nos hemos visto impelidas a asumir una postura consciente y libre de sometimientos. Entre nosotras no hay una posición homogénea y nos esforzamos por admitir las diferencias. En las definiciones mismas del feminismo hay concepciones diversas. Y un grupo de trabajo con perspectiva filosófica debe sospechar de la ideologización y promover el pensamiento crítico y las prácticas democráticas. Yo veo en el feminismo una especie de humanismo, en cuanto estructura de pensamiento capaz de hacer avanzar al ser humano en la humanización o en el reconocimiento recíproco de los seres humanos entre sí en condiciones de igualdad y justicia. El feminismo amplía la esfera del reconocimiento y lo hace extensivo a un sector amplio de la sociedad; incluso, va más allá porque lucha contra la injusticia en general y contra las patologías del desprecio. Estas ideas han sido expuestas en un artículo de la *Revista Aleph* No.194.

A pesar de esas posiciones conservadoras que solo ven en el feminismo una amenaza, la sociedad ya está descubriendo la gran revolución del feminismo. La moderación consiste en entender que la lucha no es contra los hombres, sino con ellos, en su compañía, porque no son nuestros enemigos. Porque la lucha es más profunda, más radical, pues implica la transformación de todo un sistema de pensamiento que ha perdurado durante siglos. Por eso, en otro sentido el feminismo es radical, en cuanto ha sometido a crítica la concepción de lo humano que subyace al sistema patriarcal y machista, donde el individuo es entendido como un ser puramente racional, dominante, voluntarioso, independiente, libre y autosuficiente. El feminismo filosófico ha demostrado que esta versión del ser humano es falsa y que esconde la gran realidad de lo que somos: seres dependientes, relacionales, emocionales, frágiles, vulnerables y necesitados de cuidado. Tal vez el reparo y los temores frente al feminismo se deba al temor a la aceptación de la propia fragilidad y a la pérdida de los privilegios; esta actitud es común en una generación mayor y se diferencia de la posición de los jóvenes, quienes se encuentran más dispuestos a entender la problemática y a transformar ese esquema de pensamiento y de acción.

Toda esta revolución del feminismo ha contribuido en la transformación de la filosofía, porque ha introducido temas y problemas que habían sido descalificados y vedados para la investigación filosófica, como son

hoy, por ejemplo, la ética del cuidado y la filosofía de la vulnerabilidad, la reflexión filosófica sobre el cuerpo y sobre las emociones.

- Tu alta formación, con vocación irrenunciable a la Filosofía, te ha llevado a ocuparte de problemas cruciales en la sociedad colombiana, como son la violencia, la existencia de organizaciones armadas que confrontan al Estado, la diversidad de regiones con la complejidad propia de idiosincrasias y sentidos de autonomía. Se trata de vislumbrar opciones de diálogo y concertación para ir logrando senderos de paz, con el deseo de alcanzar un país con preponderancia de la coexistencia en las diferencias y la cooperación laboriosa.

R/. He pensado siempre que la filosofía tiene potencial para pensar los problemas del mundo y de la sociedad. Ante todo la tarea de la filosofía consiste en la clarificación de las ideas y en el develamiento de las formas de pensamiento que subyacen a las ideologías que se hacen explícitas. Muchas de las ideas que repetimos no son más que prejuicios que hemos ido adoptando sin una revisión crítica. Esto me ha llevado a hacer una interpretación crítica de algunas prácticas y algunas expresiones que se oyen constantemente y han terminado legitimando y validando el ejercicio de la violencia en el país. Y los intelectuales de ninguna manera deberíamos justificar ni legitimar esas prácticas. A la vez, nuevas propuestas de corrientes filosóficas como la hermenéutica, la fenomenología y la teoría crítica están formulando marcos teóricos y conceptos para interpretar los conflictos y los problemas, así como para someter a la crítica los esquemas que funcionan como ideología. Ante todo, ofrecen herramientas teóricas y conceptuales para hacer diagnósticos de las estructuras de pensamiento que subyacen a los problemas.

Estas inquietudes me han llevado a develar la confusión inmersa en expresiones que se intercambian en el lenguaje público, donde se tratan como sinónimos los conceptos de “conflicto”, “agresividad” y “violencia”, por ejemplo. Esas confusiones conceptuales conducen a afirmaciones falsas como estas: “la violencia es natural al ser humano”, “los escenarios de violencia son imposibles de cambiar” o “la violencia está en el ADN de los colombianos”. No, la violencia es cultural, si bien tiene una moti-

vación en nuestra estructura psíquica. Observemos que esas afirmaciones son esencialistas y pasan por alto que lo natural a la cultura humana es la existencia del conflicto y una inclinación a la agresividad. Los conflictos son contraposiciones y contradicciones debidas a las diferencias de creencias, intereses, sentimientos, pensamientos y expectativas sociales y morales, que no deben ser tramitadas mediante mecanismos violentos, pues también disponemos de las capacidades de la razón, la deliberación y la búsqueda de acuerdos, más adecuadas para la construcción de una sociedad democrática.

Las inquietudes me han llevado a preguntarme por las motivaciones de la violencia en Colombia. Si aceptamos que el impulso agresivo por sí mismo, solo, no conduce a la violencia, sino que ella se ejerce cuando el impulso se pone al servicio de otras pulsiones humanas como las inclinaciones al “poder”, al “tener” y al “querer” entendemos que la atmósfera de violencia en Colombia gira alrededor de ese coctel y que hay una gran responsabilidad en la violencia del Estado. El Estado ha ejercido la violencia para sostener un sistema económico y social de desigualdades; los grupos armados para conquistar el poder por la fuerza; los grupos de delincuencia para obtener riqueza fácil; los jóvenes, en medio de la protesta, atacan los bienes públicos. Y los intelectuales aseveran que la violencia es normal. Todos justifican y legitiman su propia violencia mediante la descalificación de los otros grupos. Es decir, hemos normalizado y naturalizado la violencia en Colombia y no hemos estado a la altura de las necesidades para someter a crítica esas estructuras de pensamiento.

Todo ello ha creado una atmósfera moral de guerra incluso a través del lenguaje; la comunicación se da hoy en términos muy belicosos: al que piensa y actúa distinto se le considera enemigo; la diferencia de ideas se trata como si fuera un “zafarrancho” o una pelea; la crítica se considera una ofensa y a los contradictores se les trata con odio y resentimiento. Tramitamos de manera belicosa la diferencia y el conflicto. No lo adoptamos, no lo tramitamos de manera razonable ni deliberativa. Y creo que la filosofía puede contribuir a la transformación de esa atmósfera moral y los primeros pasos están en la toma de conciencia y el cambio de lenguaje, debemos desarmar las palabras y el pensamiento a todo nivel.

- *Tuviste la dirección editorial de dos volúmenes singulares: La Revista Aleph No. 178 (monográfico sobre “Transiciones para una paz duradera e imperfecta”) y la Revista Aleph No. 196 (monográfico sobre las “Mujeres filósofas”). Cuéntanos por favor sobre esas experiencias y los alcances de sus contenidos.*

R/. Las dos obras tienen un significado especial en tres aspectos: presentan una polifonía de voces sobre temas afines, son resultado del trabajo colectivo y tratan asuntos de gran vigencia todavía hoy. En este sentido simbolizan un tipo de trabajo que aún es difícil de realizar en Colombia porque tenemos dificultades para el trabajo en equipo y para escuchar distintas voces alrededor de una misma problemática. Los temas de las dos revistas constituyen desafíos al pensamiento colombiano: la necesidad de hablar de paz y la urgencia de hacer visible el trabajo filosófico de la mujer, ocultado durante todos los siglos. Los dos son asuntos tratados hoy de manera más amplia por la juventud colombiana. En el Congreso de la Sociedad colombiana de filosofía de Tunja, realizado en septiembre de este año, y en un Congreso llevado a cabo en Cartagena de Indias el pasado año, florecieron los escritos de los jóvenes investigadores sobre estos problemas. Esto da cuenta del desarrollo de la filosofía en Colombia.

El contenido de la revista 178, *Transiciones para una paz duradera e imperfecta*, ofrece caminos de esperanza; invita a pensar en el futuro y en las posibilidades de transformación para el país. Nos pide cambiar el foco de la violencia y la guerra por la posibilidad de entender de manera más amplia y pluralista las ideas de paz, de trabajar en la práctica de esas ideas y de encarar el futuro de manera colectiva, con proyectos comunes. Nos plantea la necesidad de cambiar el espectro simbólico mediante el cual nos representamos, pero también, de cambiar las prácticas, la manera de relacionarnos y la manera de hablar. Humberto de la Calle lo llama “cambiar de piel”; y Mario Hernán López dice que “el reto para Colombia está en generar culturas de convivencia que inicien con el desarme y transiten por la justicia social y el bienestar colectivo”. Las dos tareas siguen siendo retos difíciles de conseguir pero hay que proseguir el trabajo.

Algo hemos avanzado, porque el tema de la paz o de las paces ha dejado de ser un tabú. El camino de La Habana y lo que ha seguido después han mostrado que las múltiples formas del conflicto y la guerra en Colombia

constituyen un bosque de muy diversos y oscuros paisajes que debemos tramitar también de distintas maneras, a través de la razón, la superación de la injusticia y la creación de condiciones dignas para la población. Tal vez, en algunos casos, y, aunque a mí me cuesta aceptarlo, también será necesario acudir a la fuerza. La posibilidad de debatir sobre estos temas y ponerlos en el foco de la discusión pública es un avance para el país, que debe permitirnos construir un proyecto común de nación, con ideales mínimos comunes y la disposición a volverlos realidad. La tarea para los colombianos es construir una nación donde podamos vivir bien juntos en condiciones de justicia social y solidaridad.

La revista sobre “Mujeres filósofas” (*Revista Aleph* 196) es una contribución importante para el desarrollo de la filosofía del país, porque constituye la primera obra en Colombia que rescata y subraya los aportes de la mujer en la historia de la filosofía. En ella desarrollamos las ideas de filósofas de diversas épocas y resaltamos los obstáculos padecidos para escribir y exponer su pensamiento. Los diversos artículos dan cuenta, de diversas maneras, de la injusticia padecida por la mujer en la filosofía, pero quisiera señalar el papel testimonial del artículo sobre Cristina de Pizán, quien escribió una utopía en el otoño del medioevo (1405), pero no tuvo la misma suerte que las de sus sucesoras, porque su obra no aparecía ni siquiera mencionada en las obras sobre las utopías del renacimiento, si bien, escribió *La ciudad de las Damas* con siglos de anterioridad a las de T. Moro (1516), T. Campanella (1602) y F. Bacon (1626), ampliamente registradas por la historia. Estas 3 utopías desconocen el lugar de la mujer en la sociedad, la cual queda relegada a las tareas del cuidado y tiene escasa o nula participación en la vida pública. Por ejemplo, T. Campanella en la *Ciudad del Sol* rechaza cualquier participación de la mujer en su defensa de la República ideal. Por su parte, En *La ciudad de las damas*, Cristina de Pizán concibe tres virtudes femeninas para la creación del estado ideal: Razón, rectitud y justicia, las cuales aparecen enriquecidas en la mujer porque incorporan la inteligencia, la prudencia, la imaginación, la sensibilidad por el dolor ajeno y la capacidad del cuidado. La pensadora introduce un concepto nuevo de razón, más integral y vinculado con las nociones actuales de razón poética.

Estos artículos dan muestras de la creatividad filosófica de la mujer, quien ha introducido nuevos temas en la filosofía, ha tratado de diversas formas temas tradicionales y ha propuesto estilos distintos. La participación de la mujer en la filosofía ha enriquecido su desarrollo.

Respecto al liderazgo de producciones colectivas quisiera mencionar algunas obras que han tenido una significación especial. La construcción de algunos cuadernos filosófico literarios, una obra seriada del departamento de Filosofía de la U. de Caldas, y cuyo comité editorial coordinó en los últimos años. Dos de estos libros han sido fruto del trabajo de grupos de investigadores, que nos reunimos a indagar sobre un tema en común y conformamos redes académicas internacionales a las que vinculamos jóvenes investigadores de nuestra institución. El libro de esta serie: *Improntas de Ricoeur en el pensamiento contemporáneo* es resultado del estudio y el debate entre algunos estudiosos de la obra de Ricoeur de aquí, de Argentina, España y Francia. Y *La ciudad, función identitaria* es fruto del trabajo de un grupo de pensadores de América Latina y España, quienes hemos sostenido un ejercicio continuo de labores compartidas durante 18 años. La obra es el resultado del seminario de SICLA realizado en Manizales en 2015. Hemos mantenido un debate académico en torno a temas de “Identidad Cultural Latinoamericana”, que ha establecido lazos de comunidad.

Finalmente, quisiera señalar el valor de la construcción de una obra colectiva reciente de los profesores del Departamento de Filosofía, en torno a los problemas de epistemología de las ciencias humanas. El libro es el resultado de un trabajo dialógico, del ejercicio continuo de 2 años de seminarios conjuntos, de estudio y debate de los diversos artículos. *Reconfiguraciones de la epistemología en la filosofía contemporánea* es un trabajo a varias manos, desde distintas perspectivas filosófica y con distintos estilos, todos los cuales convergen en el develamiento de los encuentros y los desencuentros entre las distintas versiones de la epistemología vinculada a la investigación en ciencias humanas.

- *¿Qué entiendes por una sociedad en crisis? Y de qué manera las crisis están relacionadas con el sistema de educación.Cuál pudiera ser el pa-*

pel de las artes y las humanidades en el restablecimiento de condiciones favorables en la educación para formar personas integrales, ajenas a las reacciones instintivas de pasión, con dominio en la capacidad de argumentación y de comportamientos personales y ciudadanos con apego a la honradez...

R/. El concepto de crisis tiene una cara negativa y otra positiva, porque la asunción de una crisis implica una toma de conciencia sobre nuestra propia situación y sobre el mundo que hemos creado; e implica un sentimiento de malestar e insatisfacción con lo que hemos hecho, entonces nos exige hacer un alto en el camino y revisar la trayectoria que llevamos. La percepción de crisis nos saca de la zona de confort y nos lleva a pensar. Las crisis son de diversos tipos y las sociales pueden tener diversas motivaciones. Hoy se percibe una sensación de fracaso respecto al estilo de vida que llevamos; la filosofía y las ciencias humanas han hecho diagnósticos, pero nos sentimos impotentes para encontrar salidas; esto ha conducido a explicaciones apocalípticas. Sabemos que hemos tomado un rumbo equivocado y asistimos a un desmoronamiento de la estructura de pensamiento y de los valores que hemos construido como sociedad para representarnos y para integrarnos. Pero no encontramos la manera de transformar ese estado de cosas, porque el sistema es más fuerte que nosotros y se nos impone.

Las crisis se ligan entonces a una situación existencial y a un episodio del pensamiento caracterizados por el derrumbamiento de una estructura de representación que nos integre y la necesidad de construcción de otra. El aparato que padece la mayor crisis y amenaza con derrumbar la vida en la tierra es el sistema capitalista, es la estructura económica, social, cultural y de pensamiento del capitalismo y el neoliberalismo. Esta estructura ha construido un sistema muy fuerte de pensamiento y acción que no logramos deconstruir: una lógica de producción y consumo; la transformación del planeta en un cementerio de basura, la proliferación de virus y bacterias, actitudes de insensibilidad frente a los otros, desprecio e injusticia; la reducción de los objetivos de vida a la adquisición de riqueza, el desprecio de la naturaleza, la cosificación de la persona, etc. Tenemos los diagnósticos, pero no hallamos la manera de deconstruir ese sistema de pensamiento; se ha encapsulado en la intersubjetividad.

Otra forma de la crisis, y a la cual quiero referirme más adelante, consiste en el desmoronamiento de los grandes sistemas y las concepciones homogeneizadoras y unívocas. En este espacio quisiera referirme a algunas expresiones de la crisis en Colombia, donde asistimos a un derrumbamiento de las estructuras de pensamiento, de valores y del lenguaje que utilizamos para pensarnos. Los ideales del sistema capitalista no representan las expectativas de realización humana y de vida digna que encarnan los grupos desfavorecidos. Pero la clase política en el poder insiste en sostener esos ideales, porque no renuncia a sus privilegios. Así las cosas, es tarea de los intelectuales develar las características de la estructura moral que fallece y contribuir en la interpretación de los nuevos sistemas de valores compartidos que la sociedad reclama para desarrollar y potenciar su fuerza. El sistema educativo sigue promoviendo los valores que alimentan al capitalismo, como son el egoísmo, la competencia, la valoración excesiva de cosas materiales, la búsqueda de riqueza y la exaltación de la capacidad de dominio. Y encauza la moral hacia la formación en valores religiosos que aportan muy poco a la consolidación de una moral civil que nos dé herramientas para la vida en común.

Se hace necesario cultivar otros valores como la empatía, el respeto y la solidaridad; formar ciudadanos integrales con una actitud de reconocimiento del otro. La sociedad actual vive engolosinada en una postura egocéntrica y diversos sectores de la filosofía siguen promoviendo esos ideales. Se sigue considerando el mundo desde la esfera cerrada de nuestra propia subjetividad, nos seguimos considerando mónadas encerradas en nosotros mismos. Hay que dar el paso hacia el reconocimiento del otro, a la capacidad de escucha y a la apertura al otro. Esto implica superar en la filosofía y en la educación la contradicción excluyente entre yo y el otro, y entre el individuo y la sociedad. Somos individuos sociales e interdependientes, que habitamos un espacio público. Nuestra realización personal solo es posible en la interacción con otros. Nuestra felicidad solo es posible en compañía de los otros.

La filosofía ha hecho un tratamiento inadecuado de la ambigüedad y la contradicción que nos invade. Está bien decir que somos egoístas, pasionales y frágiles. Pero, no podemos olvidar la capacidad que también tenemos de ser empáticos, solidarios y razonables. Debemos reconocer

nuestras propias ambivalencias. Eso es parte de lo que entiendo por una educación integral, una educación que invite a la juventud a tomar conciencia de sí misma, de su papel en el mundo; que lleve a entender que somos seres interrelacionales, vulnerables y necesitados de los demás; y que tanto los otros como nosotros mismos estamos necesitados del cuidado.

- *¿Qué entiendes por Democracia y cuáles serían las maneras de fortalecerla en distintos ámbitos sociales, incluido el fuero de las universidades?*

R/. Hoy conviene asumir una concepción muy amplia de “democracia” que comprende la estructura de interacción entre las personas, en el contexto de las relaciones sociales. Es una forma relacional propia de las relaciones cotidianas en los diversos escenarios sociales, en la universidad, la escuela, la familia, la ciudad, el barrio, etc. La democracia se caracteriza por la consolidación de relaciones horizontales donde los diversos miembros puedan participar como sujetos sociales en condiciones de igualdad y reconocimiento. Los filósofos establecen conceptos que superan la comprensión en términos de sistemas políticos formales e incorporan nuevas nociones, como democracia social y democracia moral.

Para María Zambrano la democracia es la sociedad en la cual “no sólo es permitido sino exigido ser persona” y constituye el régemin más apto para impulsar el proceso de humanización. Paul Ricoeur define la democracia como un sistema social y político capaz de reconocer los conflictos, examinarlos y tramitarlos de manera abierta y negociable, de acuerdo con reglas de arbitraje adoptadas colectiva e institucionalmente. Esto involucra el ejercicio de la *phronesis* aristotélica, es decir, de la sabiduría práctica de los ciudadanos o la capacidad de deliberar y tomar decisiones razonables; de ejercer la libertad a sabiendas de que entra en conflicto con la necesidad de la libertad de otros, porque somos multiplicidad de seres humanos, con pretensiones afines. El ejercicio de la sabiduría práctica demanda el vínculo entre las personas mediante las instituciones entendidas como estructuras encargadas de la objetivación y generalización de valores y normas para la regulación de la vida en común. La interacción así entendida con-

duce al respeto de las instituciones y las normas. Además, Ricoeur insiste en la posibilidad de la práctica de la democracia mediante el cultivo de las virtudes públicas. Y Axel Honneth desarrolla un concepto de democracia ética muy semejante al delimitado por Ricoeur.

Estas ideas nos permiten defender una idea de democracia social, política y ética enfocada en el ejercicio de la sabiduría práctica, en medio de la creación de escenarios sociales de participación activa y aptos para contribuir a la realización de las personas a partir del respeto a su dignidad. Estos deben ser los escenarios propios de las instituciones educativas en todos los niveles. Capaces de construir relaciones horizontales, sin sometimientos y críticos con las pretensiones de dominación.

- ¿De qué manera formar personas con capacidad de afrontar conflictos sin necesidad de apelar a la fuerza?

R/. Ante todo, debemos partir de que estos ideales de la escuela y de la educación, en general, van en contravía de lo que pasa efectivamente en la realidad; la escuela se enfrenta a la dificultad de ejercer sus funciones en medio de un ambiente social que promueve el conflicto y la resolución violenta de las diferencias; que se niega a tramitarlos de manera sensata. Quienes creemos en las posibilidades de la educación hacemos el papel del Quijote peleando contra los molinos de viento. Sin embargo, la dificultad no puede ser motivo para renunciar a la tarea. Los agentes de la educación tenemos pretensiones conscientes, en las que debemos insistir, de contribuir en el desarrollo de un ambiente de paz en Colombia que promueva la interacción recíproca en condiciones de empatía, respeto y solidaridad, es decir, en medio de relaciones democráticas de convivencia.

Uno de los problemas que debemos contrarrestar es el énfasis que el formato oficial e intersubjetivo hace en el egoísmo, la competencia, la lucha de todos contra todos y la ausencia de solidaridad. Hace hincapié en la concepción naturalista de Hobbes, mientras desconoce la capacidad de empatía, reconocimiento y solidaridad, también propia de los seres humanos. Esa característica de la educación de privilegiar el lado negativo y natural, se expresa en sus objetivos de apuntar al éxito eco-

nómico y de potenciar el individualismo, el egoísmo, la competencia y el utilitarismo.

Debemos cultivar la comprensión de nuestras ambigüedades y constitución dialéctica: tenemos derechos pero también deberes, es decir, debemos asumir la responsabilidad social. Tenemos la capacidad de la esperanza, pero sabemos que los sueños son conquistas y realización de ideales en medio de una vida compartida, donde existen otros también con sueños y esperanzas. Somos individuos sociales; la contradicción excluyente entre el yo y la sociedad o entre persona e institución no puede sostenerse, es preciso establecer vínculos y hacer ajustes. Porque en la resolución de conflictos siempre intervienen varios, distintos individuos y grupos con emociones, intereses y pretensiones, por lo que hay que escuchar y ceder. Buscar acuerdos implica la comprensión de la solicitud del otro y la disposición a dejarse interpelar e incluso a cambiar; la comprensión del otro va más allá de la tolerancia porque significa “calzar el zapato ajeno”. Esta forma de comprensión fue denominada por Nussbaum comprensión empática. Buscar acuerdos no significa imponer un punto de vista sino aceptar al otro como sujeto social en condiciones semejantes a las mías, con capacidad para razonar, deliberar, sentir, imaginar y con derecho a soñar.

- Has tratado el tema sobre la manera de evitar las acciones de guerra, de acuerdo a consideraciones de Freud, en respuesta a inquietud sustantiva de Einstein...

R/. En su momento Freud, Russell y Einstein fueron pacifistas activos y beligerantes; y aún tenemos mucho que aprender de ellos; debemos aprender de esa beligerancia, pero también de sus equivocaciones. Hoy entendemos que no está en nuestras manos el control de las propias creaciones, pues se lanzan al mundo y siguen su curso. La historia es dinámica, rica y nos sobrepasa. Pero, ante todo, estos filósofos eran conscientes de su responsabilidad social, que es algo que nos falta a nosotros. Y yo quisiera retomar esde asunto.

Cometemos errores en la defensa de la inactividad y la pasividad; asumimos ideas equivocadas y muy conservadoras cuando creemos que el

filósofo debe guardar silencio y evitar la participación en la vida pública; que es un sujeto contemplador, que no debe contaminarse de realidad. Con nuestra pasividad dejamos la actividad a los medios masivos de comunicación y a las figuras políticas, que no tienen consciencia de su responsabilidad moral y social, sólo les interesa ganar votantes y son insensibles a la formación de una ciudadanía pensante; basan su poder en la ignorancia de la comunidad civil. Si bien, la posibilidad de la filosofía es limitada y no podemos tener pretensiones exageradas, tampoco debemos renunciar a lo poco que podamos hacer. Yo misma he sido temerosa a la hora de participar en los debates sobre los asuntos públicos, como los relativos a la guerra. Esto se debe al ambiente filosófico en que nos hemos formado; un ambiente que nos ha exigido un trabajo filosófico pobre, reducido al ejercicio académico y que nos ha sumido en el silencio frente a esos temas. Nosotros tenemos demasiado arraigada la figura del filósofo neutral política y moralmente. Y hoy la filosofía está cuestionando esa figura y la somete a crítica.

Quisiera recuperar de S. Freud, María Zambrano, P. Ricoeur, J.P. Sartre, Axel Honneth, Martha Nussbaum y otros, su actitud filosófica comprometida con problemas del mundo, como los de la guerra; y esas son las figuras que quisiera proyectar en los estudiantes; quisiera que éstos entendieran que los filósofos han sido ante todo seres humanos afectados e interpelados por los dilemas que aquejan a la humanidad, han sido seres de carne y hueso influidos por la situación histórica. Estos pensadores han levantado sus voces frente a la guerra, han denunciado y puesto al descubierto los factores que la movilizan. Y algo han logrado. Pero la filosofía no puede hacer mucho más para evitar las acciones de guerra. Sus poderes son limitados porque el verdadero poder de quienes rigen el destino de los hombres está en otro lado. Lo más que podemos hacer es mostrar que esas acciones siempre dependen de la decisión de pocas personas, que tienen en sus manos la vida y el futuro de otros, de muchísimos seres humanos. Quienes toman la decisión tienen una actitud frente a los otros de desprecio, están animados por sentimientos de odio y tienen intereses e ideales de ambición y de poder. Lo más que podemos hacer es alzar la voz, denunciar e invitar a la toma de conciencia.

Y con los estudiantes plantear el debate, someter a la reflexión estos problemas. Me gusta poner en consideración las dos actitudes que señala Martha Nussbaum que solemos asumir frente a los demás: o asumimos una posición de dominación y desprecio o asumimos una actitud de empatía, de respeto y de solidaridad. La actitud frente al otro debemos hacerla consciente. Cuando asumimos la primera actuamos siguiendo la norma de “llevarnos a los demás por los cachos” y de “sacar ventaja”, cuando asumimos la segunda, somos capaces de “calzar el zapato ajeno”. La formación en humanidades nos permite examinar y tomar consciencia de nuestra propia posición frente a este dilema.

- Cuál es el sentido y el alcance de la incertidumbre como asomo preponderante en la sociedad contemporánea. Acaso la felicidad podrá existir...

R/. Entiendo la incertidumbre como una experiencia existencial que consiste en la frustración por el derrumbamiento de los grandes sistemas, las certezas y las grandes univocidades. Entendimos que no existe un futuro predeterminado, que no hay un destino y que todo depende de lo que el ser humano sea capaz de hacer con el mundo, con el planeta y con su vida. Pues, pareciera que el ser humano estuviera necesitado de creer en grandes relatos y en verdades absolutas como dice Harari para vivir más tranquilo, y que el descubrimiento de la finitud, la contingencia y la ambigüedad lo paralizara. Pareciera que aún no nos reponemos de la nostalgia de una idea absoluta de verdad, de bien y de felicidad. Tal vez se trate solamente de acoger con humildad la idea de que la felicidad es finita y transitoria, pero al fin y al cabo es la única a la que podemos aspirar y configura alicientes para luchar. La vida al ser humano nunca le ha sido fácil, es conatus, como dice Spinoza, un esfuerzo por existir, es una trama y una historia que se construye en el día a día. Y la toma de consciencia de la responsabilidad que tenemos con nosotros mismos, con nuestra propia vida y con la de los otros constituye en muchas ocasiones un problema, un conflicto. Pero es lo que somos, seres inmersos en la autocomprensión, que debemos aprender a sobrellevar nuestra fragilidad, falibilidad e interdependencia, y, ante todo, a renunciar a la soberbia de creer que debemos ser poderosos, eficientes y perfectos. Esa creencia nos genera expectativas que sobrepasan nuestra

contingencia. Tenemos capacidades para llevar nuestra vida y afrontarla en sus dificultades, pero también somos frágiles y estamos sometidos a las circunstancias del mundo.

En tanto frágiles y capaces podemos crear sueños personales y colectivos, y luchar por ellos con la consciencia de que también los demás tienen sueños y de que su construcción debe ser intersubjetiva, sin dominación y renunciando a la postura egocéntrica.

Los intelectuales debemos generar esperanza y promover la creación de utopías, de sueños moderados y sencillos. Recuperar en la juventud el valor del sentido de la vida y la necesidad de trazarse metas. Nos ha faltado conciencia de la responsabilidad social, hemos contribuido a la creación del sinsentido y hemos promovido la desesperanza. Hoy podemos tener la claridad de saber que las metas son transitorias, pero realizables y animan la vida; de entender que la vida para cada quien es una tarea. Y entender que los proyectos nos hacen más felices si se logran con otros, en compañía de otros y con generosidad.

Considero que hay una especie de seducción por la incertidumbre y que muchos sectores de la filosofía se equivocan hoy en esto, en la sobrevaloración del sinsentido; en la renuncia a la búsqueda de la felicidad personal y compartida; en la renuncia a la posibilidad de los proyectos comunes para una institución, una ciudad y una nación. Nos sometimos a los postulados del individualismo, el positivismo y el relativismo, mientras nos negamos a pensar en otras posibilidades para los seres humanos: pasamos por alto que también somos “Eros” en términos de Freud, que tenemos las capacidades de la empatía, la generosidad, la solidaridad y la creación de ideales comunes en torno a los cuales trabajar. Pero con la sobrevaloración del individualismo y las posturas egocéntricas hemos renunciado al fortalecimiento de esa otra parte nuestra.

La nostalgia por el fracaso de las grandes utopías, los grandes sistemas y las certezas, se ha convertido en una viga en el ojo que impide ver lo que tenemos cerca, disfrutar los pequeños logros y gozar situaciones temporales de felicidad. Más bien ha llevado a muchos a seguir pensando en otras metafísicas de la grandeza, como las visiones apocalípticas.

- Finalmente propongo que te ocupes de reflexionar sobre el papel de la Filosofía en las formas del desarrollo de nuestras sociedades, incluso con impacto en la Política.

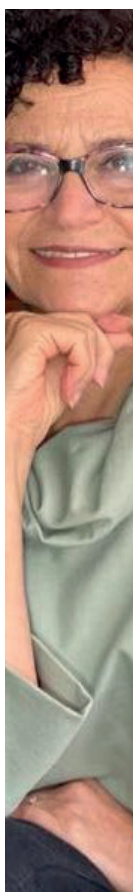
R/. Considero que las diversas reflexiones planteadas en el transcurso del texto dan respuesta a esta pregunta. Ya no queda mucho por decir, pero creo importante señalar la importancia de tener claros los límites de la filosofía y la necesidad de humildad. Ella tiene en sus manos hacer pequeñas contribuciones que pueden ser muy profundas, si entendemos el valor del pensamiento en las prácticas del día a día y en la vida del sentido común. Podemos concluir, ante todo, retomando las posibilidades que ella nos abre frente a la toma de consciencia, al ejercicio del pensamiento crítico y a la participación abierta en los debates públicos de la sociedad. Como he dicho, la filosofía en Colombia ha guardado silencio sobre estos temas. Hoy conviene retomar la consciencia sobre la responsabilidad social del filósofo.

De las consideraciones que hemos planteado también se concluye la necesidad de tomar en serio la formación en la inteligencia práctica, que ha sido hasta ahora descuidada y abandonada en favor de una educación enfocada meramente en la razón teórica y la razón instrumental; es decir, en la información de contenidos y la promoción de relaciones egoístas de competencia. Y la tarea de procurar esos cambios en la educación es una labor legítima de la filosofía.

Finalmente, quisiera plantear una idea que atraviesa el documento, pero no he manifestado explícitamente: La filosofía tiene la tarea de contribuir al desarrollo de la sociedad mediante la crítica a los dogmas y al dogmatismo, sea del tipo que sea: político, patriótico, nacionalista, religioso, feminista, etc. Los dogmatismos exacerbaban el espíritu, lo ciegan e impiden la comprensión empática, el respeto a la diferencia y el reconocimiento del otro y de sus ideas. El dogmatismo es enemigo de la democracia y del cultivo de las virtudes.

Filosofía social y teoría crítica: patología y desprecio

Marta-Cecilia Betancur G.



Durante muchos años he conservado el interés de re-encontrar el valor social de la filosofía y recuperar su potencial para pensar los problemas de la realidad. En este itinerario, la inquietud de hallar marcos de pensamiento que contribuyan a la interpretación de los agujeros que aquejan a la sociedad colombiana, así como de entender de manera más integral los procesos de nuestro desarrollo, me ha acercado a la filosofía social de pensadores de orillas distintas como Paul Ricoeur y Axel Honneth, los cuales confluyen en el propósito de configurar una teoría capaz de superar el abismo trazado entre filosofía y realidad social, así como de presentar sistemas de pensamientos capacitados para superar el nivel de la mera opinión y del conocimiento relativo. En este ensayo quiero adentrarme en el programa construido para tal fin por la figura más destacada de la tercera generación de la Escuela de Frankfurt.

Honneth se propone realizar una nueva configuración de la teoría crítica que logre establecer vínculos adecuados entre los niveles de las esferas práctica y teórica de la vida humana, es decir, de los fenómenos, acontecimientos y conflictos de la vida social con un marco teórico y unos conceptos que permitan la comprensión de los primeros a la luz de los segundos,

de tal modo que la filosofía y las ciencias puedan brindar herramientas teóricas para la construcción de un diagnóstico apropiado de la realidad en aras de su transformación. Esto significa que contempla, entre sus objetivos, la realización del ideal filosófico de contribuir en la transformación de la sociedad a partir de la comprensión de sus problemas y conflictos más profundos. En este contexto de pensamiento puede afirmarse que los conceptos de conciencia de injusticia, autorrealización, reconocimiento, patologías sociales, desprecio y democracia ética conforman una red de nociones que ofrecen un marco teórico para la comprensión de los fundamentos de los conflictos sociales y para la adquisición de herramientas teóricas, científicas y empíricas que contribuyan a la exploración de soluciones que conduzcan a un florecimiento de la vida social.

El pensador configura los contornos de la filosofía social en el marco de la tradición del pensamiento crítico. Recupera de su historia, que va de Rousseau a Habermas, la orientación hacia el análisis crítico de la sociedad, la construcción de diagnósticos críticos sobre las deficiencias sociales y la adopción de unos criterios éticos y unas bases antropológicas “mediante los cuales se pueden captar como patologías determinados procesos de desarrollo de la modernidad” (2011, p. 76). Además, en discusión con la misma tradición expresa el objetivo de superar la ruptura entre las interpretaciones y explicaciones teóricas con las investigaciones empíricas. En este proyecto, el filósofo propone un programa de 4 momentos para la filosofía social 1. Formular la fundamentación teórica y definir el campo de trabajo; 2. Establecer los criterios éticos; 3. Apoyar la investigación en estudios empíricos; 4. Delimitarla como una esfera de reflexión capaz de formular propuestas de cara a la transformación de la vida social. Este es el contexto en el cual se comprende la red de conceptos que formula en las teorías de la lucha por el reconocimiento y la sociedad del desprecio, red de nociones en la cual la tensión entre las categorías de “conciencia de injusticia” y “pretensiones de reconocimiento”, que atraviesan a las demás nociones, desempeñan un lugar destacado para establecer la conexión entre los planteamientos teóricos y las experiencias sociales.

Teoría crítica y filosofía social

“Por teoría crítica de la sociedad debe entenderse aquí solamente aquel modo de pensamiento de la teoría social que comparte una cierta forma de crítica normativa con el programa original de la escuela de Frankfurt y tal vez incluso con la tradición del hegelianismo mismo de izquierdas en su conjunto. Esto es, una forma que al mismo tiempo es capaz de proporcionar información sobre aquella instancia precientífica en la que su propio punto de vista crítico está anclado extra-teóricamente como interés empírico o experiencia moral” (2011, p. 127).

Honneth ubica la emergencia de estas dos ideas, filosofía social y teoría crítica, en la modernidad. Señala a Hobbes como fundador del concepto de filosofía social y a Rousseau como fundador de la forma de pensamiento crítico enfocado en el análisis y la interpretación de los problemas de la sociedad. Del concepto de filosofía social destaca su posibilidad de abordar teóricamente, desde una perspectiva filosófica, asuntos de la vida humana en sociedad, temas relacionados con los problemas de la interacción del sujeto en el contexto de las relaciones que constituyen los hombres para realizar la vida. Y entrelaza los problemas de la filosofía social con los intereses de la antropología filosófica de explorar un rasgo fundamental de la condición humana como es la necesidad de llevar la vida en contextos de intersubjetividad y en el desempeño de una vida digna; y con los de la ética de criticar e interpretar las estructuras de valores que subyacen a la sociedad y crean las posibilidades del desenvolvimiento de la vida en interacción.

Honneth reivindica el vínculo entre dos campos filosóficos: entre una concepción filosófica y una esfera de la realidad; quiere hacer de la teoría crítica una filosofía social, esto es, una concepción filosófica de la realidad social capaz de ofrecer recursos para la interpretación del mundo real mediante la configuración de un marco teórico, unas categorías y unas herramientas de análisis crítico aplicables al estudio de la sociedad. Una filosofía social, entendida como un lugarteniente de la filosofía enfocado en un problema que había sido excluido del pensamiento moderno por consideraciones metodológicas. Así, trata de restablecer los lazos entre la esfera

teórica y práctica de la vida humana, donde se consideren las diferencias y los encuentros de la filosofía social con la política, la ética, la antropología y la sociología. Plantea la necesidad de trazar un puente entre la filosofía y la sociología, donde se corrijan las falencias, se respeten las diferencias entre ellas y se aprovechen sus relaciones. Mientras que la sociología debe recuperar la fundamentación filosófica, la filosofía debe volver la mirada a la experiencia social; mientras que la sociología debe recuperar el núcleo filosófico normativo y tender un puente con la filosofía moral, la filosofía debe recuperar el “contacto con el análisis de la sociedad” (p. 40). Y ambas disciplinas tienen la función de participar de manera activa en los debates públicos, en la aclaración de las ideas y en la toma de conciencia sobre las cuestiones morales y políticas.

A su juicio el problema central para la teoría crítica consiste en establecer una relación entre una teoría normativa y una moralidad históricamente situada, entre la teoría y las formas operantes propias de la vida social; donde la teoría “no sólo quiere afirmar genéticamente los criterios morales que sirven de base para su crítica de la sociedad, sino que tiene que demostrar formas empíricamente operantes de moralidad a las que se pueda referir de manera fundamentada” (2011, p. 55). Se trata de renovar la aplicación de la relación entre teoría y práctica, que había sido expuesta por el marxismo en términos de la lucha de clases, pero que se había visto minada por el fracaso de las revoluciones. Honneth sigue la orientación que habían imprimido los filósofos fundadores en el trabajo de la teoría crítica; descubre unos hilos conductores, en medio de las discontinuidades: los pensadores, Rousseau, Hegel, Marx, Nietzsche, Horkheimer, Habermas y Hanna Arendt han hecho una valoración crítica de la sociedad de su tiempo, diagnostican los problemas más radicales, proponen categorías para entender las perturbaciones, exponen la idea de un desarrollo deficiente y manejan el trasfondo de una concepción acerca de una vida social legítima y de un ideal de vida para la realización humana; es decir, que tienen como base criterios éticos y antropológicos. Todos hallan falencias en el desarrollo y la consolidación de la sociedad moderna y capitalista.

Por ejemplo, Rousseau hace una valoración crítica de la sociedad cuestionando la injusticia y la forma de vida de su tiempo; subraya la contradicción entre la pérdida de la capacidad de autoconservación y de la auto-

nomía individual frente al desarrollo de características públicas negativas como la hipocresía y la búsqueda de prestigio individual; formula una suerte de alienación en ese afán, donde la búsqueda de reconocimiento social conduce a la desigualdad social. Esta valoración se realiza con el trasfondo de un criterio antropológico, según el cual, la sociedad burguesa tergiversaba una forma de vida natural y originaria, en la que prevalecían la capacidad de autoconservación y el amor de sí, con la capacidad de compasión respecto a los otros. La tergiversación de estos valores conllevó a un desarrollo deficiente de la vida social, que provocó pérdida de la libertad y desmoronamiento de la moral.

Este itinerario fue seguido por los diversos teóricos y cambió en el contenido: en las categorías propuestas para comprender la valoración crítica, en la deficiencia social entendida en términos de patologías, en la concepción acerca de la realización humana y de los criterios ético antropológicos que asumen de trasfondo, y en la interpretación de la estructura moral que impide la realización. Pero en la forma hay un hilo conductor que alienta el estudio y permite proponer una filosofía social, apoyada en una antropología débil y otra formal, y en una estructura ética que esté habilitada para aportar en la interpretación de la realidad social. Una filosofía social anclada en el acoplamiento entre la teoría y la experiencia empírica, promotora de una retroalimentación entre filosofía y sociología.

Honneth considera a Rousseau el fundador de la filosofía social moderna por la forma metódica de plantear los problemas y buscar respuestas: “Creó la posibilidad de investigar una forma social de vida no sólo bajo el aspecto de su legitimidad político-moral, sino también de preguntar por las limitaciones estructurales que supone para el objetivo de la autorrealización humana” (2011, p. 84). Este examen exige además establecer el criterio que permite mostrar lo que cuenta como limitación y como desarrollo deficiente, y el cual definió en la forma originaria de la existencia humana; desde este momento “una de las alternativas para la justificación teórica siempre sería la de remitir a una forma ideal de acción humana, que debía estar planteada ya en la dotación antropológica del género” (p. 85). En cambio, Hegel experimenta como patológico el “efecto destructivo que parte del proceso de aumento desmesurado del particularismo individual” (p. 85) y percibe como amenaza la atomización de la comunidad, la diso-

ciación paulatina de los miembros. Comparte con Rousseau la idea de que “los desarrollos históricos deficientes presuponen un peligro social porque limitan demasiado las condiciones de una vida buena” (p. 85), pero considera que es el compromiso mutuo con un bien común lo que posibilita la autorrealización. Más tarde, Marx encuentra en el trabajo alienado la mayor expresión de la patología social y el mayor impedimento para la autorrealización personal. Nietzsche va a enfocar en la disposición nihilista la expresión sistemática de una patología cultural caracterizada por una pérdida de la orientación moral. Y el diagnóstico crítico es continuado por Horkheimer, Adorno, Lukács, Hanna Arendt y Habermas quienes llenan de nuevos contenidos las ideas de patología social y de autorrealización, las mismas que conducen a Honneth a la sistematización de las nociones de “dinámicas del desprecio” y “luchas por el reconocimiento”.

Además, considera que la filosofía social debe mantener pretensiones de universalidad, si se quiere sobrepasar los límites de la parcialidad de la filosofía occidental; pues, “como filósofo, no se tiene el permiso de ofrecer análisis que no puedan demostrarse que son expresiones universalizables e intersubjetivamente reconstruibles” (2010, p. 70). Si se quiere hacer aportes válidos sobre diagnósticos de problemas y sobre patologías sociales, el filósofo está llevado al compromiso de la fundamentación rigurosa y del acoplamiento con la experiencia empírica. Los recursos ofrecidos por este campo de la filosofía deben trascender las pretensiones parciales de una cosmovisión particular y de una explicación histórica, y deben evitar mediante la autocritica constante el error filosófico de hallar la generalización a partir de una concepción particular del mundo. Los ensayos de Charles Taylor, Harry Frankfurt y Heidegger siguen esa dirección, “intentan decir algo sobre la estructura de la existencia humana, de nuestras relaciones con el mundo, que no sólo tenga un sentido históricamente limitado, sino que debe aportar algo sobre la existencia humana en su totalidad” (2010, p. 72). Sobre el trasfondo de esta perspectiva filosófica “se pueden desarrollar de manera óptima los criterios con pretensión de validez universal que nos deben permitir hablar de desarrollos fallidos y patologías sociales” (2010, 72). Justamente, esa es la tarea emprendida por Honneth. Realizar la fundamentación y argumentación rigurosa de los conceptos de la filosofía social que pueden servir de categorías universales legítimas, de crite-

rios y de pautas para la investigación de las sociedades; se trata de superar la pretensión de ofrecer explicaciones válidas solamente para un contexto histórico y geográfico, en este caso, la sociedad europea. Y se trata entonces, también, de examinar la posibilidad de aplicar estas categorías a la interpretación de nuestras sociedades.

Diagnóstico y patologías sociales

La orientación trazada por la tradición ha recibido contribuciones de la sociología que permiten definir el campo de investigación de la teoría crítica como filosofía social: su foco está en el diagnóstico de las patologías sociales. Con la influencia de la filosofía, a principios del siglo XX, los sociólogos abordaron el estudio de las patologías sociales, que agobiaban a la sociedad. “los padres fundadores de la nueva ciencia, sin excepción están profundamente convencidos de que la sociedad moderna está amenazada por un empobrecimiento moral que tiene que provocar perturbaciones masivas en la reproducción social” (2011, p. 94). Si bien, ofrecen diversos modelos de interpretación, los científicos reconocen una “crisis ética” y pretenden hacer aportes para la reparación práctica de dicha crisis. Coinciden con el diagnóstico general: en la economía capitalista hay una pérdida de la orientación ética en el mundo: “Con la transición institucional de un orden social tradicional hacia un orden social moderno, la estructura axiológica social perdió aquella fuerza de configuración ética que permitía hasta entonces al individuo interpretar con pleno sentido su vida según un objetivo social” (2011, p. 94). Simmel enfoca la crítica en la reificación de las relaciones personales, Tönnies en la disolución de los lazos de la comunidad, Weber en el desencantamiento del mundo, y Durkheim en la anomia. Todos hacen un diagnóstico de los problemas surgidos con el establecimiento del nuevo orden, el cual ha tenido como consecuencia el vaciamiento moral del mundo. Además, vinculan los diagnósticos con las exigencias de establecer criterios teóricos y metodológicos que permitan validar el conocimiento, y ponen en juego la obligación de avanzar en la comprobación empírica.

En la historia de la teoría crítica se entiende la patología como un trastorno decisivo de la sociedad moderna. Para Horkheimer ese trastorno consiste en el predominio de la razón instrumental, que se produce como consecuencia de una autonomización y atomización de las actitudes sociales conectadas con la meta del dominio de la naturaleza y con la aplicación de la lógica de medios y fines, donde el otro ser humano es entendido como medio. Tanto el término de diagnóstico como de patología, estrechamente vinculados en la filosofía social, provienen del ámbito de la medicina. Diagnóstico significa la aprehensión y la identificación de una enfermedad que afecta al ser humano. Mientras que una patología es un estado anormal del cuerpo. “Por tanto, una patología presenta exactamente aquel desarrollo orgánico deficiente que debe ser alumbrado o determinado mediante el diagnóstico” (p.114). Honneth hace frente a las dificultades para ampliar esos dos conceptos al campo de los fenómenos sociales y defiende el uso de las metáforas. Una metáfora crea sentido, “ilumina”, “ilustra”, saca a la luz de manera comprensiva los hechos sociales y las situaciones del mundo, alumbrando un horizonte de significado; una metáfora lleva a ver las cosas de una nueva forma, permite aplicar un campo de significación a otro campo, pues su significación no es directa ni exacta, sino indirecta y mediada por las connotaciones del sentido literal. En el contexto del conocimiento, el significado metafórico llega a convertirse en nuevas formas de significado literal.

Ahora bien, la noción de patología aplicada a la sociedad exige una idea de normalidad referida a ella, que se descubre interpretando lo que entiende la cultura por la finalidad del desarrollo y la realización de las personas, revisando la definición cultural de una vida exitosa en sociedad. El concepto de normalidad es, en principio, formal, y se refiere a la interpretación de sí que tienen las culturas. Devela la comprensión que una sociedad tiene sobre las condiciones sociales más relevantes de la autorrealización humana. Los conceptos de diagnóstico, patología y normalidad dan cuenta del componente ético que subyace a la estructura social y que debe ser sistematizado bajo la dirección de una ética formal, que no fije de antemano el contenido de las nociones de realización del individuo en interacción ni de los objetivos de la vida en sociedad. Estas nociones han de acoplarse de acuerdo con las pretensiones sociales: “Entonces tienen que ser conside-

radas como encarnación de la normalidad de una sociedad aquellas condiciones dependientes de la cultura, que permiten a sus miembros una forma no distorsionada de autorrealización (p. 115). Y concluye Honneth: “la definición de patologías sociales en la filosofía social se realiza siempre con vistas a las condiciones sociales que deben ayudar al individuo a su autorrealización” (p. 118). Donde el contexto de lo que cuenta como defecto social no es solo una consideración sobre la injusticia sino en general las alteraciones que restringen o deforman posibilidades de vida consideradas como sanas o normales. Patologías de este tipo fueron enunciadas por los filósofos críticos mediante nociones como, “disociación”, “cosificación”, “alienación” y “nihilismo”.

El transcurso hermenéutico por la tradición le permite a Honneth subrayar la importancia de los conceptos negativos, en tanto remiten al estudio de las situaciones sociales, tanto de las condiciones sociales que se experimentan como déficit social o perturbación, como de las condiciones que “posibilitan a los individuos una vida más plena o mejor, es decir, exitosa. En este sentido, una idea ética de normalidad social, que está ajustada a las condiciones que posibilitan la autorrealización, presenta el criterio mediante el cual se miden las patologías sociales” (p. 117). Como puede observarse, la argumentación plantea un problema: Una vez establecida la necesidad de partir del estudio de los hechos y las condiciones sociales, en su cara negativa, debe darse el paso a la forma positiva de los criterios de la ética de la normalidad, de las condiciones que se establecen para la realización de una vida buena en sociedad. Entonces es preciso examinar la forma en que se determinan en los diversos enfoques las condiciones sociales de la autorrealización. Honneth busca superar las perspectivas metafísicas de las respuestas que han buscado esos criterios en las condiciones naturales del ser humano (antropológica) o en el futuro deseable y la finalidad de la vida, todas las cuales han defendido realmente un punto de vista parcial, histórico y relativo a una teoría. Ya Nietzsche había denunciado el carácter parcial de estas explicaciones. De allí, concluye Honneth: El camino a seguir para la filosofía social, debe ser “justificar de manera convincente juicios éticos sobre las condiciones necesarias de la vida humana” (p. 125). La alternativa que propone es la de fundamentar los juicios éticos en el esbozo de una antropología mínima, reducida, que reconstruya las condi-

ciones elementales para la vida humana y cuyas manifestaciones encuentra en M. Nussbaum y Ch. Taylor. Pero, especialmente, en la posibilidad de reconstruir los requisitos de “una serie de condiciones generales de una articulación desenvuelta de ideales humanos de vida” (p. 125).

Ahora bien, el estudio del diagnóstico de las patologías sociales tiene el efecto destacable de trascender, ampliar y desarrollar el concepto de “injusticia social”. De acuerdo con los diagnósticos realizados las patologías sociales no corresponden simplemente a problemas de desigualdad económica; en las luchas sociales “se esconden testimonios de desaprobación moral del orden social existente” (2011, 71). Los conflictos no atacan solamente a la distribución desigual de bienes materiales de vida, pues las demandas de las capas bajas exponen pretensiones morales más amplias de lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida y por la reivindicación de la dignidad humana. Es preciso “entender el conflicto y la contraposición a partir de disposiciones morales y normativas, y no sólo utilitarias” (2009, p. 49).

Fundamentación ética y antropológica

“La lucha por el reconocimiento debe ser considerada un fenómeno claramente diferenciado de naturaleza moral, así como una acción social” (2010, p. 45).

La apropiación de una fundamentación ética y antropológica para el despliegue del estudio de las condiciones y las situaciones sociales que permitan hacer un diagnóstico de la patología social conduce a Honneth a la legitimación del concepto “dinámica social del desprecio” (p. 128). Las nociones básicas que cumplen el requisito de servir como fundamento de los diagnósticos de patología sociales son: desprecio, sentimientos de injusticia, conciencia de injusticia, formas de reconocimiento y luchas por el reconocimiento, todas las cuales quedan comprendidas en la primera y tienen como trasfondo teórico el concepto de autorrealización, de estructura moral deficiente, y de aquella que la sociedad misma formula como

su ideal. Estas nociones orientan la doble tarea de precisar los conceptos nucleares y sistematizar los potenciales crítico normativos de la sociedad, que se descubren con ayuda de la investigación empírica.

Investidos de este marco teórico, el trabajo debe partir de la exploración de la experiencia empírica, que se presenta en este caso en la forma de sentimientos de injusticia y de conciencia de injusticia que son experimentados por los grupos sociales marginales. Sentimientos y conciencia emergen como expresiones precientíficas, carentes de formulación sistemática y teórica, por lo que resultan más pertinentes para “descifrar formas de moralidad empíricamente operantes”, para entender “los conflictos existentes y las pretensiones morales que son veladas en el espacio público político hegemónico” (p. 59). Además, existen los mecanismos usados socialmente de la protesta y la movilización para manifestar los sentimientos y la conciencia de injusticia, donde se expresan las ideas de privación y desaprobación moral, las cuales permiten descubrir los ideales y pretensiones de una estructura moral posible y deseable.

Por esta razón, el concepto de lucha resulta relevante, pues “la moralidad interna de la conciencia de justicia se deja leer sólo indirectamente, esto es, en los criterios de reprobación moral de acontecimientos y sucesos sociales, porque ni sus premisas de valor ni sus ideas de justicia son transparentes” (p. 63). Pero el conflicto que conduce a la lucha es, a juicio de Honneth, más amplio que la confrontación entre clases sociales. Porque los conflictos se presentan a una escala más profunda entre diversos grupos sociales. En la sociedad capitalista, comúnmente, la injusticia es percibida en la forma de distribución desigual de los bienes materiales e inmateriales de la sociedad; sin embargo, la privación es entendida como una “falta de respeto hacia la propia identidad, el honor y la integridad”, que pone al descubierto las expectativas acerca del derecho de los ciudadanos a participar de los bienes materiales e inmateriales de la sociedad, incluyendo el aprecio por las capacidades para cumplir roles sociales.

En esta esfera social está anclado el interés por la emancipación. El perjuicio percibido respecto a las expectativas morales es entendido como una lesión “de pretensiones de identidad adquiridas mediante el proceso de socialización” (p. 136). La motivación por la protesta social de las capas bajas “no se basa en la orientación por principios de moral formulados

positivamente, sino en la experiencia de violación de ideas de injusticia dadas intuitivamente” (p. 137). La lucha de acuerdo con expectativas morales es una lucha por el reconocimiento, donde se halla anclada la lucha por la distribución como uno de sus rasgos. “La lucha por el reconocimiento representa un conflicto alrededor de las jerarquías de valores socialmente institucionalizadas que regulan qué grupo social tiene derecho a exigir legítimamente –es decir, en función de su estatus y la apreciación de que disfruta– un cierto grado de bienes materiales (2010, p. 43).

Honneth sistematiza en el concepto de “reconocimiento” la necesidad experimentada por el ser humano de ser aprehendido o considerado en tanto persona digna de empatía, derechos y aprecio moral. Existe un trasfondo en la conciencia de injusticia y las expectativas normativas. Las falencias y el deterioro de las condiciones normativas de la interacción se reflejan en las experiencias y la conciencia de injusticia, que se experimentan en forma de desprecio. El desprecio es la patología de las sociedades que someten a grupos sociales a la invisibilidad, al desconocimiento de su ser como persona, que en términos de la teoría del reconocimiento significa el menosprecio en la esfera del amor, de las relaciones formales y de la valoración del rol social del individuo. La relación, bien sea de reconocimiento o de desprecio, influye de manera decisiva en la autorrealización del ser humano en condiciones de intersubjetividad: “Es decir, dado que la experiencia del reconocimiento presenta una condición de la cual depende la identidad del ser humano en conjunto, su ausencia, esto es, el desprecio, va acompañada necesariamente del sentimiento de amenaza de la pérdida de personalidad” (2011, p. 137). La argumentación de Honneth propone un vínculo estrecho entre la violación de las expectativas normativas y las experiencias morales que los sujetos manifiestan en la vida social. Con la negación del reconocimiento aparecen experiencias de desprecio, sentimientos de injusticia, rabia, resentimiento y odio, como también, solicitudes de reconocimiento y necesidad de lucha.

Esta teoría es sistematizada con el trasfondo de la teoría del reconocimiento que había formulado Honneth en *La lucha por el reconocimiento* (1997) donde había centrado el estudio en la reinterpretación de la teoría de Hegel y formulado los modelos de la lucha transitada por el ser humano en la búsqueda del reconocimiento recíproco, mediante las tres figuras

arquetípicas, del reconocimiento en el amor, en el derecho y en la estima social. “El progreso moral se desarrolla a partir de una gradación de tres patrones de reconocimiento de complejidad creciente, entre los cuales se plantea cada vez una lucha intersubjetiva entre los individuos para hacer valer las reivindicaciones de su identidad”. Los patrones de normatividad que se van desarrollando crean las premisas normativas para la configuración de una sociedad que pueda ofrecer condiciones de vida digna para los ciudadanos. En la obra de madurez reconfigura la teoría, enfocado en la cara negativa del desprecio, con el fin identificar la base experimental que puede ser aprovechada por la filosofía social y la sociología para continuar sus estudios y contribuir al desarrollo social y a la emancipación; el análisis de los daños morales debe apoyarse en las circunstancias que son vividas como injustas.

Así las cosas, las tres figuras del reconocimiento permiten entender las formas de desprecio que se viven en la experiencia. La primera forma de desprecio se experimenta en términos de falta de reconocimiento afectivo y ausencia de empatía, y conduce a la desconfianza de sí y a la inseguridad personal; la segunda forma de desprecio es la más relevante en el contexto de la interacción social porque se experimenta en términos de privación de derechos y exclusión: “En este caso, el hombre es humillado en la medida en que, dentro de su comunidad, no se le concede la imputación moral de una persona jurídica de pleno valor. En consecuencia, a esta forma de menosprecio le debe corresponder una relación de reconocimiento recíproco en la que el individuo aprende a considerarse, desde el punto de vista de los participantes en la interacción, titular de los mismos derechos que éstos” (2010, p. 27). La conquista del reconocimiento, en este caso, permite la generalización de las condiciones para la ampliación y la extensión de los derechos. Establece el vínculo formal con la sociedad y hace a la persona partícipe de las estructuras jurídicas y morales. La tercera figura de desprecio consiste en la “degradación del valor social de formas de autorrealización”. En tanto forma de reconocimiento ayuda a formar la autoestima y crea relaciones de aprobación de las capacidades y de solidaridad. Se expresa especialmente, para Honneth, en la valoración de los roles laborales y del papel que cumple el ciudadano en la producción de los bienes materiales, inmateriales y culturales de la sociedad. El desprecio en

esta figura se experimenta en términos de sentimientos de injusticia por la imposibilidad de participar como sujeto de valor en el esquema de valores compartidos de la sociedad. El ciudadano se siente descalificado en cuanto al reconocimiento de las realizaciones individuales y de las labores que se consideran significativas. Por esta razón, “los intentos de conquistar nuevos ideales y ampliar la esfera de los valores conducen a una redefinición “de la dignidad humana” (p. 71). Cabe concluir que la sociedad del desprecio niega a los ciudadanos las posibilidades para llevar una vida buena, capaz de recrear los ideales sociales y personales de autorrealización.

Filosofía social, comprensión de la realidad y democracia ética

La filosofía social propuesta por Honneth puede llegar a ser un recurso destacado para la comprensión de los problemas sociales y para la creación de lineamientos morales que orienten el desarrollo de la sociedad, incluso de nuestro país. Concluye planteando la necesidad de una democracia ética, de una sociedad que cree las condiciones para la autorrealización de la persona en concordancia con la realización social, que promueva el reconocimiento intersubjetivo entre sus miembros, en términos de empatía, respeto por la dignidad y solidaridad, y que realice el propósito de objetivar en las instituciones y en las prácticas sociales los ideales constituidos en el marco de la lucha por el reconocimiento. El llamado al análisis de las manifestaciones de las experiencias de desprecio, la conciencia de injusticia y la comprensión de la patología en términos de “las dinámicas de desprecio” y las expectativas normativas de reconocimiento, mediante la investigación de las prácticas sociales, donde se incluyen la protesta social y la movilización constituye un procedimiento pertinente para interpretar la estructura moral que subyace a la sociedad y para ejercer la crítica.

Una aplicación somera nos permite afirmar que la filosofía social propuesta por Honneth nos ofrece herramientas teóricas para hacer un análisis crítico hermenéutico de las luchas en Colombia por el reconocimiento; nos permite entender las movilizaciones sociales y los movimientos de protesta como mecanismos de lucha por la superación del desprecio a que han estado sometidas las comunidades vulnerables. La aplicación de la teoría

a la movilización social nos ofrece elementos empíricos para examinar el ambiente de malestar y descontento por la experiencia de injusticia que viven estos grupos sociales, por la situación económica, social y política que perciben como vulneración de sus derechos; asimismo, nos permite abordar de manera comprensiva el testimonio de los movimientos de protesta en tanto desarrollos de una conciencia de injusticia.

Por ejemplo, una revisión de los puntos solicitados en el estallido social de 2021 en Colombia nos brinda información para investigar los campos concretos en los cuales las capas bajas aprehenden la experiencia de injusticia moral, la patología social y el menosprecio, así como las expectativas de transformación que exponen en la lucha por el reconocimiento, habida cuenta de que en ellas se “esconden testimonios de una desaprobación moral del orden social existente” (p. 71). Una consideración rápida sobre la condensación del pliego de peticiones resultado del estallido social del 2021 pone en evidencia las exigencias de reconocimiento expuestas por la movilización social, que se manifestó en términos de lucha jurídica por el reconocimiento en el derecho, frente a experiencias de desprecio: “El pliego de emergencia aborda seis puntos: renta básica; intervención y financiación estatal al sistema de salud; derogatoria de los decretos presidenciales de emergencia; defensa de la producción nacional agropecuaria, industrial y artesanal; matrícula cero en la educación superior; acciones diferenciadas para garantizar la vigencia de los derechos de las mujeres y las diversidades sexuales. Más tarde se adicionaron dos asuntos: la implementación del Acuerdo de Paz y el rechazo a las masacres y asesinatos de líderes y lideresas sociales, indígenas, campesinos y excombatientes”. (Martha Cecilia García y Santiago Garcés. Edición 102. Mayo/agosto 2021. Revista Cien días Cinep)¹.

Las exigencias dejan ver tanto los ideales de autorrealización que subyacen a las necesidades y peticiones de los sujetos sociales, como la estructura moral de desprecio que se encarna en las instituciones; expresan ideales como la superación de la pobreza mediante la renta básica, acceso a la educación y a mejores condiciones de salud, libertad de expresión (li-

1. (<https://www.revistaciendiascinep.com/home/notas-sobre-un-estallido-social-en-colombia-el-paro-nacional-28a/>).

bertad negativa), realización del derecho a la participación en la movilización social (libertad positiva), rechazo a la criminalización de la protesta. Estos puntos nucleares no son otra cosa que la expresión de la lucha por realizar los ideales de participar en la distribución equitativa de los bienes materiales e inmateriales de la sociedad, la manifestación de una lucha contra las patologías del desprecio, por la justicia social y el reconocimiento. En la lucha se aprecia, además, la defensa del derecho al empleo, uno de los asuntos más sensibles para los ciudadanos colombianos que se ven limitados para aportar a la sociedad mediante sus capacidades laborales y personales, que se ven relegados a trabajos indignos y sufren las consecuencias del desempleo. Los puntos que se adicionan después dejan ver la capacidad del movimiento social de luchar en bien de la comunidad en general y por la superación del conflicto armado. Exponen su compromiso con la defensa de la vida.

Y, frente a todo ello, las actitudes de los agentes políticos de las capas altas de impedir a toda costa la conversación, de incumplir los pactos y de acudir a apelativos para descalificar la actividad política siguen siendo manifestaciones de desprecio.

Bibliografía

Honneth, Axel. *La lucha por el reconocimiento*. Barcelona:

Crítica, 1997.

——— *La sociedad del desprecio*. Madrid: Trotta, 2011.

——— *Crítica del agravio moral*. Buenos Aires: Fondo de

——— *Cultura Económica*, 2009.

——— *Reconocimiento y menosprecio*. Madrid: Katz,

editores, 2010.

Encuentro con Irene Vallejo

“Conservar las palabras que no son más que soplos de aire”

Álvaro Castillo-Granada



Soy un lector voraz. Omnívoro. Creo (contrario a lo que opinan algunos escritores) que uno de los mayores elogios que se le pueden dar a un libro y su autor es el leerlo en poco tiempo. Devorándolo. Sin descanso. No poder soltarlo y dedicar el tiempo que no tenemos (y el que sí) a su lectura. Terminarlo como si fuera la única misión en el ese momento en la vida. Eso fue lo que me pasó (y creo que a muchos) cuando llegó a mis manos *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo.

¿Qué es lo que tiene este libro sobre la historia de la escritura y la lectura (entre otras cosas) que ha cautivado y atrapado a tantos y tantos lectores? La respuesta no es fácil de encontrar. Creo que cada uno de los que lo hemos leído tenemos una. En muchos casos asociada a los momentos más duros de la pandemia de la Covid 19.

Hubo un momento en que muchos de los que estaban, estábamos, encerrados en nuestras casas durante alguna de las cuarentenas, cansados de vernos las caras y ver series en alguna plataforma, volvimos la mirada a las bibliotecas, a las nuestras, y descubrimos de nuevo el placer y el hábito de la lectura. Y volvimos a leer y leer sin parar. Y a comprar libros, a acumularlos, a pesar de las dificultades y restricciones que

había en este momento. Y es ahí, en ese momento, donde aparece para la mayoría de nosotros *El infinito en un junco*.

Libro hermoso y entrañable. Fascinante. Abridor de puertas. Libro divulgador. Lleno de información contada como si fuera un cuento. Información que lo que hacía era abrir sucesivas y constantes puertas. Libro descubridor. Provocador...

Sobre esta y muchas cosas había soñado en conversar con Irene Vallejo. La oportunidad se dio durante la Feria del Libro de Bogotá. Gracias a la complicidad de Sebastián Estrada y John Cáceres, de la editorial Penguin Random House Mondadori, se pudo establecer y concretar un encuentro. Ya habían llegado dos de mis libros (*Un librero* y *Librovejero*) a sus manos. Desde Palma de Mallorca volaron a Zaragoza.

Nos saludamos como si nos conociéramos de toda la vida. Como si ayer nos hubiéramos visto en la librería y la conversación continuara. Seguimos conversando...

“Recuerdo que, a mi papá, cuando yo era pequeña, le gustaba mucho (después de buscarme en el colegio) llevarme a las librerías de viejo, que eran sus favoritas, porque, como cuento en *El Infinito en un junco*, él tenía esa pasión por lo que yo llamo “la minería librera”, o sea, ir a las librerías donde estaban las montañas de libros y empezar a escarbar, a sacar lo que estaba en la parte de abajo de las torres de libros; siempre buscando alguna rareza o algún libro extraordinario. Mi mamá, en cambio, siempre ha sido de las librerías de nuevo, muy ordenadas y organizadas.

Yo tengo la teoría de que hay una doble tipología: la “Librería Caos” y la “Librería Cosmos”. Entonces, mi papá era de la Librería Caos y mi mamá siempre de la Librería Cosmos, la que es muy diáfana, muy luminosa, todos los libros organizados alfabéticamente.

Entonces, mis primeros recuerdos son de mi papá venir a buscarme al colegio por la tarde y llevarme a las librerías de viejo, empezar la búsqueda y yo sentarme, quedarme sentadita en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Había una librería especialmente que se llamaba Pórtico, en Zaragoza, que era una librería con la que tenía, con los dueños, una sintonía ideológica y eran viejos amigos de luchas políticas. Eran más bien comu-

nistas en un tiempo en el que el comunismo era perseguido. Los tiempos de la dictadura, cuando ellos habían trabado su amistad, y eran los tiempos en los que el Partido Comunista, era el que organizaba la oposición al régimen franquista en Zaragoza, bueno, en toda España. Mi papá tenía esos contactos y, entonces, era un librero con el que siempre había tenido mucha relación. También recuerdo que ponían música de jazz en la librería. En mi memoria estoy yo allí, sujetándome las rodillas, abrazándome las rodillas, viendo a mi papá buscar, escarbando; o bien, hablar con el librero, que se llamaba José Alcrudo, y tener esa sensación de que tener esas conversaciones alrededor de los libros, era uno de los grandes objetivos de la vida adulta.

En general, los libros, en aquella época, eran mis papás los que me los regalaban y los elegían. Cuando se trataba de libros para mí, me llevaban más bien a la biblioteca y ya; las librerías de mi infancia fueron más bien la librería Cálamo y la librería Antígona de Zaragoza, que están en la zona universitaria, cerca de donde vivíamos. Esos libros me han visto crecer.

En aquellos tiempos no había tantos libros infantiles como ahora, esas ediciones tan hermosas; pero sí es cierto que a mí, desde muy chiquitita, me gustaban mucho, me interesaban y me apasionaban las mitologías, todas las mitologías. Entonces siempre iba buscando, ya por supuesto tenía libros de mitología griega, romana, nórdica, oriental, pero yo iba buscando ese tipo de libros de folclor, de tradiciones, de Argentina, del Río de la Plata, eso me gustaba muchísimo...

Un día mi papá empezó a contarme la *Odisea*. No me la leía, sino que me contaba la historia con sus propias palabras. Eso tuvo que ver con unos dibujos animados que había entonces en la televisión, que era un Ulises galáctico que tenía un hijo llamado Telémaco y viajaban en unas naves espaciales y yo estaba viendo esas series, esos dibujos y mi papá llegó y dijo:

-Pero ese no es el verdadero Ulises, tú lo sabes ¿no?

Y yo dije: ¿Cuál es el verdadero Ulises?

-Pues esta noche te cuento...

Y entonces, cada noche me contaba una aventura: las sirenas, el saco de los vientos, los lotófagos, Circe, Calipso, el descenso a los infiernos...

Y por lo que sea, a mí ese cuento me pareció el más maravilloso que me habían contado nunca.

Mis papás siempre, desde que era muy pequeñita, desde que tengo memoria, me cuentan historias, pero esa encendió una chispa en mi interior muchísimo más apasionada que las historias que había leído antes, que me habían leído antes o que me habían contado; que también me gustaron, pero no me dejaron así, maravillada, como ese cuento de Ulises. Yo entonces ni sabía que había una tradición clásica, ni un prestigio cultural, ni nada de nada. A mí me conquistó el relato y las sirenas y los cíclopes y todas esas aventuras de Ulises y la isla de Ítaca. Y entonces, a partir de ese momento, como mis papás se dieron cuenta de que me había gustado tanto esa historia, me regalaron un libro de los argonautas, otro de los trabajos de Hércules... Como vieron que eso me apasionaba tanto, me convertí en la “mitómana” oficial de la familia y me buscaban esos libros y, cuando se iban de viaje, siempre me traían algún libro de ese tipo. En cambio, los cuentos de hadas me parecían muy edulcorados y esas historias me parecían que tenían una fuerza que me impactaba muchísimo.

Yo creo que ya los volví a leer cuando empecé a estudiar griego y los traducía y entonces los releí para refrescarlos. En la infancia fueron las expresiones de mi papá. Luego me regalaron un cuento infantil ilustrado, que era una versión de una editorial que se llamaba Cliper. Las ilustraciones... cierro los ojos y las estoy viendo. Todavía lo guardo, y aún se lo leo a mi hijo, el mismo librito y lo tenemos ahí en su cuarto. Estoy viendo a Circe poniéndoles en unguento a los cerdos en el morro cuando ha convertido a los compañeros de Ulises. Eso se ha grabado con una nitidez absoluta, podría casi reproducir el libro. Ya la lectura de la obra literaria vino cuando empecé a estudiar griego y latín en el Instituto.

Mis papás a mí me regalaban libros, recuerdo que tenía *Romeo y Julieta*, *Historia de dos ciudades*, *La tempestad* (un cómic), y los leía con muchísima atención. Luego, con el paso del tiempo, ya leería los libros, la versión genuina.

Y sí, es otra historia, efectivamente, y con muchos más pormenores y detalles y complejidad narrativa. Pero yo, supongo, que ese relato de mi papá es para mí la *Odisea*, ya para siempre, más que la de Homero. En

aquel momento no sabía que había un autor de ese libro, sino que pensaba que mi papá se inventaba esas historias para mí.

Es posible, no lo había pensado, pero sí, puede ser que en mi libro *Alguien hablará de nosotros*, exista el afán de recuperar esas historias que tanto le gustaban a mi papá, porque a él le apasionaba la historia, y siempre había sido un gran admirador del mundo griego y romano. Él acabó estudiando historia, la especialidad de historia, al mismo tiempo que yo estaba en la universidad, cuando yo presté el título. Íbamos juntos a la universidad, no a las mismas clases (porque no era la misma especialidad). Nos encontrábamos.

Le gustaba mucho contarme cómo era el mundo en la antigua Grecia y Roma, y yo intentaba imaginarme todas esas escenas tan extrañas e inverosímiles para mí. Y le gustaban mucho, también, un poco las historias ejemplares, (era un género de la antigüedad, como Valerio Máximo, Plutarco...), esas historias, convertidas en biografías ejemplares o muy literarias y simbólicas. Todas esas cosas le gustaban mucho y hablábamos mucho sobre eso y realmente es posible que cuando luego decidí hacer en el periódico *Heraldo de Aragón*, donde se publicaron originariamente esas crónicas, una sección que analiza la actualidad desde el punto de vista del mundo clásico, estuviera de alguna manera repitiendo lo que mi papá hacía conmigo.

Lo que a mí más me gusta de las librerías de barrio y de las librerías a pie de calle, es que muchas veces acabas llevándote un libro distinto del que ibas a buscar.

Estos libreros, que me conocen desde pequeña, ya tienen la potestad y se toman el derecho de que yo pregunto por un libro y me dicen:

-No, no te lo lleves, llévate en cambio este y este otro, y sacan ahí sus libros y es una relación curiosa, salvo cuando yo necesito algo realmente para un artículo. Muchas veces me enmiendan y me dicen, “Pues, llévate en lugar de éste o de éste”, o a veces he tenido curiosidad por determinadas literaturas y he dicho:

-No, no he leído mucha literatura portuguesa, ¿qué me recomiendan?

Y me dicen:

-Tienes que leer a Miguel Torga.

Y ellos me ponen en las manos los autores. Eso es lo hermoso de las librerías, que es la conversación. Eso no sucede cuando compras libros en plataformas.

Para mí un librero, desde que era niña y estaba observando a mi papá, es un conversador, es alguien que platica sobre los libros y es alguien con quien compartir las lecturas: “Pues he leído este libro, pues he opinado de esto, pues qué opinas de este libro del que tanto están hablando, pues a mí no me ha gustado, pues sí”

A mí eso me pasa frecuentemente, porque cuando un libro me gusta muchísimo, sigo sintiendo, igual que de niña, que ese libro tuvo que ser escrito para que lo leyera yo. En la mesa donde trabajo tengo como una pequeña colección de libros así, que están a mano y que son esos libros a los que, cuando lo que escribo no fluye, recurro para un poco recuperar la cadencia y la música y salir de esos atolladeros. Tengo, por ejemplo, ahí a Natalia Ginzburg, *Las pequeñas virtudes*; tengo a un escritor español que asisto mucho, que es Luis Landero; tengo el *Diccionario del Demonio* de Ambrose Bierce; y tengo los *Dublineses* de Joyce, a Chejov... Son un poco como mis libritos más amigos. Tengo libros de poesía.

Para mí, el poeta máximo, el que lleva más adentro, es César Vallejo, sin lugar a dudas, porque además yo estoy convencida de que le debo la vida. Mi mamá se enamoró de mi papá cuando él le regaló el libro *Trilce*. Ella dice que sin ese libro probablemente no hubiera sucedido. Entonces, para mí, *Trilce* es el detonante de mi existencia y eso es importante. Lorca, por supuesto, Miguel Hernández, y luego tengo una gran devoción por las poetas uruguayas, Idea Vilariño, Marosa Di Giorgio, Ida Vitale, Circe Maia... tengo mucha devoción por ellas. Anne Carson, que me gusta mucho. Son un poco mis grandes amigas. Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou es la poeta favorita de mi hijo, porque en el camino al colegio, donde lo llevamos todos los días, pasamos por una calle que se llama así, y siempre preguntaba:

- ¿Quién es Juana de Ibarbourou?

-Es una poeta uruguaya, le dije una vez, y vamos a leer poemas para que tú la leas.

Y le leí “La Higuera”, y le gustó tantísimo que ya para él es su poeta favorita

Y bueno, pues eso, tengo ahí con esa colección de libros, los ensayos de Montaigne, los tengo allí a mi lado....

No soy bibliófila, realmente. La verdad es que guardo algunos libros con mucho afecto, más por razones sentimentales. Mis abuelos fueron maestros rurales, los dos, y entonces (en realidad tres abuelos) guardo unos libros con los sellos de las Misiones Pedagógicas de España que tenían en la biblioteca de su escuelita. Y esos libros, por ejemplo, son muy especiales para mí, no porque sean libros valiosos en un punto de vista de mercado, sino porque traen todos esos recuerdos. Y sí que tengo apego a libros que han viajado conmigo, que he heredado, que vienen de mis abuelos... En fin, tengo alguna primera edición o ediciones de algunos libros, por ejemplo, de *Casa desolada*, de Dickens y algunos libros de otro de los autores que a mí me fascinan y me apasionan: Horacio Quiroga. Tengo una tercera edición, creo... Sus primeras ediciones son inaccesibles.

No soy coleccionista en el sentido de ir persiguiendo colecciones de libros, de ediciones, de mirar el año de edición, de ser conocedora de los libros raros, de ir en busca, de ir a la caza, de eso. No, eso nunca me ha sucedido. Y mi papá, que en realidad tanto amaba las librerías de segunda mano, tampoco buscaba libros valiosos, sino que buscaba libros que a él le interesaban. Tenía unos intereses tan vastos, que muchas veces esos libros ya estaban descatalogados y tal. Y sólo se encontraban allí.

Sí es cierta esa sensación de que los libros de alguna manera te buscan. Yo no soy librera, pero sí es cierto que alguna vez he leído o me he cruzado con algún libro y he tenido una sensación muy clara de que sería el libro ideal para un amigo o para una persona querida. Entonces he buscado la manera de regalarle o de conseguirle este libro, porque a veces sí que tienes una percepción de que hay un libro que tiene que formar parte de la vida de otra persona.

Soy acumuladora de libros. Sí. De hecho, ahora mismo acabo de mudarme a una nueva casa y el motivo principal es que ya no cabían los libros en el piso antiguo. Y los libros son grandes compañeros en casi todas las circunstancias de la vida, pero cuando tienes que mudarte, son un infierno.

Cuando vine aquí a Colombia he dejado cajas de libros que no he tenido tiempo de abrir todavía. Ya no recuerdo qué libros puede haber en esas cajas, porque no soy consciente de tener más libros, pero allá están. Cuando vengo a estos viajes de promoción siempre viajo con el equipaje mínimo de cabina, para no perder la maleta. Cuando vuelvo a casa, siempre tengo que comprarme una maleta para los libros que he comprado en ese país, porque me parece que no los voy a poder encontrar... Por ejemplo, en Japón me empeñé en conseguir una edición en japonés de un libro que me gusta mucho, que me emociona muy especialmente, de Kenzaburo Oé, que en español se ha titulado *Un amor especial*. Es la historia de su hijo, porque su hijo nació con graves problemas de salud, y el mío también. Yo leí este libro y me hizo un impacto muy grande. Es difícil de conseguir en España. Resultó que también es difícil de conseguir en Japón. Y ahí puse a mis editores, a la caza, en librerías de segunda mano para conseguir este libro, que nunca voy a leer (evidentemente) pero sentía el deseo de tenerlo en la edición original y con el libro que empieza al revés para leerlo. Y es hermoso, ¿no? Esa escritura que no entiendo, pero que...

Luego hay una especie particular del bibliófilo que se centra en un título o en un autor e intentan conseguir todas las ediciones posibles de ese libro. Yo tampoco soy así, pero, por ejemplo, el libro que le regaló mi papá a mi mamá de *Trilce* es una de esas ediciones latinoamericanas que mis padres compraban cuando en España, en la dictadura, estaban prohibidos tantos libros. De Losada. De color blanco. Esas ediciones de Losada, del Fondo de Cultura Económica, del Ruedo Ibérico..., todas esas editoriales de aquellos tiempos, que para mis papás significaban tanto, porque además eran libros que se conseguían con peligro porque el librero se arriesgaba. De ahí supongo que esa relación que luego tuvieron ellos siempre con los libreros. Tenías que ganártelo, para que te dejara entrar en el lugar prohibido y entonces te comprabas esos libros, pero sólo el hecho de tener esos libros ya te convertía sospechoso. Si hacían una redada en tu casa y veían que tenías a César Vallejo, o a Lorca, o a Dostoievski (por ser ruso), pues ya te convertías en un sospechoso y eso te ponía pagar un precio muy grande. Y aun así tenía esos libros en casa.

Me cuesta muchísimo deshacerme de un libro. Dono muchos libros a bibliotecas públicas, eso sí. Parece que me dan menos remordimiento

de conciencia... Recibo muchos libros que me envían editoriales, porque creen que me pueden gustar y soy muy activa en redes recomendando libros. Algunos de ellos yo los leo y digo que son interesantes, pero probablemente no los voy a leer otra vez. Y como son novedades, los regalo a las librerías y a las bibliotecas, porque pienso que de esa manera les ahorro la parte del presupuesto que hubieran invertido en comprarlos.

Es difícil saber en qué momento paso de ser lectora y escuchadora a escritora, a empezar a escribir. Durante muchos años he sentido mucho pudor a esa palabra, como si hubiera que hacer méritos para podérsela atribuir. La realidad es que yo he escrito toda mi vida, incluso antes de saber escribir. Como era hija única, yo me tenía que entretener sola, y entonces, con mis muñecos, con mis coches, (porque yo tenía una pequeña colección de coches) lo que yo hacía era inventarme historias, me entretenía inventando peripecias, eran como cuentos. Y cuando yo estaba en el colegio, en la escuela, cualquier cosa que me pedían, hacía un dictado, hacía un ejercicio de escritura, de lo que fuera, siempre se me acababa convirtiendo en una historia. Yo empezaba haciendo un ejercicio, no sé, una frase para simplificar la ortografía, y se me acababa convirtiendo, o sea, yo seguía, seguía, me tiraba del hilo y lo convertía en una historia.

Entonces pienso que, para mí, en realidad, es una forma de jugar, de seguir jugando sola, como esa hija única que he sido y que, como además sufrí tanta incompreensión en el colegio, precisamente por mis inquietudes intelectuales, pues al final mi pandilla eran mis libros...

Y eso puede sonar un poco deprimente si lo cuentas de esa manera, pero para mí estoy convencida de que el tener esa pandilla en los libros fue lo que me salvó. Me salvó, digamos, de la tentación de renunciar a mi forma de ser para intentar encajar con mis compañeros. Porque esa forma de ser que ellos no comprendían, que era mi inquietud por saber, mis ganas, el placer que yo encontraba en la lectura y en el estudio, hubieran podido ser cosas que dejara de hacer para relacionarme con mis compañeros. Y gracias a los libros entendí que eso no era algo malo, porque las personas que escribían esos libros, yo pensaba que tenían ese mismo temperamento. Y entonces sí, eso es. Si las personas habían sido tan valoradas, no sería algo malo, ni algo tan raro y tan despreciable. El haber tenido esa pandilla en la infancia, creo que me salvó de haber claudicado.

La verdad, es que a título personal, el éxito de *El infinito en un junco*, me ha cambiado totalmente la vida. Cuando yo ya creía que no podría escribir más libros y sería imposible vivir de la literatura, lo ha trastocado todo, digamos regalándome una situación que nunca me había atrevido a imaginar que pudiera suceder. Yo sigo sintiendo esa incredulidad todavía, porque fueron muchos más los años de lucha, de trinchera de la literatura, y de pasar apuros y de escribir a la intemperie, y de publicar en editoriales independientes y pequeñas. Todavía es esa experiencia mucho más larga, y aún me parece que eso es lo real. Todo esto es una especie de mundo flotante, como dicen los japoneses.

Me parece un mundo flotante en el que vivo, pero del que podría verme expulsada otra vez. Pero más allá de mi experiencia personal y de mi vida y de mi familia, lo que ha sido una sorpresa, es encontrar a tantas personas tan apasionadas de los libros como yo; porque yo había llegado a convencerme de que esto mío era una excentricidad, y que realmente, en términos sociales (como nos decían los gurús, como nos decían los periódicos, como nos decían los titulares), ya estábamos viviendo los últimos sectores de la cultura libraria y lectora. Y durante este tiempo llegaron a convencerme, realmente, de que éramos unos pocos los que quedábamos emboscados y mi esperanza era, de alguna manera, comunicarme con esas personas a través de *El Infinito en un junco*. Ver que ha tenido ese impacto totalmente inesperado, lo que me hace pensar, es que hay más razones para la esperanza, de las que se admite habitualmente. Y estamos siempre en una perpetua conversación sobre el fin de los libros y el fin de la lectura y la desaparición y el apocalipsis de las librerías, y estamos desoyendo y desatendiendo fenómenos que nos indican que no está sucediendo eso ni mucho menos. ¿Por qué si estamos en el final de la era de los libros y la lectura, las ferias del libro son cada vez más multitudinarias?, ¿por qué ha surgido el fenómeno de los clubes de lectura?, que ha sido totalmente espontáneo y no lo han generado ni las instituciones educativas, ni los ministerios, ni las editoriales, sino que ha sido una forma espontánea de asociarse la gente alrededor de los libros y crear una nueva forma de sociabilidad en torno a la lectura. ¿Por qué están pasando estas cosas a las que no prestamos atención y en cambio sí que estamos obsesionados con que los jóvenes no leen?

Desde mi perspectiva de historiadora de la lectura, es que yo siempre insisto: nunca hemos sido una mayoría social quienes hablamos de la lectura. En el pasado siempre y llanamente, porque el porcentaje de población que tenía acceso a la alfabetización era muy pequeño y entonces había una gran parte de la población que nunca tendría acceso a un libro, no lo podría comprar, no lo podría pagar y no lo podría leer.

Entonces ahora es el momento, yo creo, en el que más gente lee de toda la historia y además lo hemos llevado a un grado de democratización que no había existido nunca antes. Y se publican más libros que nunca hasta el punto de que sufrimos por la abundancia, sobreabundancia de libros. Nunca había habido tantas editoriales grandes, pequeñas, independientes, minúsculas, que nacen, que se eclipsan, que vuelven a surgir con otro nombre, con otro proyecto; tanta gente idealista en un mundo que es tan materialista, que se lanza a crear una editorial o a escribir libros sabiendo que esto no te hace rico o es muy remota la posibilidad.

O abrir una nueva librería, y ¿por qué estamos tan obsesionados con que es el final? Es curioso, porque ese tipo de profecías, acompañan al libro desde prácticamente el principio de la historia. Siempre hay gente diciendo que esto es el fin de la cultura, esto es una catástrofe, aquí se va a acabar... Y especialmente en momentos de transformaciones tecnológicas, con la invención de la escritura, con la invención de la imprenta, y ahora con la revolución digital, es un momento en el que la gente siempre se vuelve muy apocalíptica.

Bueno, soy lectora digital en la medida que no queda otro remedio. Yo agradezco que existan los libros electrónicos, porque a veces hay libros que no puedes encontrar en papel, y entonces los puedes encontrar en digital. Es estupendo. Prefiero tenerlos en digital que no tenerlos. Pero yo trabajo todo el día con las pantallas, con el ordenador, con el móvil, y cuando me siento a leer, quiero un libro de papel. Yo quiero descansar la mirada en un libro de papel. A mí me gusta leer en la cama, con los libros. Me gusta el diseño, las ilustraciones, las tipografías, el olor de los libros. O sea, me gusta la parte hedonista y erótica del libro como objeto.

Y en cambio, para mí, la satisfacción que produce tener un libro en un Kindle es mucho menos consistente. Yo no me siento totalmente dueña de

un libro que sólo tengo en una dimensión virtual, a mí los libros me gusta tocarlos, mirarlos.

Cuando le leo cuentos a mi hijo (no se me ocurriría jamás leerle un libro electrónico) tiene que ver el dibujo, darle vueltas al libro, mirar las páginas, ir hacia adelante, hacia atrás...

Incluso esto que tanto preocupa a tanta gente: ¿cómo conseguir que mis hijos lean? Es que tienes que tener libros en casa, luego ellos van por ahí buscando y entonces ven un libro que les llama la atención, por lo que sea, y se lo llevan a su cuarto y lo leen así con un poco de sensación de clandestinidad. Eso no pasaría si no tienes libros y los tienes todos en un dispositivo.

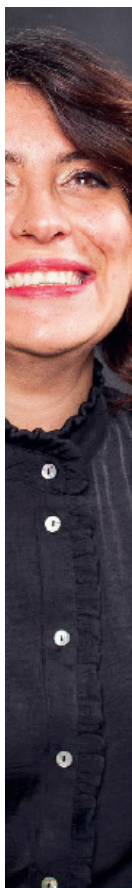
En *El infinito en un junco*, decía que, para nosotros y para mí, los libros son nuestra mayor victoria frente al olvido y la destrucción. Eso es un libro para mí, porque desde una perspectiva histórica, en el mundo de la oralidad, los textos no tenían materialidad, existen sólo en la memoria y en la voz y eso es totalmente precedero. Y pensar en todo lo que la humanidad ha tenido que inventar, que crear, que probar, que desarrollar su mente y su imaginación para conseguir crear estos objetos. Primero hubo que inventar la escritura, dibujar los sonidos, crear un sistema eficaz, para hacer una partitura del lenguaje y después ir probando sucesivamente distintos libros, o sea, distintos materiales, la tablilla de arcilla, el papiro, el pergamino, la madera, el metal, todo, prácticamente todo, en los árboles, en las cortezas, en la tela, en la seda que, prácticamente en todo hemos escrito y ¿cuál es la razón de todos esos esfuerzos? Para mí es que no se rompa esa continuidad, que estemos en contacto con nuestro pasado y que las mejores ideas y los versos más maravillosos no se hundan en el olvido, que no todo lo engulla la nada. Y eso es para mí un libro. Es como un dique frágil frente al olvido y a la nada y eso me parece tremendamente conmovedor, que hayamos conseguido algo tan difícil como aprender a conservar palabras que no son más que soplos de aire”.

Chapinero, Bogotá, 16 de abril de 2024

Entrevista

“En el colegio solo tuvimos referentes literarios masculinos”: María-Antonia León

Adriana Villegas-Botero



María Antonia León

María Antonia León se define como escritora, astróloga y partera de libros. En medio de la conversación me interrumpe para resaltar: “las dos somos Libra” y tiene claro el signo zodiacal de cada uno de sus personajes. Dice que salió huyendo de Manizales a los 17 años, asfixiada por el encierro familiar y mental, pero ahora está reconciliada con la belleza geográfica de la ciudad. Quién sabe qué tipo de alineación astral hubo en 2023 para ella, pero fue un año magnífico: Seix Barral publicó su primera novela “El oráculo térmico” y el Ministerio de Cultura le otorgó el Premio Nacional de Libro de Cuento Inédito Escrito por Mujeres por “Las ballenas son más sutiles”.

- En la solapa de tu libro dice “María Antonia León, Manizales 1985”, pero tú hace muchos años vives en Bogotá y quisiera empezar por tu infancia en Manizales

Mi niñez estuvo movilizada por asuntos difíciles y al mismo tiempo por la belleza de Manizales porque yo vivía en el barrio La Fuente, cerca de Villa Carmenza, y en ese entonces ese barrio era rural, con vacas al frente de mi casa, prados, montañas, pasaba un río por detrás... Mi contacto con el ver-

de, la tierra, la lluvia, y lo que eso marcó mi modo de ser, se lo debo a haber pasado mi infancia en ese punto de la ciudad, porque todo el tiempo había imágenes preciosas de los pájaros, los insectos, las vacas, las aves... Además, en la adolescencia participé en un grupo scout que me acercó todavía más a la naturaleza, porque hacíamos caminatas, recorríamos los ríos, los valles, era hermoso y hoy creo que lo que más me gusta de Manizales es su geografía, que es bella y muy poderosa.

Mi casa era muy extraña porque vivía con mis abuelos maternos y a veces llegaban tías a vivir con nosotros por temporadas. Era una casa llena de gente adulta y todos eran papás y mamás para mí. Yo vivía muy sobreprotegida, con poquita libertad hasta para ir a la esquina, para tener amistades, y además fue difícil estudiar en el Colegio El Rosario, que era religioso y bastante conservador. Cuando cumplí 17 años y me gradué salí huyendo para Bogotá a estudiar Comunicación Social en la Universidad Santo Tomás. Lo que ha venido después, con los años, ha sido un proceso de reconciliación con la ciudad.

- ¿En qué momento empieza tu interés por la literatura?

Cuando me gradué del colegio sabía que quería escribir, pero el periodismo me pareció más cercano a algo que me permitiera sobrevivir y por eso elegí la carrera. Sin embargo, la inquietud por la literatura la tuve desde muy pequeña: mi abuelo era muy lector y tenía muchos libros en su biblioteca, así que siempre tuve acceso a la literatura y como yo crecí en la soledad de la orfandad, porque mi mamá se fue y yo me quedé viviendo con dos abuelitos que se dormían y estaban en otro ritmo, los libros fueron mis compañeros. Eran obras escritas por hombres, autores como Germán Castro Caycedo, Orlando Sierra Hernández... a mi abuelo le encantaban Julio Flórez y Guillermo Valencia y recitaba poemas de memoria, entonces desde ahí empezó a ocurrir una cercanía con lo poético y empecé a escribir mis propios versos. Yo me recuerdo escribiendo versos desde que tengo uso de razón. Escribía poemas, les hacía dibujos y se los regalaba a mi familia o a mis amigas desde muy temprano. En la infancia no me acerqué a la narrativa, sólo a la poesía. Siempre fui poeta hasta que a partir de los 25 años empecé a escribir cuentos y luego una novela.

Un referente fue Jairo Aníbal Niño, porque lo leíamos mucho en el colegio y me gustaba la brevedad de sus poemas y la precisión de las figuras literarias que construía. Obviamente en ese momento no sabía técnicamente qué era eso, pero hoy ya lo sé definir así y creo que eso también fue inspirador. En el colegio sólo leíamos libros escritos por hombres. Siempre tuvimos referentes literarios masculinos: leímos “María”, de Jorge Isaac, pero no “Una holandesa en América”, de Soledad Acosta de Samper, y en mi vida adulta he admirado mucho la obra de Maruja Vieira, pero en la infancia jamás escuché hablar de ella. Siempre oí nombres de escritores hombres y de alguna manera eso hizo que yo pensara que era imposible dedicarme a la escritura. Yo sí tenía en mi corazón ese deseo, pero como solamente veía que publicaban los hombres entonces yo quité ese sueño de mi mente, me moví hacia el periodismo y me alejé de la ficción.

- *¿Estudiar Comunicación Social te aportó algo para la literatura?*

El ejercicio del periodismo sí, pero la carrera en la Santo Tomás no tanto porque tampoco leí a ninguna mujer en la universidad y porque la carrera era muy teórica, muy distante del ejercicio práctico, poco empática y desprovista de realidad. Hay corrientes como el periodismo feminista o el periodismo literario que me habría gustado estudiar, pero lo que vimos fue más comunicación que periodismo, y tuvo un enfoque muy sociológico. En cambio, cuando ejercí como periodista en la Revista Semana, entre 2007 y 2009, tuve oportunidades hermosas de conocer el país, de hablar con muchas personas, de conocer muchos puntos de vista y eso sí me sirvió. En ese momento Semana era una revista muy importante en Colombia, que hacía revelaciones como las chuzadas del DAS, mucho periodismo de investigación, reportajes alucinantes, había presupuesto para cubrir esos temas y era un equipo periodístico robusto. Hoy sé que viví allá un momento privilegiado de la historia del periodismo colombiano. Entré como practicante a la sección de informes especiales, luego pasé a una revista de guía cultural que se llamaba Plan B. Allí cubría la fuente de libros y de teatro, y eso fue maravilloso. Recibía tantos libros que no me quedaba tiempo para leerlos todos. Tuve la oportunidad de entrevistar autores y autoras, conocer referentes, ir a obras de teatro muy bellas. Luego salí de Plan B y volví a Semana, y allí pude conocer el país.

Viajé a distintos pueblos, zonas apartadas para escribir historias. Fue una época muy feliz.

- *¿En esa época ya pensabas publicar poesía? Porque en tu libro “El aparato que late” aparecen poemas de 2008, 2009 y los años siguientes.*

No, esa idea no estaba en mi cabeza. Es más, ni siquiera tenía la idea de hacerme escritora. En mis tempranos 20 o 22 años yo escribía sin parar, había noches en las que frenéticamente escribía, pero nunca pensé en publicar ni escribí con la intención de hacerme poeta. Siempre sentí que era algo que hacía porque me daba alegría, me daba sanación y no más. Pero cuando salí de Semana en 2009 y me fui a una editorial argentina, también como periodista, empecé a encontrarme con personas que tenían la ilusión de escribir y de publicar, y por primera vez me cuestioné la posibilidad de publicar mi propia escritura. Más o menos en 2010 entré a un taller de cuento que hacía el Ministerio de Cultura con el Caro y Cuervo. Yo ya había escrito algún cuento, pero entré a aprender y fue precioso porque descubrí que la escritura tiene una técnica.

- *Cuando hablas de las veces que escribías poesía o cuento mueves tu mano como si tuvieras un lápiz. ¿Escribes a mano?*

¡Sí! escribo a mano. De hecho, para mi nueva novela compré agendas y la escribí a mano y con pluma porque creo que la mano orgánicamente ya tiene la información de la escritura. La forma como se van abriendo paso estas letras a mano en la misma agenda ya me va dando también una idea del sentimiento o de la energía que tengo al momento de escribir esos esos fragmentos y es por esa razón que mis agendas no tienen márgenes ni renglones. Todo es blanco y lo voy llenando. Un psicólogo me dijo que yo no escribo, sino que pinto porque escribo a veces en muchos sentidos: por ejemplo, lo hago en la parte central y luego en los lados empiezo a poner otras anotaciones. Me gusta hacer mapas, cuadros, tablas, juegos, listas y eso en una escritura a mano es muy rico porque me siento como jugando. Para mí la escritura a mano en la agenda tiene un simbolismo... es un ritual. La agenda va conmigo a donde sea; no siempre tengo acceso

al computador, pero la agenda cabe en un bolsillo de un abrigo y eso es parte de mis manos. Entonces llega un punto en el que las agendas y cuadernos ya no caben en mi apartamento porque se multiplican. Cada año lleno cuatro o cinco agendas o más, pero me encanta mi método porque es muy sencillo.

- Empezaste a escribir miles de poemas, según dijiste, y los tenías en agendas. ¿Cómo llegaste a seleccionar 45 para publicar “El aparato que late” en 2021?

Entre el momento en que empiezo a aprender un poquito más de escritura y el momento en el que publico mi libro pasan 10 años. En 2011 yo escribía mucho, vomitaba poemas, pero no en todo eso que producía había un trabajo estético, porque aún no tenía formación ni criterio para evaluar. Yo fui decantando poemas. De verdad eran miles que se fueron convirtiendo en cientos y quedaron en unas pocas decenas. Los fui filtrando a lo largo de los años y todavía hoy veo poemas en “El aparato que late” y digo “este poema no lo debí haber publicado”. Soy muy autocensuradora. Me cuesta mucho publicar. Para mi novela, “El oráculo térmico”, me demoré siete años puliéndola y sacando versiones y versiones. Creo que eso tiene que ver también con no tener tantos referentes de escritoras mujeres: te resta confianza para acercarte al medio literario. El medio es complicado y por ser comunicadora social de base, o sea, por mi formación, no me tienen en cuenta porque valoran más a quienes tienen un pregrado en literatura o una licenciatura en humanidades.

- El primer libro puede ser el más difícil para un escritor y también el que más ilusión genera. ¿Cómo hiciste para publicarlo?

Lo publiqué gracias a la ayuda de la poeta Camila Charry Noriega. En ese momento estábamos trabajando en la Biblioteca de Escritoras Colombianas, que sacó el Ministerio de Cultura en 2022. Estábamos en la mitad del proceso y ella me recomendó la editorial Domingo atrasado. Yo lo hice como un ejercicio de “tengo que salir del clóset literario, no puedo seguir en este armario” y también porque en mi campo de desarrollo profesional

era importante contar con una publicación literaria. Hasta ese momento únicamente había publicado cuentos y poemas en antologías, pero no tenía un libro propio que certificara mi trabajo como escritora. Por eso pagué por la publicación del libro y me parece que fue válido hacerlo.

- *“El oráculo térmico” (2023) es una novela publicada por Seix Barral. Ocurre en Chinchiná en 1985 durante la tragedia del Nevado del Ruiz. Tú naciste ese año. El trasfondo es la avalancha que causó tantos muertos en Armero, Chinchiná y Villamaría, pero la historia central es la de una mujer que no quiere ser mamá y abandona a su bebé recién nacido. ¿De dónde salió esta historia?*

La verdad es que escribo varios libros al mismo tiempo, así que “El aparato que late” y “El oráculo térmico” los escribí en los mismos años. En la maestría leí un consejo que dice que uno no debe escribir un solo libro sino varios a la vez porque cuando uno necesita respiración entonces se va a trabajar en los otros. A mí me encanta esa idea. Yo soy Libra ascendente Géminis y me aburro de mis propias historias así que poder tener varios proyectos de escritura al mismo tiempo me ayuda a dinamizar el trabajo.

En cuanto al foco de “El oráculo térmico”, yo tenía muchas inquietudes alrededor de las historias de las mujeres justamente porque crecí en este un entorno familiar machista, bastante misógino. Desde niña empecé a observar esas injusticias y me fastidiaban bastante. Con los años se fue volviendo una necesidad poder exponer ese tipo de situaciones y qué lindo hacerlo desde lo literario, donde no hay un juicio, sino que hay una propuesta estética desde la que también reflexionamos. Las violencias sistémicas ocultas son algo muy volcánico, muy plutónico, y por eso esta novela terminó dialogando con el volcán y con la historia de la erupción.

A mí me interesaba narrar desde la violencia doméstica hasta la maternidad porque soy el resultado de un embarazo no deseado y eso conlleva un montón de reflexiones. Si mi mamá hubiese querido abortar en 1985 en Manizales no habría tenido las opciones legales. Yo quería construir eso desde una historia totalmente ficcional, pero que planteara esa pregunta.

Esta novela fue mi tesis de maestría en Escritura Creativa de la Universidad Nacional y escribí con mucha gente leyéndome, con profes opinando... fue difícil, un proceso muy largo de aprender a escribir mientras la iba escribiendo. Con la nueva novela que estoy trabajando ya sé qué errores no voy a cometer, aunque también se van a presentar otros problemas, pero uno ya tiene una experiencia un poquito más robusta.

- En noviembre de 2023 el Ministerio de Cultura te concedió el Premio Nacional de Libro de Cuento Inédito Escrito por Mujeres por “Las ballenas son más sutiles”. Hablemos sobre ese libro.

Aún no ha salido. Lo va a publicar el Fondo de Cultura Económica de México. Contiene cuentos que empecé a trabajar en 2010 y otros de hace un par de años. También aborda historias de mujeres y violencias contra las mujeres, la sexualidad consensuada, el feminicidio en sectores populares, la orfandad, el deslumbramiento de la virginidad. También hablo de las infancias y adolescencias rurales, que son muy diferentes a las que tenemos en las ciudades, porque hay trabajos que la adolescente urbana nunca comprenderá. Yo crecí en una frontera entre lo rural y lo urbano y esa infancia fue súper salvaje. Cuando mi familia se pasó a esa casa fuimos los colonizadores de esa cuadra: llegamos a un lugar donde no había servicios públicos y luego empezaron a instalar todos estos “beneficios” de la civilización.

Es un libro diverso: hay una historia de una adolescente en un cruceo en Aruba y otra de una adolescente en la Cuchilla del Salado, en Caldas, en lo más profundo de la tierra en medio de los vegetales. Si me preguntas qué une a los cuentos del libro yo creo que la imagen poética del hundimiento: primero porque aparece nuevamente la geografía de Manizales que tiene estas montañas y por tanto estos hundimientos, pero también aparece el hundimiento en el agua (hay un cuento que ocurre en una piscina y otro en un océano) y también están los hundimientos psicológicos.

- Mencionaste tu experiencia con la Biblioteca de Mujeres Escritoras y esa es otra faceta de tu trabajo literario: te dedicas a investigar sobre

otras escritoras y trabajas en una editorial que busca autoras para reeditarlas.

Mi mirada feminista siempre se quejó de la falta de referentes femeninos. Yo aprendí periodismo leyendo hombres y aprendí a escribir literatura leyendo hombres. Eso habla muy mal de cómo está construido el mundo. Como no conseguía trabajo en Bogotá y la crisis es el principal motivador para hacer cosas, yo monté una escuela de escritura a la que luego agregué la astrología. Se llama “La maestra” y desde el primer momento el enfoque fue el trabajo alrededor de las mujeres. La primera experiencia que tuve con este emprendimiento fue en la librería “El telar de las palabras”, un espacio pionero de literatura exclusiva escrita por mujeres. Ahí empecé a construir talleres que eran para mujeres, pero que también utilizaban bibliografías escritas por mujeres y se empieza a generar una transgresión porque muchas personas que llegan dicen que no conocen mujeres escritoras. Hoy conocemos mucho más que hace cinco o siete años y cada vez hay más esfuerzos.

Por ese trabajo algunas personas del mundo literario empezaron a decir que yo trabajaba con mujeres y por eso en 2020, cuando inicia el proyecto de la Biblioteca de Escritoras Colombianas, pude participar en esa idea hermosa de editar 18 literatas para construir un pequeño canon de la literatura escrita por mujeres en Colombia. Participé en seis de los 18 títulos y además hice el prólogo para la antología poética “Ninguna voz repetirá la mía”, de Meira Delmar.

Ahora trabajo con la editorial CES de Medellín, también en ese rescate literario. Hay una línea que se llama “Raíces” que tiene como objetivo rescatar raíces de la literatura colombiana tanto de hombres como de mujeres, pero yo me he enfocado en rescatar autoras clásicas y ya he hecho dos: una es Waldina Dávila de Ponce de León, de quien sacamos la novela “Luz de la noche” y la otra es Teresa Martínez de Varela, de la que publicamos “Caravana de periodistas por dentro y odisea de los cuna-cunas del Darién”. Este trabajo de rescate es importante porque nuestro país necesita voltear la mirada hacia otras cosas. Quizás una de las razones por las que tenemos mentalidades tan cerradas, con tantos prejuicios, es porque nos han mostrado solamente un pedazo de la historia y nos hemos olvidado de leer como veían las mujeres esa historia y cómo vivieron esos momentos

que solo conocemos por los ojos de los hombres. Es un privilegio haber ido investigando y encontrando recursos para liberar esta escritura que fue invisibilizada.

- Un campo del que no hemos hablado es la astrología. Tú te defines como escritora y astróloga. ¿Por qué estudiar astrología y qué le aporta la astrología a tu literatura?

Yo me hice astróloga por ser escritora, porque cuando yo estaba construyendo mi novela, en la maestría, no estaba satisfecha con los manuales de construcción de personajes. Me parecían insuficientes. Por ese tiempo una amiga me había hecho la lectura de la carta astral, así que le dije que me ayudara a hacerle una carta astral a mis personajes para entender cómo funcionaba su psicología porque no quería que todos se parecieran y sé que uno de los riesgos del escritor cuando inicia su carrera es que todos los personajes son uno mismo, porque uno termina poniendo pedacitos de uno en todos ellos. Hacer las cartas astrales me permitió prepararme y empezar a mirar la forma en que estas entidades vivas, que son los personajes, se gestaban, se administraban y se comportaban en esa situación en particular. Claro que en muchos momentos hice trampa y los puse en contra de su naturaleza astrológica inicial, pero fue un punto de partida muy valioso para tener una mirada subjetiva sobre la obra y el ecosistema de personajes. A partir de ahí me enamoré de la astrología, empecé a estudiar por mi propia cuenta, a tomar cursos, a leerle la carta a mis amigos y luego empecé a incorporarla en mis talleres de escritura. Ahora hago talleres que son solo de astrología y también enseño a estudiantes de escritura a usar la astrología para crear sus personajes, o les muestro como la astrología es incluso un lenguaje que podemos aplicar a cualquier ejercicio creativo, porque se construye con base en las corrientes y las pulsiones arquetípicas humanas; con base en los mitos que son el origen de lo literario; porque en la astrología siempre vamos a encontrar cruces innumerables que amplían la semántica de los hechos y me parece que eso mismo es lo literario: un cruce infinito de posibilidades. Cualquier lenguaje o método que uno pueda incorporar a su ejercicio creativo es enriquecedor.

- *Dijiste que estudiaste literatura leyendo solo hombres. ¿Hoy a quiénes lees?*

Un ejercicio que para mí ha sido inspirador a lo largo de estos años ha sido ir formando mi propia biblioteca. Llegó un punto en el que la observé y dije “solo tengo hombres”. Tenía una sola mujer que era Ángela Botero. Era para sentarse a llorar. Algo que he aprendido es que es muy importante leer clásicos y contemporáneos porque yo al principio sólo leí autoras clásicas. Empecé leyendo Marguerite Yourcenar, Virginia Woolf, Irene Nemirovsky, Doris Lessing, o sea las grandes maestras. Mi criterio era que si no tenían un Nobel no me interesaban porque yo estaba tan atrasada que tenía que empezar por las mejores. ya amplíé muchísimo más mi mirada. Le debo a la Biblioteca de Escritoras Colombianas el empezar a leer más juiciosa y sistemáticamente autoras colombianas y hoy puedo reconocer la tradición de una manera mucho más clara. Entre las autoras colombianas que admiro verdaderamente, que me inspiran y me motivan están Elisa Mujica, que me parece una narradora extraordinaria. También me sorprende al leer escritoras clásicas que tenían esa habilidad tan hermosa de narrar muy a pesar de que fueran absolutamente católicas. Yo digo: “ay, si no hubieran creído en Dios”, pero entiendo que hay que leer en contexto, y entonces, por ejemplo, leo cosas de Sofía Ospina de Navarro y digo “eras una paisita muy conservadora, pero me caes tan bien porque es divina”. Las imágenes que logra construir esta mujer son especiales. Leí recientemente a la bogotana Helena Araujo, brillante mujer que terminó en un psiquiátrico porque quería ser escritora en lugar de cuidar a sus hijos. Esas historias que tienen ellas también son brutales. Me parece valioso poder leer a Emilia Ayarza, Maruja Vieira, Meira Delmar, Matilde Espinosa. En la narrativa Soledad Acosta de Samper, Josefa Acevedo de Gómez, Elena Araujo, Marvel Moreno, Flor Romero de Nohra, para entender este país desde una visión de la ruralidad femenina y de cómo de la guerrilla también hay una visión de mujeres que sufrieron atropellos y Flor Romero muestra muy bien eso... en fin, creo que son tantas...

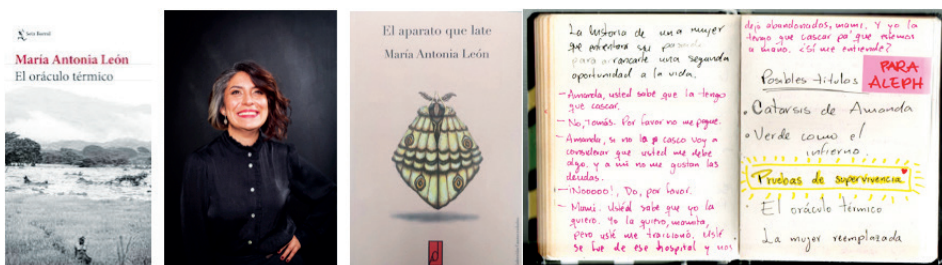
Y autoras latinoamericanas, como para ampliar la mirada, las que siempre estoy consultando son Fernanda Trías, Idea Vilariño, Alejandra Pizarnik, Rosario Castellanos, Blanca Varela; en Bolivia Liliana Colanzi, en Argentina Mariana Enríquez y Samanta Schweblin, de Ecuador Natalia

García Freire, y algunas voces más contemporáneas de Colombia como Fátima Vélez, Margarita García Robayo... yo creo que tenemos una riqueza tan grande que es imposible hacer una lista. Ahora estoy leyendo feminismo, estoy leyendo a Lina Meruane, y “Las lectoras del Quijote” de Alejandra Jaramillo.

- *Dijiste que te estabas reconciliando con Manizales. ¿hoy cómo está la relación con la ciudad?*

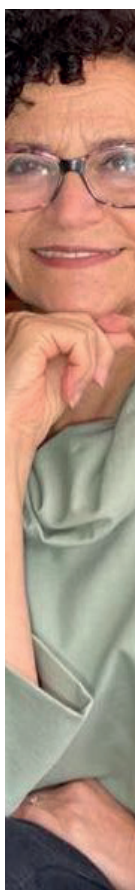
En 2023, estuve en Manizales después de siete años de no ir y fue absolutamente hermoso. La mejor decisión que pude tomar porque fue encontrarme de nuevo con la ciudad, verla con unos ojos muy distantes, muy nuevos, muy frescos, fue valorar nuevamente sus paisajes, redescubrir sus calles, las personas que la habitan y que son tan hermosas, tan amables, tan atentas... ese calor que se siente en las esquinas, en los árboles. Fue muy hermoso ir la Feria del Libro que dirige Octavio Escobar Giraldo. Esperemos que este año pueda volver a estar.

Entrevista realizada el 13 de febrero de 2024.



Helena, la amante del conocimiento o la justicia hermenéutica mediante la ficción

Marcela Castillo



Introducción

¿Cómo se sentiría si le acusaran de manera injusta y nunca permitieran que contara su historia? ¿Si la o lo silenciaran incluso en su propio cuarto? ¿Si su voz no fuera escuchada y otros se arrogaran el derecho a contar su vida? Suena terrible ¿verdad? Y aunque tal vez escribo desde la seguridad otorgada por los siglos que me separan de Helena, *la de Troya*, nadie está exento de caer en estas injusticias. Durante siglos han carecido de un nombre, aunque considero que la maldición de Casandra fue una manera de ponerlo en palabras. El mito cuenta que la joven troyana tiene el don de la profecía, un don muy dudoso, pues el dolor de lo inevitable acompaña sus visiones; al parecer Apolo quiere poseerla y ella se resiste, el dios del oráculo, indignado por su actitud, le escupe en la boca y así la maldice haciendo que siga al tanto del futuro, pero sin que nadie crea en ella. Tal maldición da lugar actualmente al llamado síndrome de Casandra, y se presenta cuando la credibilidad de una persona se ve disminuida y hasta perdida totalmente en razón de su género, edad, raza, procedencia, o cualquier circunstancia injusta. ¿Se imaginan saber algo y

no ser escuchadas, que todos piensen que mentimos o deliramos, aunque tengamos un conocimiento que brindar? Ante esto sentimos la injusticia como un puñal y tristemente muchas personas han sido marginadas del derecho a la ser creídas y valoradas, en suma, han sido y siguen siendo, privadas de la generación de conocimiento y la escucha de sus propias voces.

Las preguntas que palpitan en este texto son las siguientes: ¿pueden algunas obras de ficción hacer justicia, en este caso, justicia hermenéutica, es decir, devolver algo de esa voz a las víctimas del silenciamiento? ¿O tal vez existen obras que pueden cometer injusticias o propiciarlas de alguna manera?

Con respecto a la primera, aunque es imposible devolver esa voz a las personas que murieron en un atronador silencio, creo que al concebirl@s como personajes no estamos minimizando la realidad que vivieron, tampoco rebajamos su sufrimiento, al contrario, podemos comprenderl@s como símbolos que condensan las vivencias de muchas personas reales, y es por esto que podemos comprender los relatos que muchas autoras y autores, como Eurípides¹ y Arciniegas, han escrito para tratar de darles lo que nunca tuvieron en vida: una voz, que además representa la de otro enorme número de seres reales que gritan en sus obras y que, ya como lector@s, podemos identificarnos de alguna manera. Además, en el caso de Helena, es posible hallar algunas huellas en la historia que pueden servir como hoja de ruta para llenar algunos vacíos mediante la ficción.

Acerca de la segunda pregunta, en *Mujeres y poder*, Mary Beard (2018) afirma que en el principio mismo de la tradición literaria occidental encontramos el primer registro documentado de un joven -Telémaco- diciéndole a una mujer -su madre- que se calle, porque incluso dentro de la casa el relato estará al cuidado de los hombres. Durante siglos este momento pasó desapercibido para oyentes y luego, lectores de *La Odisea*; si el poema cantara el regreso de Penélope a Ítaca, quizás ni siquiera lo conoceríamos, pues habría resultado inverosímil para la gente de su tiempo; pero que ella

1. Aunque en este breve ensayo no hablaré de Eurípides, es importante reconocer su enorme aporte a la justicia hermenéutica de muchas mujeres omitidas por la historia, su caso es un ejemplo de cómo cualquier género puede ejercer la justicia dando voz a otras personas. Para conocer más de su obra con relación al tema recomiendo a Haynes y Gómez, autoras referenciadas en la bibliografía del final.

ni siquiera tuviera voz en sus aposentos privados parece una exageración. Y, sin embargo, no lo es, la injusticia hermenéutica está bien expresada en su personaje y condensa el sentir de mujeres reales. El término acuñado por Miranda Fricker en 2007 sirve para nombrar la terrible y milenaria experiencia que mencioné al comienzo, la de privar a las personas de sus relatos, de la necesidad de darle significado a sus vivencias y autoentenderse, y a veces hasta del derecho a escucharse. ¿Algunas obras han contribuido a esta injusticia al ser escritas sobre todo por hombres y/o al haber construido a personajes silenciados como Helena, Penélope, Medea y tantas otras?

Es difícil responder mis propias preguntas, en este viaje parto de la concepción de la escritora colombiana Gabriela A. Arciniegas, que lo explica de manera muy clara en la introducción a su obra, y continuo, a tientas, tratando de esbozar respuestas mediante ejemplos que en ningún caso reemplazan la lectura de la obra. Por eso mi acercamiento es una invitación a leer esta bella trilogía y a descubrir por ustedes mism@s si hace o no justicia hermenéutica al personaje de Helena, a la Helena histórica, y a las muchas mujeres y hombres que aparecen en su historia. Se trata de *Helena, la reina condenada*, publicada en tres tomos: El I. El libro de los viajes (2023), el II. El libro de los ritos (2023) y el III. El libro de las heridas (2024).

La verosimilitud como requisito de la justicia hermenéutica

En la obra que abordamos encontramos una gran virtud: la verosimilitud, pero ¿de qué se trata? ¿cómo es posible que una novela siga reglas que no parecen existir en el mundo real y con ellas construya un universo propio y coherente? ¿cómo esa construcción lleva a que una obra contribuya a hacer justicia? Con el fin de responder propongo que pensemos adónde acudimos cuando buscamos conmovernos o consolarnos, ¿cuál es la actividad que funge a la vez como refugio y despertar de emociones? Para muchas y muchos de nosotros se trata de las experiencias estéticas, me refiero a que no solo estamos capacitados para disfrutar y sufrir toda clase de narraciones, cantos, mitos y actuaciones, también los necesita-

mos; nuestra sed por comprender y experimentar el mundo a través de esta clase de representaciones, que suelen apelar a la ficción, caracteriza a nuestra especie y la acompaña desde la infancia de la humanidad. Nos conmovemos y consolamos exponiéndonos al juego ficticio de obras que van configurando lo que somos mediante seres y situaciones que en apariencia no existe -o al menos no de esa manera- en el mundo real. Necesidades como la mimesis -imitación juguetona o trágica de la realidad- y la catarsis -purificación de las pasiones al ponernos en contacto con nuestra propia vulnerabilidad reflejada en la representación teatral- constituyen un pilar de la estética, pero sobre todo, de la experiencia humana cotidiana. Platón y Aristóteles comprendieron que tal necesidad debía incluirse en cualquier búsqueda de transformación, es decir, en la educación sentimental y moral de su tiempo. No fueron ajenos a las manifestaciones artísticas de su época, hicieron filosofía sobre lo que conmovía y consolaba a la polis, aquello que era fundamental en la celebración, la risa, el juego y el luto. Me pregunto entonces por qué la filosofía actual no dedica un poco más de espacio a pensar en lo que hace llorar y reír a buena parte de la humanidad, a las manifestaciones que atraviesan toda la cultura y que, como la poesía antigua, construyen a las personas desde su infancia.

En las preguntas que presenté hace un momento hay un montón de supuestos falsos que surgen de lo que he leído y escuchado en varios lugares, parece que hay un temor platónico al poder de la ficción y de las representaciones ¿Es infundado este temor? ¿se justifica algún tipo de censura en obras de ficción que son poco incluyentes o incluso racistas o sexistas, aunque hayan sido concebidas en épocas donde esto parecía aceptable? ¿Qué pasaría si Penélope fuera la protagonista del regreso a Ítaca en una película de hoy?

En el mundo griego no parece muy probable, aunque se caracteriza por una gran cantidad de seres femeninos muy poderosos, fuerzas del destino como Las Moiras, inspiradoras como Las musas o diosas sabias como Atenea que influyen enormemente en la vida de los hombres, su poder está ausente en la práctica cotidiana: elocuencia, ciudadanía y sabiduría están vetadas para la mayoría de las mujeres, y en eso coinciden poesía y realidad. ¿Cuál es el primer registro de este acallamiento? Ya mencioné que es la famosa experta en el mundo griego y romano, Beard, quien afirma que

se encuentra en el principio mismo de la tradición literaria occidental, un momento inmortalizado hace casi tres mil años (2018), cuando Penélope sugiere al aedo que cante algo más feliz y su hijo interviene diciéndole que no hable, que su voz no había de ser escuchada en público, y agrega: “Esta es una prueba palpable de que ya en las primeras evidencias escritas de la cultura occidental las voces de las mujeres son acalladas en la esfera pública.” (2018, p. 5) Resulta entonces irónico que la musa de la elocuencia, la inspiradora de la poesía épica, sea una figura femenina, la representación del kalon, es decir, Caliope, la de bella voz y bellas palabras. Quizá la hija más importante de Mnemosine si tenemos en cuenta el papel fundamental de la belleza para los griegos, su famosa kalokagathia. ¿No es extraño que no inspire también a las mujeres?

Quizá la lectora o el lector considere que se trata de una pregunta anacrónica, pero nos valdremos de un argumento platónico para tratar de responder. Este pensador ateniense es conocido por muchos motivos, su propuesta sobre el cultivo de una vida justa está ligada también a la belleza, y por esto concibe una poesía que influya de buena manera en el alma del joven que escucha. La musicalidad, las imágenes, mitos y analogías, deben estar allí para procurar la armonía, el orden de las partes del alma, es por esto que la poesía debe proveer modelos saludables para que no nos convirtamos en tiranos de nosotros mismos, de nuestros apetitos y ambiciones. Así pues, propone reformar los modelos que ofrecen los educadores del pueblo griego, es decir, la tragedia y la épica, porque héroes y dioses aparecen sin las características que niños y jóvenes deberían emular.

Para Platón, el poder de la poesía y la música es enorme y su belleza influye directamente en el alma, esto es, en el centro de la actividad moral de toda persona, en el timonel que nos guía para ser mejores. Aquí viene entonces la relación con nuestra pregunta. Si los modelos presentes en este fortín de la cultura eran seguidos por la mayoría de los hombres, ¿por qué la presencia de figuras femeninas poderosas no parecía servir como meta para el comportamiento de las mujeres? A pesar de la carencia de registros sobre el mundo femenino de la época, podemos intuir que, dadas las limitaciones como ciudadanas, pocas mujeres veían posible acercarse a modelos como la libre Artemisa, la estratégica Atenea o la potente Hera.

Pero quizá poner como ejemplo a las inmortales es exagerado, otra manera de verlo da pie a la interpretación contraria, pues si consideramos personajes humanos notaremos que el destino de las mujeres sabias suele ser trágico, como lo muestran Ariadna y Casandra; el de las virtuosas tampoco tiene un gran desenlace, como el de Alcestris y Antígona, y el de las arriesgadas es bastante dudoso, como sucede con Atalanta y Helena -de quien se trata realmente este escrito. En general, el mero hecho de ser mujer ya es motivo de desgracia, y si además se posee belleza, la maldición está asegurada, como nos recuerdan Medusa, Dafne, Dione y Perséfone y muchísimas más. Tampoco dejarse llevar por el amor, el supuesto reducto de las mujeres, parece la solución, pues el infortunio acompaña a casi todas las seguidoras de Afrodita (hay contadas excepciones, como el mito de Eros y Psique, tal vez porque pertenece a una adaptación posterior de Ovidio en Las Metamorfosis y carece del carácter terrible de la mayoría de los mitos griegos.)

Algunos dirán que lo trágico está igualmente repartido entre hombres y mujeres, y puede tener algo de razón, pero una gran diferencia consiste en que los griegos pueden tratar de transigir, como Odiseo, y su sabiduría no suele estar tan ligada a una astucia mañosa, como sucede con las figuras femeninas, pensemos en Circe y Medea, aun cuando los hombres se valgan de engaños, estos no son vistos de manera negativa, pero la recompensa para la inteligencia de Ariadna es el abandono y para el don de profecía de Casandra es todavía peor. Si comparamos la actitud de los dioses frente a quienes quieren ser más listos que ellos, es verdad que ni Dédalo, Tántalo, Sísifo o Ixión salen bien parados. Pero por lo menos podían tratar de defenderse con la mejor arma de todas: la palabra.

Hasta aquí seguimos sin responder de modo directo a la pregunta por qué Caliope no inspira la elocuencia en las griegas, en especial en las atenienses. ¿Es tan impensable? Algunos de los momentos más memorables de la tragedia están presentados como discursos de mujeres: Hécuba, Antígona y Medea. Pero su protagonismo en la vida práctica parece fuera de discusión, pues ni siquiera pueden acudir a ver estas representaciones o participar en la asamblea.

Volvamos a la referencia de Beard: El relato estará al cuidado de los hombres y esta es una prueba palpable de que ya en las primeras eviden-

cias escritas de la cultura occidental se silencia a las mujeres. Pero, ¿se trata de una prueba tan palpable como la de un documento histórico? Si nos ubicamos en el contexto mi pregunta está mal planteada y responde a una idea posterior o anacrónica, y es que el arte en general no es un testimonio fiable. Pero intuimos que los peligros de estas obras no tienen que ver con lo que reflejan directamente, aunque sí tienen un vínculo con la axiología de una sociedad y lo que se espera de sus miembros. Los poemas homéricos dictaron, durante un buen tiempo, los modelos de conducta de las personas en la antigua Grecia, de manera que podrían constituir un tipo de prueba del modo en que se esperaba que las mujeres se comportaran. Esto no parece haber cambiado del todo, si bien muchas obras literarias muestran personajes femeninos complejos y alejados de las convenciones, como Ana Karenina, de Tolstoi, muchas personas reclaman que la literatura, series, música, películas y hasta pintura o escultura no refleja de manera justa lo que las mujeres somos y podemos llegar a ser, sino que refuerzan esas pruebas, de que así se esperaba que se comportaran las mujeres- y de ese modo se relacionan con la injusticia del mundo real.

Si existe un reclamo tan fuerte hacia la ficción, como un dispositivo capaz de generar modelos negativos, modelos que niñas y jóvenes pueden seguir, o conductas que incluso los adultos pueden ver como algo normal y hasta deseable, podría ser porque la relación entre realidad y ficción es más cercana de lo que solemos pensar. Entonces ¿cuenta como prueba de la injusticia hacia las mujeres lo que aparece en algunas obras poéticas y narrativas?, si es así ¿cuántas pruebas de que las voces de las mujeres han sido acalladas cuentan y con qué criterio sopesarlas? No tengo respuestas para esto aún, pero sospecho que el asunto se puede abordar por el lado de la verosimilitud, es decir, sabemos que la ficción no es historia, pero debido a nuestra necesidad de representación resulta tan fundamental que parece decirnos a lo que podemos o no aspirar, nos permite soñar con algo o lo impide, nos muestra las posibilidades lo que podemos o no podemos ser, con esto me refiero a que las mujeres de la época y de muchos siglos posteriores actuaban siguiendo estos modelos de conducta, como consecuencia, en el mundo palpable y cotidiano no habría sido creíble o verosímil que Helena hubiera decidido su destino o que hubiera sido audaz y valiente o que la protagonista de las aventuras del poema épico hubiera sido la pro-

pia Penélope, como las mujeres no iban a guerras, no eran exploradoras o viajeras, la Odisea habría sido un fracaso en ventas o al menos en público, la gente no habría estado dispuesta a escuchar y luego a comprar un canto épico que narrara lo imposible, y lo imposible era que Helena fuera una guerrera o una sabia dedicada a sanar enfermos y conocer el mundo o que Penélope dejara de esperar a su esposo y se fuera a vivir sus propias aventuras. Era más probable que Poseidón hiciera naufragar a los hombres, que existieran quimeras y sirenas a que una mujer pudiera llevar a cabo una hazaña que no involucrara engaños a artimañas, bien vistos en los varones, mas no en las mujeres.

¿Cómo es posible entonces que, dadas las circunstancias históricas, la terrible maldición de Casandra impuesta a la Helena real y poética, podamos leer las novelas de Gabriela Arciniegas y sentir que nos hablan con *la verdad*? Sin caer en la trampa de contarles lo que pasa en la obra, mencionaré al menos por qué decidí ponerle este título al texto y por qué resulta verosímil pensar en una Helena viajera y amante del conocimiento, con todo el valor que esas actividades requerían en su tiempo.

Arciniegas construye las reglas internas de su obra, *la verdad* de su ficción histórica, siguiendo el hilo de la realidad. Esto no significa que sea imposible aplicar algunas afirmaciones sobre la justicia hermenéutica a la ficción en general. En este caso, la autora hace viajes que le permiten conectarse con la historia e investiga exhaustivamente hasta encontrar que sí hay pistas de una Helena real. Debido a que los mitos conocidos y la poesía escrita se hallan del lado del mundo clásico griego, hemos perdido la pista de muchos hilos que podrían darle algo de sentido a este incompleto tejido. Al ampliar su visión ella encuentra que hay una fuente si no solo buscamos en el llamado mundo occidental y recordamos las estrechas relaciones que mantiene con otros lugares. La clave está en un documento hitita, allí Gabriela Arciniegas encuentra la referencia a la Helena histórica y también a un tal París, como la pareja real que viaja en misión oficial a ese reino. Este dato, unido a su gran conocimiento del mundo antiguo y de una lengua lejana, permite que construya para sus lector@s un cosmos propio, donde mapas, ruinas y documentos reales, acompañan los muchos imaginarios sobre la protagonista para ofrecer nos su propia voz.

Pero ¿cómo puede una autora viva en 2024, lejana en el tiempo y el lugar, hacernos escuchar la voz de Helena?

Las guerras de Helena, una antibiografía

En la introducción mencioné que Arciniegas explica de manera muy clara su concepción de la justicia y se pregunta directamente “¿cómo narrar seres anónimos con quienes la literatura ha sido tan injusta?” cuenta que “En 2017 hacia un doctorado en Chile y gracias a ello cayó en mis manos un texto de Ignasi Terradas, llamado *Eliza Kendal. Reflexiones sobre una antibiografía*. El concepto de *antibiografía* subraya la importancia de narrar a los seres anónimos, a quienes no dejan testimonio escrito” (...) A las mujeres “habladas por otros”, como Helena, una mujer protagonista, acusada con los peores epítetos, la de ojos de perra, la destructora de imperios, y a la vez, dejada al margen. La autora resalta la importancia de “escribir sobre ella a partir de su contexto para darle una voz que pueda ser suya es responder a la urgencia de una crítica social de la era micénica, así como plantear la pregunta: ¿somos libres las mujeres, hoy en día, de la esclavitud, del abuso, de la muerte a manos de otros” (2023 Tomo I, p. 17)

Lo primero que debo resaltar es que las tres novelas reconstruyen los detalles del pasado de manera bella y minuciosa, este marco para el relato hace justicia hermenéutica porque complementa la verosimilitud, es decir, sentimos que las palabras y acciones de los personajes son creíbles, se les hace justicia al dotarlos de toda la credibilidad posible, mediante la construcción cuidadosa de sus personalidades, preferencias, odios y amores razonables. Se va tejiendo amorosamente, prestando atención a todas y todos los que construyen el relato, dando voz a quienes parecerían secundarios. Sabemos esto porque muchas veces, al leer otras obras, sentimos que algo falta para comprender las motivaciones de algunos personajes, o que queremos saber más de sus vidas, de los lazos que se cuecen entre ellos. En las tres novelas podemos ver a través de un microscopio, la manera en que a lo largo de años se entrelazan las vidas de la recién llegada Helena, Hécuba, su suegra, Casandra y sus demás cuñadas; las esclavas y maestras, su hermana y su madre; sus hijas, pero también los hombres que

afectaron sus vidas con las guerras y que también la amaron realmente. Sin ese tejido de relaciones la voz de Helena no podría ser creíble y caería de nuevo la maldición sobre ella.

Cuando leía la trilogía recordé que siempre había sentido curiosidad por el aspecto de Helena, Gabriela Arciniegas menciona que vio alguna serie sobre ella, que no la dejó del todo satisfecha, y al buscarla tampoco sentí una sensación de verosimilitud, quizá porque al limitarla a sus rasgos físicos se restringe su poder. Desde que supe de ella, y de otras mujeres como Cleopatra, Circe, Medea, Penélope, etc., las imaginaba poderosas a su manera, y me costaba pensar que tal poder se debiera solo a su belleza física. Quizá por esto me parece justa la construcción del personaje de Arciniegas, ella nos presenta a una Helena sin centrarse en la descripción de su aspecto, si bien menciona las reacciones que despierta en los hombres, no pone su valor en ello. Para mí es completamente creíble que su magnetismo proviniera de algo muy profundo, no digo que los rasgos exteriores no estén arraigados en nosotr@s o no sean importantes, pero sentía que además ella debía tener una personalidad, una fuerza que se reflejaba en estos y que emanaba ante las demás personas. Gabriela Arciniegas hace justicia a esta sensación y crea a una Helena curiosa, amante de la aventura y el conocimiento, una observadora nata de la naturaleza; intuitiva, con mente de investigadora y exploradora, interesada desde su infancia en escuchar a las personas silenciadas, vulnerables y también a las más temidas, como las hechiceras y magas. Cualquier fuente de sabiduría y experiencias es valiosa para ella, goza de virtudes epistémicas, aún antes de que existan estas palabras, es compasiva, se asombra ante la belleza y vastedad del universo, por eso me atreví a dejar de llamarla Helena, de Troya, pues su identidad no se limita a ese relato, tampoco Helena de Esparta solamente, por su origen. Al contrario, es una viajera, por voluntad y sin ella, como tod@s, en guerra interna con sus deseos y decisiones, como la mayoría de la humanidad, y es por esto que las novelas que invito a leer nos hacen justicia también a nosotr@s, nos remueven, nos llevan a la catarsis, nos recuerdan nuestras propias luchas y así nos permiten identificarnos y de alguna manera, conectarnos y sanar.

¿Qué significa lo anterior? Con esto quiero recalcar algo que ya comprendemos, y es que la ficción influye en nuestras vidas, nos permite re-

conocernos, pone palabras a nuestras emociones y vivencias que de otro modo permanecerían encerradas, libera las necesidades de los seres humanos, sus sueños y dolores, pues nos permite identificarnos y estructurar las experiencias que podrían secarse en nuestro interior si no son contadas, representadas, leídas o escritas en algún lugar. Es por esto que la narrativa, en forma de poesía, prosa o ficción, de relatos orales o escritos, resulta necesaria para una sociedad, no se trata de un ornamento lujoso o de un entretenimiento para evasores de la realidad, sino de una necesidad que todos hemos experimentado, digo que es una necesidad humana porque nuestro mundo no está hecho solo por montañas y astros, o unido solo por cemento y cobre, también nos sostenemos en metáforas, conceptos y palabras que nos llevan a unir puntos y contar relatos sobre las estrellas o nombrar a bautizar a los cerros como seres dotados de vida. No tenemos un hábitat que nos proteja para sobrevivir, bajo ciertas condiciones, podemos estar en el polo norte o en el desierto, porque nuestro hábitat es la cultura, cada ser que nace se sitúa en esa dimensión que es simbólica y requiere de relatos e imágenes que le permitan ingresar en el mundo humano, un mundo siempre mediado por la representación, la mimesis y el juego. ¿Cómo nos hacemos entonces? Cuando nos preguntan quiénes somos no respondemos soy un conglomerado de células, tengo 200 huesos, mido 1 63... más bien contamos una historia: nací por el anhelo de mi padre en una fría madrugada manizaleña, etc. Y lo hacemos de ese modo, sin importar si porque la estructura de la existencia es narrativa. Entonces no respondemos qué soy sino quién soy, pero lo que soy y quien soy están entrelazados, contamos nuestra historia porque los relatos constituyen un bien de cada humano, un refugio que abre ese espacio interior, tan fundamental en momentos como los que hoy vivimos.

El eco de Gabriela Arciniegas

Imaginemos que vivimos antes del siglo VIII a. C, lo que podemos imaginar depende de la realidad que vivimos, preguntemos de nuevo ¿cuál es la relación entre lo real y la ficción? Hay casos verosímiles como el de Scherezada, una mujer que se vale de la narración para salvar su vida y la

de muchas mujeres, es creíble porque no tenía otra manera de conseguirlo, así como son creíbles los mitos sobre Ariadna, Helena y Casandra.

Si partimos de la idea de que existen estructuras narrativas que hacen creíbles ciertas ficciones y otras no, podemos notar que los clásicos, al menos en la literatura, lo son porque han inaugurado un género, una estructura narrativa desconocida hasta entonces -ejemplo, la novela, y hasta el ensayo- o una forma distinta de ver la realidad -ejemplo, la tragedia-. Las series y películas que disfrutamos de forma a veces culpable en Netflix y demás carecen de estas características, pues suelen ser repeticiones de las viejas estructuras: viaje del héroe, superación de obstáculos, lucha y final trágico o feliz, con un giro muy valioso eso sí, y es que hoy las niñas, jóvenes y mujeres, pueden ser las heroínas del relato y también de sus vidas reales.

Nuestras estructuras narrativas y mentales parecen tener semejanzas, me refiero a que concebimos la vida como un viaje y nos parece verosímil que haya una cierta cantidad de obstáculos, que el héroe tenga algunas características y no otras, etc. Así que ¿tal vez al cambiar las estructuras narrativas podríamos cambiar algunas de las estructuras verosímiles que nos hacen darle sentido a la vida humana como relato? cambian unas cambian otras? puede ser, como la imagen de la mujer viajera. Es decir, pensamos en nuestra vida como un relato, y finalizar con que ahora podemos contar cada vez más relatos de mujeres viajeras, mujeres que pueden explorar y hacer muchas más cosas de las que alguna vez fueron contadas.

Bibliografía

Arciniegas, A. Gabriela (2023). *Helena, La reina condenada. I. El libro de los viajes*. Ed. FCE.

_____. (2023). *Helena, La reina condenada. II. El libro de los ritos*.

_____. (2024). *Helena, La reina condenada. III. El libro de las heridas*.

Beard, M. (2018). *Mujeres y poder*. Ed. Crítica.

Cely A. Flor Emilce (2022). *Mujeres, poder y conocimiento*. Ed. Herder.

Fricker, Miranda (2017). *Injusticia epistémica*. Barcelona: Ed. Herder.

Gómez S., Francisca (2024). *Rescatando a Helena*. Ed. DE GRUYTER.

Haynes, Natalie (2024). *La jarra de Pandora, una mirada femenina de las mujeres en los mitos griegos*. Ed. RBA.



Pilar González-Gómez

La alegría de leer. Técnica original del Educador Manuel Agustín Ordóñez-Bolaños

José Oviden Muñoz-Bravo



Resumen

Este artículo tiene el propósito de dar a conocer la vida del maestro Manuel Agustín Ordóñez Bolaños, uno de los educadores de Nariño, quien dedicó toda su vida a la creación de un método novedoso y original de lectura. Para tal fin, se realizó un estudio monográfico descriptivo de la vida y obra de este pensador; también cómo transcurrió su vida y la contribución que dejó a las nuevas generaciones, como un aporte singular pedagógico, en el que iniciaron su tránsito por los caminos de la educación. El escrito tiene como objetivo principal visibilizar la contribución de un pedagogo que, por curiosas circunstancias, perdió, durante años, el merecido honor de figurar en la galería de los más destacados autores colombianos del siglo XX. La importancia de este pedagogo radica en la educación de las y los jóvenes de La Cruz, de Nariño y de Colombia, al ser considerado un maestro de grandes cualidades y capacidades escritoras, con cuya obra aprendieron a leer y escribir generaciones enteras de colombianos. Las obras

escritas, su originalidad y los aportes hechos a la educación del país son determinantes para considerarlo un maestro digno de destacar y ser enaltecido como un “eminente educador nariñense”.

Palabras clave: Educador, Lectura, Enseñanza, Método.

Introducción

El municipio de La Cruz es naturaleza y belleza: los molinos de piedra, el Cerro Petacas, el Cerro la Campana, el Púlpito, rodean los sueños regados por el río Mayo que, en Las Juntas, se une con el río Tajumbina. En las noches, según sus gentes, crece la desconfianza por el Guando¹, que pasea cargando un ataúd.

Al retomar el proceso de la historia, se comienza a hacer un recorrido por los diferentes sitios y caminos, cuyas riendas los antepasados tomaron para enseñarlos y dejarnos un legado de incalculable valor, tanto cultural como literario, que hoy sentimos muy cercano y que agradecemos como chinchanos² el aporte fundamental para el desarrollo de la lectura a nivel de Colombia.

Los artículos escritos por el Doctor Vicente Pérez Silva son un testimonio más del destino trágico que nos ha tocado llevar a costas a los nariñenses. El maestro Manuel Agustín Ordóñez Bolaños, nacido en La Cruz del Mayo, municipio ubicado al norte del Departamento de Nariño, donde sus gentes trabajadoras y humildes defienden con compromiso los nobles ideales de pertenecer a esta tierra, cuna de grandes maestros y escritores que,

1. Guando: Personaje de las leyendas de la región que aparece con cuerpo pequeño de hombre y sombrero grande que anda persiguiendo a las mujeres, o el hombre joven que se enamora a base molestias; parece otra forma de enturbiar los sentimientos humanos.

2. Chinchanos: Proviene de la tribu Chincha que habitó en esta región del Mayo donde tenían su asentamiento en las Aradas, esta tribu tenía connotaciones de ser trabajadores y cultivadores de la tierra en espacial del maíz.

como Jorge Buendía Narváez³, Vicente Pérez Silva⁴, Miguel Ángel Rangel⁵, han demostrado su gallardía, con su pensamiento y ayuda al progreso de la región.

El aporte dado por el maestro cruceño Don Manuel Agustín Ordóñez a la lectura y escritura, es hoy una muestra de cómo los maestros de aquella época, con sentido de pertenencia por su profesión buscaban idear métodos que fortalecieran la enseñanza y que contribuyeran a ennoblecer el auténtico servicio de la educación pública.

La importancia de este estudio radica en el interés de resaltar a un pedagogo, pensador cruceño poco reconocido, quien, con sus trabajos, llevó a cabo un gran aporte a la educación en la región sur occidente del país durante el siglo XX, al lograr crear un método de enseñanza práctico para niños, con el cual pudieran leer y escribir de manera fácil.

La escuela vivida en tiempos anteriores es muestra de fructíferas jornadas de trabajo que enorgullecían la vocación de ser maestros, quienes, con sus bondades y entrega incondicional, buscaban que los niños logaran un aprendizaje favorable para sus metas y sueños, que los llevara por el camino del privilegiado ascenso de la superación, para con ello unificar sus criterios y conocimientos.

La vocación de enseñar viene impregnada en la laboriosa dedicación que Don Manuel Agustín Ordóñez, en su diario recorrido, les entregaba a sus

3. Jorge Buendía Narváez. Nacido en la Cruz (Nariño), realizó estudios primarios en el Liceo Reyes, luego continuó en la Escuela Normal de Varones de la ciudad de Pasto. Obtuvo una beca para estudiar en el Instituto Pedagógico de Chile, donde obtuvo el título en Ciencias Biológicas y Químicas. Regresó al país y se vinculó, con Agustín Nieto Caballero, donde se desempeñó como docente del Gimnasio Moderno. Sus obras son: *La Cruz del Mayo* (1981), que hace referencia a la ciudad más antigua del Departamento. *La Escuela Normal de Varones de Pasto: su filosofía, fundamentos pedagógicos, docentes, estructura administrativa* (1972). Ver en: ÁLVAREZ, María Teresa. *Élites intelectuales en el sur de Colombia*. Pasto: Colección de Tesis Doctorales RUDECO-LOMBIA, 2007.

4. Pérez Silva, Vicente. *Ventura y desventura de un educador*. Bogotá: Ediciones Amigo Sol. Corporación La Cruz del Mayo, 2001.

5. Miguel Ángel Rangel Ledezma fue maestro en Villavicencio (Meta), Cartago, Sevilla y Andalucía (Valle), en La Guayacana (Nariño), fundador y Director de la Concentración Vocacional de El Sauce, en La Unión (Nariño), trabajó en La Normal Rural de Señoritas de La Cruz, donde compuso el Himno a la Normal.

alumnos para que pudieran comprender la importancia de la lectura como mecanismo para afianzar un aprendizaje y fortalecer los saberes.

Son innumerables los conceptos sobre la obra del maestro Ordóñez que dan testimonio de la real autoría del libro *Alegría de leer*, usurpado, según investigaciones de Vicente Pérez Silva, por un funcionario, que no era maestro, sino médico del Valle del Cauca, Evangelista Quintana Rentería. Este texto escolar se constituyó en el primer *best seller* de la literatura pedagógica colombiana y en él aprendieron a leer y escribir generaciones enteras de colombianos⁶.

Manuel Agustín Ordóñez-Bolaños

Nació en La Cruz del Mayo, justamente la “Ciudad Maestra” del Departamento de Nariño, el 17 de enero de 1875; fueron sus progenitores don José Domingo Ordóñez y doña María Bolaños. Allí aprendió las primeras letras y, luego, viajó a Popayán, donde adelantó con provecho los estudios secundarios en la Escuela Normal de Instructores. En este plantel educativo, muy famoso en aquella época, obtuvo el diploma de maestro, el 15 de abril de 1898. Desde entonces, mostró sus especiales dotes para la educación de la niñez y emprendió su labor en las escuelas de La Cruz, Pasto, Ipiales y Barbacoas.

En el año de 1928, asumió las funciones de directora del Liceo de Señoritas ubicada en La Cruz (Nariño), la señora Isabel Guzmán viuda de Guzmán, a quien acompañó en su fecunda labor el señor Manuel Agustín Ordóñez, quien junto con su hija Isabel Ordoñez O., dirigieron la escuela Anexa, en el mismo municipio⁷.

Don Manuel Agustín Ordóñez llegó a ser alcalde de La Cruz, y, con su gran capacidad intelectual, logró dirigir los destinos del municipio por corto tiempo, alcanzando un lugar, donde también se destacan otros alcaldes,

6. Garzón Arteaga, Miguel. La Alegría de Leer: ¿Un hurto literario? En: Diario del Sur. Pasto, 8 de abril de 2012.

7. Apuntes de un Archivo. Alcaldía Municipal La Cruz (Nariño). Creación, desarrollo y estado actual de las Normales de hombres y de mujeres en la ciudad de La Cruz (Nariño). 1930.

como: Modesto Pérez, Fenelón Ordóñez, Miguel Ángel Rangel, Rafael Rebolledo y Josafat Díaz Navia⁸.

Don Manuel retornó a Popayán, en 1930, donde vivió algunos años dedicado por entero a la educación de los niños. En esta ciudad, Manuel Agustín Ordóñez supo ganarse el afecto entrañable de todos sus discípulos y la amistad de sus amigos más prestigiosos y representativos⁹.

En Popayán, tuvo un desempeño notable en bien de la comunidad y dejó huellas perdurables, al punto de considerarlo hijo predilecto de esa comarca; tuvo allí un discurrir venturoso y lleno de las mejores ilusiones y esperanzas. Durante algún tiempo, el consagrado educador ejerció labores de maestro ambulante en el Departamento del Valle del Cauca.

Distinguidos exponentes de la educación y de las letras colombianas se ocuparon en su tiempo de la personalidad del maestro Manuel Agustín Ordóñez, creador del más novedoso y original método de lectura conocido hasta entonces, y quizás hasta ahora, en forma unánime, autorizada y entusiasta, señalaron, ante la opinión pública y ante el Ministerio de Educación Nacional, los merecimientos de tan eminente educador y la importancia indiscutible de su obra.

Ante la imposibilidad de transcribir en su totalidad e integridad los numerosos conceptos emitidos en torno al maestro, quien supo granjearse la admiración y el aprecio de sus contemporáneos, particularmente el cariño de sus educandos, transmitió sus enseñanzas con un amor y comprensión inigualables, damos a conocer algunos fragmentos de los más significativos, apenas suficientes para lograr el conocimiento del maestro y la categoría de su trabajo pedagógico.

8. Bedoya Enríquez, Miguel Ángel. La Cruz 473 años de progreso. En: Diario del Sur. Pasto (3 de mayo de 2010).

9. Entre ellos se cuenta: el arzobispo Manuel Antonio Arboleda, el maestro Guillermo Valencia, el historiador Arcesio Aragón, los educadores Tomás Maya, Abraham Zúñiga y Jesús María Otero, los doctores Camilo y Genaro Muñoz Obando, Tomás Doria, Antonio José Lemos Guzmán, Rafael Maya, Guillermo León Valencia, Laurentino Quintana, Alfredo Constain, y tantos otros payaneses que han dado lustre a la ciudad. En Internet: monografias.com/trabajos97/historia-popayan/historia-popayan.shtml. Fecha de Consulta: 18 de enero de 2013.

Nuestro ilustre maestro falleció en Bogotá el 27 de marzo de 1965, rodeado del amor de su esposa, doña María Nicaulis de Ordóñez, y el cariño de todos sus hijos: Plinio, Hermencia, Isabel (fallecida), Marina, Luz, Lucrecia, Manuel, Margarita y Leonor.

La verdadera autoría de la Alegría de Leer

Reivindicamos la imagen y el recuerdo de uno de los hombres más valiosos e ilustres con que cuenta no solamente La Cruz, nuestra tierra nativa, sino el Departamento de Nariño y toda Colombia, resaltando que, en su trabajo pedagógico, se cometió un hurto literario del texto original y manuscrito de la obra de su propiedad, y la cual, a partir de 1930, en sucesivas ediciones, fue publicada con el título *Alegría de Leer*.

Es importante resaltar que, entre los testimonios, citados por Vicente Pérez Silva, destacamos el de Tomás Maya, publicado en junio de 1927, en Popayán, un importante artículo titulado: “La caja de Lectura del maestro Ordoñez”, artículo que fue muy divulgado, no solamente en nuestro país sino en el exterior, y del que tomamos estos apartes:

El maestro Ordóñez, es el primero que realiza el verdadero sistema de lectura por palabras normales, lo que da por resultado necesario la lectura ideológica, única sensata para satisfacer lo dispuesto en el Artículo 53 del Decreto 491 de 1904, que dice: “El objeto esencial de la enseñanza primaria es el desarrollo en el niño del conjunto de sus facultades mentales. Las materias del programa deben enseñarse de manera que tiendan a perfeccionar dichas facultades y a procurar insensatamente en los niños la espontaneidad del pensamiento”... Ordóñez forma en el cerebro del niño, primero las imágenes (ejercicios de dibujo), enseña los objetos (ejercicio de percepción), con hábiles lecciones objetivas (caudal de ideas), y ofrece en seguida los signos integrales con los que hace la cámara la reconstrucción de las ideas para formar luego el juicio...¹⁰

10. Maya, Tomás. La caja de Lectura del maestro Ordoñez. En revista: Talleres editoriales del Departamento del Cauca, Popayán. 1927.

En carta de fecha 10 de agosto de 1928, Dr. José Manuel Saavedra Galindo¹¹, desde Cali, le hace esta manifestación:

Tengo guardados su equipo de letras en cubos y su método de enseñanza a leer, para que por ellos aprenda a leer mi tercera niña –Alba– la ahijada del poeta Valencia. Me parece que es el mejor elogio que le puedo hacer a su obra creadora de maestro. Concuerda ella con los preceptos de los grandes genios de la instrucción primaria, con Pestalozzi, que solo enseña a aprender; con María Montessori, que enseña jugando con el niño; con Decroly, que concentra en una las nociones fácilmente convergentes...¹²

El Dr. Leandro Medina¹³ escribió alguna vez que el maestro Manuel Agustín Ordoñez había recibido “del cielo el don especial de la capacidad y habilidad para la enseñanza primaria, pues tiene una maravillosa capacidad para transmitir a los niños los conocimientos del modo más ameno, sencillo y rápido, obteniendo siempre éxito asombroso en su labor”.

El maestro Rafael Maya¹⁴ consideró la obra de nuestro benemérito coterráneo, “de un valor inestimable por el acierto con que están escogidas las lec-

11. José Manuel Saavedra Galindo, orador de dotes excepcionales y de “corte romántico, de grandes frases armoniosas”, según manifestación de Luis Eduardo Nieto Caballero, nació en Guacarí, Departamento del Valle del Cauca, el 18 de noviembre de 1885 y murió en Cali el 6 de diciembre de 1931. Hizo las primeras letras en su tierra natal. Más adelante, cursó estudios de bachillerato y jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá, donde se doctoró el 25 de septiembre de 1909. Como Tesis de grado presentó el trabajo titulado *La separación de los poderes públicos*. De su constante actividad intelectual, contamos con las siguientes obras: *El carro triunfal*, *Opúsculo sobre el Ferrocarril del Pacífico*, *El asesinato de Sucre*, *Colombia libertadora* y *Crónicas de Lima*. En: *Noticias Culturales*, Instituto Caro y Cuervo. Bogotá N°. 143, (1 de diciembre de 1972); pp. 6-8.

12. Carta tomada del Archivo de la Casa de la Cultura Manuel Agustín Ordoñez, municipio de La Cruz (Nariño). 1931.

13. Doctor Leandro Medina; 1933 ha sido uno de los más fecundos y de más intensa labor en la vida de la Academia, con su habitual brillantez, talentos admirables, vida y amor a la justicia y a la causa colombiana.

14. Rafael Maya Ramírez fue un poeta, periodista, ensayista, escritor, crítico, abogado y diplomático colombiano. Nació en Popayán, en marzo de 1897 y murió en Bogotá, el 22 de julio de 1980. Hijo del matrimonio de Tomás Maya Manzano y doña Laura Ramírez Caicedo, quedó huérfano a temprana edad y lo crió Tomás Maya Manzano, padre del siervo de dios Toribio Maya Sarmiento. Inició su formación literaria bajo la tutela del padre, pedagogo y hombre de letras (escritor) y realizó estudios en el Seminario Menor de Popayán, a cargo de los sacerdotes lazaristas, notable comunidad europea. En: *Maya, Rafael. Poesía*. Bogotá: Banco de la República, 1979. p. 17.

turas, por la graduación metódica en que van ordenadas y por la capacidad intrínseca de las mismas”.

Este nuevo método para enseñar a leer, y para escribir desde temprano por medio de la lectura, las bases de la educación y de la conducta de la vida, es una combinación completamente nueva y original, basada en la observación de los rasgos de carácter y aptitudes naturales distintivas de la infancia.

Los versados escritores y consagrados maestros de la pluma Luis Eduardo Nieto Caballero y Juan Lozano Lozano honraron al maestro con expresiones muy propias de sus nobles sentimientos y talentos. El primero de los nombrados, le hace esta confesión:

El conocimiento que tenía de la abnegable labor pedagógica de Ud. y del alto concepto que el sistema ideado por Ud. para la lectura le había merecido al sabio Dr. Decroly y a personas entendidas en asuntos de educación, como mi hermano Agustín, me hicieron especialmente grata la vista de Ud., es decir, su conocimiento personal, tan propicio para descubrir en Ud. las cualidades supremas del educador, las del corazón, la bondad para enseñar y la fiebre para hacer calar en las almas de los niños sus conocimientos. Me enteré con el mayor placer de que el sistema para enseñar a leer le mereció al Dr. Decroly la opinión, tan digna de tenerse en cuenta, de que obedecía a una institución maravillosa...¹⁵

Y el segundo de los nombrados lo hace en estos términos:

Agradezco muy comedidamente a Ud. la distinción que me ha hecho al explicarme detenidamente el método de su investigación para enseñar a leer y escribir en el mínimo de tiempo y con el mínimo de esfuerzo por parte del educando. No soy técnico en pedagogía, ni siquiera tengo vagas nociones de esa ciencia, pero me ha parecido tan racional el principio en que Ud. funda su sistema, y su desarrollo tan fácil lógico, que no puedo menos de felicitarlo por esa contribución tan excepcionalmente valiosa a la solución

15. Luis Eduardo Nieto Caballero, nació y murió en Bogotá (1888-1957). Fue un escritor y político colombiano. Participó en el Movimiento Republicano que derrocó al dictador Rafael Reyes (1909). Desempeñó diversos cargos diplomáticos y el de jefe de la Delegación colombiana en la Liga de naciones. Su actividad literaria se repartió entre los artículos periodísticos y sus obras de carácter histórico, político o literario, entre las que se destacan: Ideas liberales (1922), Libros colombianos (1928), Hombres del pasado (1944).

de nuestro primer problema colombiano, que es el analfabetismo... Es Ud. un ejemplar viviente del ciudadano útil y sabio, y así quiero manifestárselo, no para halagar una vanidad que Ud. desconoce, sino en cumplimiento de un deber de ciudadano interesado en todo asunto de acción cultural...¹⁶

El 19 de septiembre de 1925, el profesor Decroly, que por entonces visitaba a Bogotá, consignó en el diploma de Maestro de escuela de Manuel Agustín Ordóñez, de su puño y letra, el siguiente testimonio, que, traducido del francés, dice así:

Yo admiro el método inteligente empleado por el Sr Manuel Agustín para enseñar la lectura. El procedimiento puede perfectamente asociarse al sistema ideovisual o global que yo preconizo¹⁷.

En el mismo documento, el maestro Agustín Nieto Caballero, rector del Gimnasio Moderno, también, de su puño y letra, escribió:

Me asocio con especial agrado a lo dicho sobre el sistema de lectura del Sr. Ordóñez por mi maestro y amigo el Dr. Decroly¹⁸.

16. Juan Lozano y Lozano nació en Ibagué, en 1902, y murió en Bogotá, en 1979. Fue un escritor colombiano. Es autor de Ensayos críticos (1934) y del libro de poesías Introducción a la vida heroica (1944). En: Lozano y Lozano, Juan. Obras selectas. Medellín: Ediciones Horizontes, 1965.

17. Decroly, Ovidio. La libertad de la educación, 19 de septiembre de 1925. Como propuesta pedagógica basada en el respeto por el niño y su personalidad, con el objetivo de preparar a los niños para vivir en libertad. Se opuso a la disciplina rígida, apostando por crear un ambiente motivador. En Internet: <http://metodologiadecroly.blogspot.com>. Fecha de consulta: 20 marzo de 2013.

18. Ovidio Decroly (1871-1932) es uno de los representantes más connotados de la Escuela activa; realizó estudios superiores de medicina en la Facultad de Gante, donde obtiene el doctorado, en 1896. Inicia su carrera pedagógica en 1901, al fundar el Instituto de Enseñanza Especial para retrasados y anormales; en 1907, en Bruselas crea la Escuela para niños normales, la «Escuela para la vida y por la vida». Desde 1912, es profesor de docentes de enseñanza especial, en cursos organizados por las autoridades provinciales; igualmente, director de la sección de psicología del servicio de orientación profesional y profesor, en 1913, del Instituto Superior de Pedagogía; en ese mismo año, funda la Sociedad Belga de Paidotecnia. Durante la 1ª Guerra Mundial, funda, con otros educadores, los Hogares de Huérfanos; al concluir la guerra, ejerce la cátedra de Psicología del niño en la Universidad de Bruselas; en 1921 es profesor de Higiene educativa y médico - pedagógica en el programa de doctorado. Luego realiza algunos viajes de estudio, llegando a Colombia en 1932. Decroly, O. La función de la globalización y la enseñanza. Estudio preliminar de Lorenzo Luzuriaga. Madrid: Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1927, pp. 5-8.

Durante su labor parlamentaria, el Dr. Guillermo León Valencia¹⁹, en comunicación dirigida al Ministro de Educación Nacional, Dr. Eduardo Zuleta Ángel, destacó a Manuel Agustín Ordóñez “entre los poquísimos apóstoles con que cuenta la educación pública”, por ser el autor de una obra seria, original y de “incomparable utilidad para la enseñanza científica de la lectura en las escuelas primarias de la República”²⁰. Con sobrada razón y sinceridad, este es un ilustre hombre de la educación pública y un verdadero luchador de la enseñanza colombiana. Cabe agregar que Valencia fue el autor de la Ley 4ª de 1940, mediante la cual se dispuso que: “El gobierno procederá a ordenar la edición de cinco mil ejemplares de la obra denominada Lector Nacional Colombiano, de que es autor el profesor Manuel Agustín Ordóñez”.

El mandato legal, no obstante la diligencia desplegada por el favorecido autor y la valiosa colaboración de sus amigos, educadores y parlamentarios, no obtuvo el deseado cumplimiento. La adversidad y la desventura truncaban así la justa y bien merecida aspiración de quien por tanto tiempo y con tan denodado esfuerzo se había dedicado con abnegación a la enseñanza.

Posteriormente, el 20 de octubre de 1949, Manuel Agustín Ordóñez celebró un contrato con el Ministerio de Educación Nacional, tendiente a la publicación de su obra *El Lector Nacional Colombiano*, compuesta de cinco libros o cartillas: la primera incluía el Modelo de la Caja de letras móviles en cubos de cartón (de fabricación europea), como material objetivo de esta cartilla; la segunda comprendía la Guía práctica para los maestros de las escuelas primarias para la enseñanza de la lectura y la escritura, como complemento para el uso de la cartilla número uno; y las cartillas números 3, 4 y 5.

19. Guillermo León Valencia fue concejal y diputado en varias ciudades y municipios del Cauca y Cundinamarca, condición que luego ejercería en Popayán, donde vivió buena parte de su vida política. Se desempeñó por muchos años como Senador de la República, Representante a la Cámara. Fungió como representante de Colombia ante la Organización de las Naciones Unidas durante la IV sesión de la Asamblea General, celebrada en 1949. Fue designado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en España diez veces, una de ellas al culminar su mandato presidencial. En Internet: http://www.biografiasyvidas.com/biografia/v/valencia_guillermo_leon.htm. Fecha de Consulta: 20 marzo de 2013.

20. Pérez Silva, Vicente, Op. cit.

Luego de múltiples obstáculos, inconvenientes y contrariedades, y de una lucha tesonera en este anhelado emprendimiento, apenas en el año de 1954 vio la luz únicamente el libro primero de *El Lector Nacional Colombiano*. Los demás, como consecuencia de los cambios de gobierno y de las fluctuaciones político-administrativas, lamentablemente quedaron inéditos. Así se aniquilaban los mejores sueños de un educador que había dedicado toda su vida a la enseñanza de la niñez y la juventud en el suroccidente colombiano.

En la página preliminar del libro de lectura antes mencionado, el maestro Ordóñez escribe lo siguiente:

Se ha dicho que yo no he hecho conocer el método que sigo para enseñar a leer. Bien. Desde el mes de noviembre de 1894, siendo yo alumno maestro de la Escuela Normal de Institutores del Cauca Grande y bajo la supervigilancia sapientísima del eximio Director de la Escuela Anexa, don Domingo Lemos B., empecé a enseñar la lectura por el método de sondeo; después, siendo yo maestro graduado, continúe enseñando en la misma forma, puesto que era oficial, en este entonces, el aludido método; pero en el mes de abril de 1905, estando de maestro en la ciudad de Ipiales, se me ocurrió – a la hora de clase – hacer leer a los niños de la misma manera que hablaban; tenía escrita la palabra saco, así: s-a-c-o, pues me tocaba ya enseñar el sonido de la letra ese (s) a más de 80 niños de primer año de escuela; escribí, pues, rápidamente, la palabra saco sin división alguna, pero distinguiéndola con tiza roja la sílaba inicial sa; en otro lugar escribí la misma sílaba que sin ningún esfuerzo fue leída por los niños; en esta misma sílaba sustituí la vocal a por cada una de las demás vocales y con las sílabas sa, se, si, so, su, combinándolas con las letras que ya sabían, hice leer las palabras enteras: oso, soso, seso, casa, cosa, etc. Hago esta confesión con el siguiente juramento: “DIOS ME ESTÁ OYENDO”. Desde entonces abandoné totalmente el sondeo y puse en práctica el procedimiento de las palabras normales; haciendo siempre que fueran leídas en un solo tiempo, mejor dicho, íntegramente: De forma que en casi cincuenta años he enseñado a leer así.

Me resta aclarar que por medio de preguntas y respuestas y sin omitir la correspondiente inducción –método socrático– empleado por su autor 500 años a.C.; y de conformidad, también, con Bacon en las clases de objetividad; con Pestalozzi en la observación y curiosidad del niño, con Juan Amos Comenius, en lo tocante a la naturaleza y los sentidos, y finalmente con las reiteradas indicaciones que personalmente me hiciera, en feliz hora, el

versadísimo y sabio profesor doctor Decroly, he escrito desde hace algún tiempo, una modesta guía para ayudar en algo a los abnegados maestros de primeras letras de mi patria en su faena misericordiosa de enseñar al que no sabe²¹.

En este punto, imposible no transcribir la certificación que, el 17 de febrero de 1927, expidió don José María Villegas, rector del colegio de su mismo nombre, en la ciudad de Buga; luego de haber presenciado las clases de lectura que el señor Manuel Agustín Ordóñez dictó en la sección Decroly en la Escuela anexa al mismo colegio, durante los días 12, 13 y 14 del mes de enero de dicho año de 1927. Como puede verse, se trata de un reconocimiento que de veras enaltece al creador de tan ponderado método de lectura. Dice así la referida certificación:

1º.— Que el procedimiento de lectura empleado por el señor Ordóñez es especialmente ventajoso en tratándose de párvulos, ya que la base de este procedimiento son las palabras normales, correspondientes a ideas adquiridas objetivamente, en lugar del análisis a que son naturalmente refractarias las inteligencias en formación, en lugar de la lectura mecánica de palabras y frases que inutiliza el niño para estudios secundarios y en lugar también de la lectura por frases del doctor Decroly, que quizás implica mentalidades capacitadas para formar juicios.

2º.— Que como el del doctor Decroly, el procedimiento del señor Ordóñez da lugar a formación de pequeños centros de interés con círculos resultantes de oportunas y precisas observaciones que llevarán a la formación integral. Estos círculos serán rápidamente aprehendidos por el párvulo, puesto que tienen como centro no un juicio sino una idea.

3º.— Que puede llenar su objetivo en menos tiempo del empleado actualmente y con un buen número de niños, tal vez con cuarenta, y pueden ponerlo en práctica los actuales maestros sin más preparación que la que el señor Ordóñez les está dando y sin la necesidad de un costoso material.

4º.— Que el director de instrucción pública, siempre atento a las actuales orientaciones pedagógicas del mundo civilizado, ha obrado con el mayor acierto a procurar, como actualmente procura, la divulgación entre los maestros de las escuelas oficiales, del procedimiento de lectura del señor Manuel Agustín Ordóñez, procedimiento que perfecciona al de Baquero y

21. Quintana, Evangelista, Op. cit., Grado primero, 1930.

lleva por fácil y sencilla ruta a las excelencias del método ideo-visual del sabio profesor belga, doctor Ovidio Decroly²².

Método novedoso y muy original para la lectura de los niños

Aprobado por la Junta Pedagógica del Ministerio de Educación Nacional, en su sesión del 29 de abril de 1931.

La cartilla es buena, tanto por los conocimientos pedagógicos que revela como por la metodología que desarrolla; su método es el de la enseñanza activa; su uso podría ser muy provechoso en la enseñanza de la lectura elemental (Luis Eduardo Méndez, secretario, 1931).

Se trataba de enseñar las primeras letras a los niños, pero al hacerlo se les estaba insinuando que siempre leer ocasionaría alegría, es decir sentido amable y constructivo de la vida.

Los libros de la *Alegría de Leer*, en su aplicación pedagógica y didáctica, cumplieron con un papel muy importante de enseñar a leer a miles de personas, que aprovecharon este sistema de lectura desde 1931 hasta 1965. La serie de los libros de lectura va del grado primero (I), segundo (II), tercero (III) hasta el grado cuarto (IV).

Por otra parte, la *Alegría de leer* incorporaba contenidos que, aunque convencionales y alejados de todo partidismo, reflejaban una nueva visión de la escuela y del país. Mientras su exaltación de la religión y los valores familiares la hacían aceptable para los conservadores, la defensa de la tolerancia y la igualdad moral y legal de todos los ciudadanos la acercaba a algunos temas del liberalismo²³.

El Libro de lectura, grado primero (I) contiene el silabeo, con pocas letras. Algunas de las frases más exitosas han pasado a la memoria de to-

22. Resolución. Rectoría. Colegio José María Villegas, Buga, febrero 17 de 1927. Formación preescolar, básica y media.

23. Basar sus pensamientos más en el tradicionalismo que en la experiencia. Pensaban que era más fiable fiarse de lo que ya había antes que de las nuevas tendencias. Temían que les fuera perjudicial.

dos los colombianos: Elena tapa la tina, el enano bebe. En otros casos, las soluciones son más arbitrarias y peregrinas, aunque siempre atractivas: Yo soy el rey y amo la ley, Olano une la lona, Boto el lulo a la tina; Polita, no bote el apio ni el poleo; El pato no tiene pelo. Y quizás hoy nos suene improbable la información de que “El general tiene poca gente, pero escogida, generosa y de buen genio”, y produzca sentimientos mezclados el dato de que “Otilia no tiene vacuna ni coca”.

En el Libro de lectura, grado segundo (II), cuando los estudiantes leen con fluidez, es signo de que comprenden lo que están leyendo porque es necesario entender el significado de un pasaje para leerlo con expresión. La fluidez también contribuye a la comprensión, porque cuando los lectores son capaces de descifrar las palabras con exactitud y en forma automática, pueden concentrar su atención en construir el significado del texto, en lugar de tener que descifrar cada palabra.

El texto les muestra a los niños la necesidad de conocimiento, pero con lecturas que hacen ver a la escuela como redentora, como fuente única de conocimiento y de alimento, no sólo intelectual, sino también espiritual. El análisis muestra, además, que esta cartilla se pensaba más que para lo colectivo, para lo elitista; que mostraba como opuestos la vida en el campo y el hecho de poseer inteligencia y cultura; que presentaba, con versiones contradictorias, la imagen de la ciencia, puesto que mezclaba leyes físicas con leyes divinas y animismo²⁴.

La cartilla *Alegría de Leer* trajo a Colombia la Escuela Activa; lo hizo de forma tergiversada, para ajustarse a los requerimientos católicos sobre la educación. Una escuela activa se caracteriza por que los maestros son acompañantes de los niños en su proceso de aprendizaje, respetando su ritmo e intereses, por lo tanto una educación activa propicia en cada niño el desarrollo de sus capacidades personales al máximo, para entregarle a la sociedad y aportar lo valioso de su individualidad, para transformarla. La Escuela Activa es la escuela de la acción, del trabajo de los alumnos guiados por el maestro. Ellos investigan y procesan la información, se responsabi-

24. El animismo es la doctrina que defiende que todos los objetos en el mundo poseen un ser interno o psicológico. En Internet: <http://es.wikipedia.org/wiki/Animismo>. Fecha de consulta: 20 de marzo 2013.

lizan conjuntamente en el proceso enseñanza-aprendizaje. En la Escuela Activa, sus aulas son alegres, dinámicas y bulliciosas, como consecuencia del trabajo creativo y productivo, en el que los alumnos tienen tanta participación como el maestro.

El Libro de lectura, grado tercero (III) contiene lecturas variadas (El primer día de escuela, La vuelta a la escuela, Una niña estudiosa, El racimo de uvas, El beso de una madre, Otro día de clase, El vino, Las naranjas, Los puntos cardinales, Caperucita roja, Los meses del año, La voz de los animales, Seamos compasivos con los animales, La lluvia, Himno al árbol). En la parte dos, Civismo (sociedad, el tribunal escolar, la autoridad, derechos y deberes, la familia y el Estado, la patria, el gobierno y las elecciones escolares). En la parte tres, Historia (Cristóbal Colón, El día de la patria, El general Nariño, A Bolívar, El general Santander, Culto a la bandera patria, El corneta colombiano, de patriotismo sublime). En la parte cuatro, la Urbanidad (En la calle, en la escuela, en la Iglesia, preparando la mesa, en la mesa). En la parte cinco, la Higiene (la nena enferma, la salud, del aseo, las manos, los vestidos, la dentadura, los microbios, A los niños colombianos) y en la parte seis, el cuaderno de deberes y el vocabulario o léxico.

La Cartilla del grado (IV) contiene, en la parte uno, reglas para la lectura en voz alta (con las lecturas La Escuela, la Limosna, El molinero, su hijo y el borrico, El vestido de los pájaros, El Colibrí, El necio y el sabio, El cóndor de los Andes, La ninfa eco, El pavo real y el ruiseñor). El autor señalaba:

La misma naturaleza del niño nos ha servido de guía en esta graduación, y a medida que se va ensanchando su entendimiento, y según se desarrollan en la escuela sus facultades intelectuales, así se va dilatando el horizonte literario de nuestra obra²⁵.

Esta cartilla contiene cuentos, historietas, poesía y versos que hacen que el niño sienta que la vida es hermosa, que el mundo ha sido hecho para bien, ideas y sentimientos que despiertan los más nobles estímulos y que han de influir en su futura conducta, lo orienta hacia fines más nobles y valiosos, de todo lo cual podrá valerse el maestro bien inspirado, haciendo derivar

25. Quintana R., Evangelista. Alegría de leer. Libros de lectura. Números I, II, III y IV. París: 1928. Aprobado por la Junta del Ministerio de Educación Nacional, sesión del 29 de abril de 1931.

fructíferas enseñanzas y normas de conducta cívica y moral de casi todas las lecturas, mediante el comentario vivo y adecuado de su texto.

El Libro de lectura conserva siempre íntegros los textos originales de los autores. En cuanto a gran parte de las composiciones que en él se incluyen, hace referencia a que la cartilla toma muchos trabajos de cuentos, fábulas, lecturas, tomadas de manera original y plasmada allí.

Para leer bien, no basta leer corrientemente pronunciando las letras, sílabas y palabras con facilidad y corrección, y notando los signos que se emplean para puntuar; se requiere, además, dar sentido o expresión a lo que se lee; esto es: que la voz, en sus varias intensidades, entonaciones y movimientos, se conforme a las ideas y sentimiento expresados en lo escrito; pues solo así se podrán apreciar debidamente el pensamiento y la intensión del autor²⁶.

También se observa el texto lleno de ilustraciones de elementos de diversa índole, con los que los niños fácilmente pueden encontrarse en su cotidianidad: camas, jarras, puertas, frutas, muñecas, animales e, incluso, partes del cuerpo humano y animal (alas, uñas, dedos), todo lo cual se emplea en el marco del método de enseñanza Ideo-visual de Decroly para ilustrar la palabra o combinación que se está enseñando en la página correspondiente, tal como lo indica el autor en su apartado dirigido a los maestros²⁷. Como se recordará, tales imágenes constituyen el mayor número de ilustraciones que aparecen en la cartilla (47 de objetos o situaciones y 39 de animales).

Por eso querido niño, ama la lectura, que ella te hará bueno y feliz; y lee con interés y provecho este libro que te enseñara a conocer y a amar a Colombia, objeto de nuestros más caros sentimientos y más puros afectos²⁸.

26. Ordóñez, Manuel Agustín. Explicación sobre el adecuado manejo de la lectura y la escritura en la Alegría de leer. 1932.

27. Quintana, Evangelista, Op. cit., IV, 1938, p. 7.

28. Quintana, Evangelista, Op. cit., Grado primero, 1930.

Explicación de su originalidad

Con el artículo citado, el Doctor Vicente Pérez Silva ha hecho justicia al eminente educador nariñense que logró, con sus páginas, crear un método novedoso, pero la mayor desventura ocurrida en la vida de Manuel Agustín Ordóñez fue el hurto cometido, por el señor Evangelista Quintana, del texto original y el manuscrito de la obra de propiedad intelectual de Ordóñez, y que publicó con el título de *Alegría de Leer*.

Acerca de este infausto acontecimiento, nada mejor que apelar al fiel e imprescindible testimonio de su autor, quien, en forma precisa y detallada, hace el relato que se transcribe a continuación y que forma parte de la *Historia de una publicación - Antecedentes sobre la publicación de la obra "El lector Nacional Colombiano" del profesor Manuel Agustín Ordóñez*²⁹, incluida en dos tomos que contienen valiosos documentos relacionados con la mencionada obra, copias de las comunicaciones cruzadas con distinguidos funcionarios del Estado e importantes personalidades del mundo intelectual y político, conceptos aparecidos en diversos periódicos, etc. Dice así este contundente y patético documento:

En las vacaciones escolares del mes de diciembre de 1926 el pedagogo señor Abraham Zúñiga P., hijo de la ciudad de Popayán, me puso en limpio con su gallarda letra dos cuadernos o libros de lectura elemental para destinarlos a la enseñanza de la niñez en esa disciplina, apuntes y cuadernos que conoció y alabó el insigne sabio y profesor doctor Decroly cuando vino al Gimnasio Moderno de Bogotá, en el mes de septiembre de 1925, cuyo concepto por demás honroso para mí se puede ver en mi diploma de maestro de escuela. Hechos esos trabajos, viajaba yo en ferrocarril de Popayán a la ciudad de Cali, en las vacaciones ya aludidas, mirando con interés y con deleite para mí, dichos cuadernos, cuando –un poco delante de la estación Morales– sentí que me pusieron las manos sobre mis hombros y volviendo yo a mirar hacia atrás vi que quien me llamaba la atención era el señor

29. Ordóñez, Manuel Agustín. *El Lector Nacional Colombiano*. Bogotá: Impreso Ministerio de Educación Nacional. 1954. p. 34.

Evangelista Quintana, quien al momento me dijo: “Que lleva en sus manos?”. “Estos cuadernos”, le contesté. “Haber, muéstremelos”. Se me hizo caso muy duro darle una respuesta negativa y se los pasé. Este señor Quintana los ojeó y estudió detenida y ávidamente por largas horas desde ese instante, hasta la estación La Viga, muy cerca de la ciudad de Cali. Al devolvérmelos me dijo: “Yo le voy a ayudar a Ud., aprovechando mi amistad con el director de Educación y con mis demás amigos, para que Ud. pueda mejor cumplir con su deseo de publicar sus obras, que considero muy importantes”.

Como este señor había sido inspector Escolar en el departamento del Valle, yo tuve la calidez de depositar mis obras en la Dirección de Educación Pública –acompañadas de un memorial– para que se hiciera el registro de la propiedad literaria en el segundo semestre del año 1927, y como mis funciones de maestro ambulante, por dos años, en el departamento del Valle para enseñar a los maestros de escuela mi método de enseñar a leer, terminaban en el mes de noviembre de este aludido año, en el mes de diciembre siguiente me fui para Popayán, en donde serviría nuevamente como maestro de escuela, en la Escuela Número Segundo de Niños de esa ciudad por el resto del periodo escolar del año veintiocho.

En un día de ese año me vi con el señor Quintana en la Esquina del Reloj de la ciudad de Popayán, y le dije: “Ponga Ud. un pequeño capital y yo pongo mis obras para que las publiquemos y las explotemos a medias”, Y me contestó Quintana: “Yo no dispongo de recursos, pero un hermano mío tiene unos dos mil pesos, y lo voy a interesar para ver si entramos en el negocio”. Y después de esto me fui para La Cruz, departamento de Nariño, en donde serví la Inspección Escolar, y cuando en el mes de junio de 1931 regrese a Popayán, mi amigo el señor Abraham Zúñiga P., apenas me vio me dijo: “Evangelista Quintana ha publicado unos libros de lectura, que son la misma cosa que los suyos”. Pero aquí viene el colmo del cinismo: en un día del año 1932, se me presentó a la casa donde yo vivía con mi familia en la ciudad de Popayán, el señor Antonio García, vitalicio Inspector Escolar en esa provincia, para proponerme: “Evangelista Quintana me recomienda que le diga a Ud. si quiere que su hija Isabel se traslade a su casa de Cali para que les enseñe a leer a dos de sus hijas, que le paga cuarenta pesos, la alimentación y la habitación en su misma casa”. Yo le contesté en el acto: “Soy sumamente pobre, Ud. lo sabe muy bien, pero ¿cree Ud. que yo pueda mandar a mi hija para que le complemente la obra, enseñándole prácticamente mi método? Eso no lo haría yo aunque me pague todas sus riquezas.

Cabe anotar que el registro de mi propiedad literaria no lo hizo la Dirección de Educación del Valle en más de dos años que mis obras permanecieron en ese despacho, a donde sin duda tenía acceso franco el ex – inspector Quintana, y hubo necesidad de que mi recomendado, el doctor Leandro Medina, acudiera al Ministerio de Educación para que fueran remitidas dichas obras a Bogotá.

Y concluye el infortunado maestro con esta imprecación:

Qué terrible será cuando la conciencia le grite a Quintana, si no le está gritando ya: “Día llegará en que haya de venir el impartidor de los dones perfectos, el justo, para impartirle su justicia”³⁰. Bogotá 10 de septiembre de 1947.

Quede en esta forma el recuerdo de un cruceño raizal y de un eminente educador que, a lo largo de su vida, se distinguió por su clara y vasta inteligencia; por la verticalidad de su carácter y porque fue el creador de un método novedoso y muy original para la lectura de los niños.

El trabajo del doctor Vicente Pérez Silva le devuelve el sitio merecido a don Manuel Agustín Ordóñez y enriquece la memoria a los cruceños y nariñenses con una figura y una obra de honda huella en el desarrollo cultural del país.

La concepción de la obra comentada fue tan rica e imaginativa que su solo título es un mensaje trascendental. *La Alegría de leer* simboliza, describe, define un universo y una forma de vivir, de ser del hombre. Leer es, ciertamente, una alegría y, como alegría, un acto existencial trascendente y de amable realización. Se trata de enseñar las primeras letras a los niños, pero al hacerlo se les estaba insinuando que siempre leer ocasionaría alegría, es decir sentido amable y constructivo de la vida.

De esas dimensiones eran las proyecciones de nuestros hombres del pasado, por eso sentimos complacencia cuando se convoca nuestra atención sobre ellos y sus protagonismos, así hayan permanecido en la sombra, como es el caso comentado de Don Manuel Agustín Ordóñez, hijo prestante de La Cruz, crisol de muchos valores humanos de Nariño y de Colombia.

30. Enriquez Sansón, Jaime. Por la alegría de leer. En: Diario del Sur. Pasto (domingo 23 de mayo de 1999); p. 9.

El método desarrollado por el maestro Ordóñez estaba a la altura de los grandes desarrollos pedagógicos que revolucionaron la educación en el mundo entero, al punto que: “Concuerda ella con los preceptos de los grandes genios de la instrucción primaria: con Pestalozzi, que sólo enseña a aprender; con María Montessori, que enseña jugando con el niño; con Decroly, que concentra en una las nociones fácilmente convergentes”³¹.

En esta forma, al propio tiempo que se ha revelado quien es el verdadero autor de la *Alegría de Leer*, se ha hecho justiciera memoria de un eminente educador que a lo largo de su vida se distinguió por su creatividad e inteligencia; fue el afortunado creador de un método novedoso y muy original para la lectura de los niños.

Conclusiones

El verdadero autor de la *Alegría de Leer* es el maestro Manuel Agustín Ordóñez, un eminente educador cruceño que, a lo largo de su vida, se distinguió por su clara y vasta inteligencia; por el tesoro de sus refinadas virtudes, por la verticalidad de su carácter y porque, como ya se ha dicho, fue el afortunado creador de un método novedoso y muy original para la lectura de los niños.

El método ecléctico de lectura basado en la comprensión integral de la frase, la novedad pedagógica, así como las amplias y coloridas ilustraciones, el lenguaje muy correcto y cuidadoso, muestran el interés por despertar a los alumnos para el aprecio de la literatura y, en general, los rasgos de una “escuela activa”, que buscaba el apoyo decidido del maestro.

El método creado por el maestro Manuel Agustín Ordóñez rompe con los esquemas tradicionales de enseñar a leer y escribir mediante sonideo y pone en práctica el procedimiento de las palabras normales, que se leen en su solo tiempo, para mostrar con ello que los niños podían hacerlo más rápido y que su enseñanza daba resultados más benéficos y de mejor aprendizaje.

31. Montessori, María. La educación para el desarrollo humano. México: Editorial Diana, 1967.

Para satisfacción y orgullo de todos los cruceños y para ejemplo de las nuevas generaciones, particularmente para los maestros de la enseñanza primaria, Don Manuel Agustín Ordóñez fue un espíritu encendido en el más vivo patriotismo; un maestro por excelencia que, merced a sus estudios pedagógicos y a su ilustración, brilló con la luz propia en el mundo de la educación.

Es cierto que Manuel Agustín Ordóñez fue un hombre que padeció la más tremenda desventura con el fruto de su creatividad, pero su nombre ha pasado a la posteridad con la aureola de los hombres ilustres y la vocación de maestro que llevó por muchas regiones del país, mostrando siempre la entrega a los demás, como todo buen educador lo hace para beneficio de los niños y jóvenes.

Como homenaje a los maestros de Nariño y Colombia, se resalta ese bagaje cultural y literario que Manuel Agustín Ordóñez difundió en muchas regiones, con el sano convencimiento de formar y educar a la niñez, para que pueda comprometerse con el desarrollo del país y la unificación de una educación que promueva nuevos desafíos en bien de la formación intelectual.

Es noble, también, enaltecer la labor histórica-investigativa del historiador Vicente Pérez Silva, quien, con su interés y deseo mostró toda una verdad oculta, que empañaba el buen nombre y trabajo constante del maestro Manuel Agustín Ordóñez, quien a lo largo de su vida mostró dedicación a la formación de la niñez, construyendo un método de lectura de gran impacto a nivel nacional, favoreciendo a muchas generaciones de estudiantes, que aprendieron a leer.

Bibliografía

Archivo Alcaldía Municipal La Cruz (Nariño). Creación, desarrollo y estado actual de las Normales de hombres y de mujeres en la ciudad de la Cruz (Nariño), 1926.

BEDOYA ENRÍQUEZ, Miguel Ángel. La Cruz 473 años de progreso. *Diario del Sur*. Pasto, 3 de mayo de 2010.

DECROLY, Ovidio. La función de la globalización y la enseñanza. Estudio preliminar de Lorenzo Luzuriaga. Madrid: Publicaciones de la Revista de Pedagogía/Librería Española y Extranjera, 1927.

EGAS VILLOTA, Ramiro. Por la Alegría de leer. *Diario del Sur*. Pasto. 23 de mayo de 1999.

El Doctor Decroly en Colombia. Bogotá: Imprenta Nacional, 1932.

ENRIQUEZ SANSÓN, Jaime. La “Alegría de leer”: ¿Un hurto literario? *Diario del Sur*. Pasto, 8 de abril de 2012.

GARZÓN ARTEAGA, Miguel. “Alegría de leer”: ¿Un hurto literario? Editorial. Revista Reto. Diario del Sur. Publicación Dominical. Pasto, 23 de mayo de 1999.

INSTITUTO CARO Y CUERVO. Noticias Culturales, N°. 143, Bogotá, (1 de diciembre de 1972).

LOZANO Y LOZANO, Juan (Ibagué, 1902-Bogotá, 1979). Escritor colombiano. Es autor de Ensayos críticos

(1934) y del libro de poesías Introducción a la vida heroica (1944).

MONTESSORI, María. La educación para el desarrollo humano. México: Editorial Diana, 1967.

_____. El problema de la educación de las nuevas generaciones desde el punto de vista internacional. En: Revista de Educación. Pasto No. 8, 9 y 10, (1934).

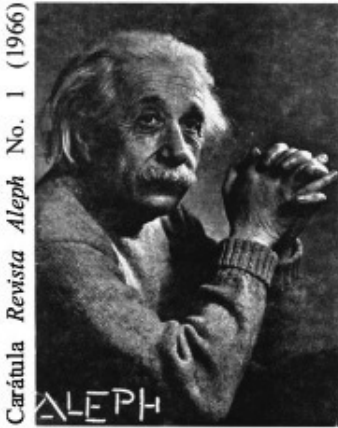
NIETO CABALLERO, Agustín. La escuela y la vida. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. ORDÓÑEZ, Manuel Agustín. El Lector Nacional Colombiano. Bogotá, 1925.

PÉREZ SILVA, Vicente. Ventura y desventura de un educador. Bogotá: Ediciones Amigo Sol. Corporación La Cruz del Mayo, 2001.

Rectoría. Colegio “José María Villegas”, Buga, febrero 17 de 1927. Formación preescolar, básica y media.



Pilar González-Gómez



Notas

LEO (Por William Ospina. En memoria y homenaje del librero Leonel Orozco-Botero, creador y gestor de la Librería LEO-LIBROS, en Manizales. Leído en el funeral por el escritor Octavio Escobar, martes 02.VII.2024). Hace apenas tres semanas vivimos un viaje hermoso que no habría sido posible sin la generosidad de Leo. Yo quería presentar mis libros recientes en el norte del Tolima y el oriente de Caldas. Mi primo Gilberto Ruiz se puso en contacto con entusiastas lectores que lo organizaron todo para que esa romería se lograra. Pero ya otras veces he ido a presentar mis libros a lugares donde no hay librerías, de modo que al final la gente no tiene la posibilidad de leerlos.

La falta de librerías en nuestros pueblos y en los barrios de nuestras ciudades es una de las explicaciones de los males de Colombia. Porque los libros forman, ayudan y acompañan, nos proveen de un lenguaje rico y complejo para entender y expresar nuestra vida; orientan la acción, ennoblecen el deseo, alimentan la imaginación.

Hay jóvenes vulnerables que creen que sólo se harán poderosos con un arma: yo creo firmemente que sólo se harán poderosos con un libro. Porque cuando alguien encuentra los libros que le convienen, puede llegar a tener un poder casi mágico. Los libros son los únicos objetos del mundo en los que están guardados para unos la alegría, para otros la confianza, para otros la aventura, para otros la felicidad y para otros todo el universo.

Leo era uno de esos innumerables colombianos a los que la vida les ofreció sobre todo obstáculos y dificultades. Pero nació con un corazón grande, capaz de encontrar luz hasta en la mayor oscuridad. Viajando por esas carreteras del páramo descubrí que todavía era un niño. Le gustaba avanzar por esas rutas sinuosas a gran velocidad, pero le sugerí que disfrutáramos de la mayor lentitud, y Leo nos fue contando su vida a Mónica, su gran amiga, a Gilberto y a mí, sus acompañantes.

Íbamos en un carro lleno de libros hacia los sitios más ocultos de las montañas, y el

hombre que nos llevaba había vivido más vidas que nadie, porque trabajó como jornalero desde la infancia por el país entero. Yo le conté que mi primera crónica, a los veinte años, había sido sobre los jornaleros que recorrían a Colombia en los años 70 de cosecha en cosecha, recogiendo algodón en la costa, banano en Urabá, café en el Quindío, soya en el Tolima, caña en el valle del Cauca.

El niño Leo había seguido a esa masa de migrantes anónimos; iba entre la multitud aprendiendo a ser adulto desde temprano, pero guardando en el alma una infancia hecha de curiosidad y de asombro. Vio asaltos, vio prodigios, vio crueldades, vio crímenes. Todo eso que yo describía en mi crónica del año 75, lo estaba viendo él en ese mismo momento, en camiones y en buses, en trenes y camperos, a caballo y a pie, con todo el esplendor de los paisajes de Colombia en el fondo, mientras sonaba en las radios afónicas de los campesinos esa canción de Piero que parecía describir su vida: Aprendí a crecer/ por la ciudad vacía,/ ganándome el pan, pan, pan,/ de cada día./ El mundo me dolía por dentro,/ viajaba la noche hasta el silencio.

Como tantos colombianos, creció en la soledad y en el rebusque, pero aún en la mayor pobreza siempre fue más lo que tenía para dar que lo que necesitaba recibir. Recogiendo cosechas, entregando mercados, atendiendo cafetines, vio crecer el mundo alrededor, y vio todas las cosas volverse viejas, pero él seguía siendo un niño, hasta que un día se encontró con los libros, y los libros se convirtieron en el material con el que construyó su vida.

Leyó los libros, viajó por ellos, se descubrió a sí mismo, iluminó a los otros, se hizo librero en Manizales, empezó a brindarles a los demás la medicina que lo había curado de su soledad y de los estragos del tiempo, ese alimento embrujado que le había dado un lugar en el mundo.

Un día me ofreció acompañarme en alguna de mis presentaciones de libros, y así empezamos a andar a veces por este país sin librerías, y yo comprendí de nuevo que escribir libros es bueno pero que ir a compartirlos con la gente es todavía mejor. Y se sucedieron los sitios, Fresno, Mariquita, Honda, Sevilla, Cartago; a veces acudía mucha gente, a veces, como en Chaparral, no vino nadie, pero Leo siempre estaba allí, entusiasta y sonriente.

Tenía algo ascético como de monje budista y miles de historias a punto de brotar de sus labios. Si alguien se detenía a escucharlo, podía descubrir que había más historias vividas en la memoria de este hombre que en todos los libros que ofrecía en sus anaqueles y que repartía por los caminos. Le dije que tenía que escribir sus memorias, pero se dedicaba tanto a divulgar y difundir los libros de otros que no le quedaba tiempo para contar sus propias historias. Tenía el alma llena de recuerdos de aventura, de peligro y dolor, pero yo creo que era feliz. Tal vez había aprendido de la adversidad a atrapar la flor del instante.

Una tarde en Ibagué, en el panóptico, que ahora es un bello museo de la memoria tolimense, le conté que me proponía seguir la ruta de Humboldt por Colombia presentando mi novela desde el Sinú, pasando

por Cartagena, Turbaco y Mompox, y que incluso me gustaría embarcarme río arriba hasta Honda. Leo se mostró decidido a seguirme con sus cajas de libros en ese viaje. Pero luego enfermó, la vida se interpuso, y yo hice solo mi viaje a Cartagena y a Mompox, apenas con el fantasma de Humboldt en el puesto de al lado.

Pero hace tres semanas Gilberto habló con Erika Arango en Herveo, con el rector del colegio de Padua, con Francisco Zuluaga en Manzanares, con Nicolás y con Manuel Morrón en Pensilvania, con Enrique Martínez y Andrea González en La Dorada, con Sergio Galeano y Uriel Miranda de la alcaldía de Fresno, y emprendimos el viaje con Leo al volante y hablando de todo por la niebla de las cordilleras y por la luz de las llanuras abiertas. Días enormes de soles y lluvias, de ríos y plazas y regalos, de amistad y generosidad y de una sola, larga y cambiante conversación salpicada de libros y de autores. En el último tramo finalmente cantábamos.

Nos despedimos en Fresno el domingo, después de la presentación. Esa misma noche volvían a Manizales. Dos semanas después, Leo fue a visitar la finca familiar. Y otra vez subió a un árbol como un niño, como Bernard Shaw cuando tenía 94 años, como Juvenal Urbino al comienzo de un libro de García Márquez. Entonces no sé bien qué pasó, aún no me han contado, pero seguramente una rama cedió bajo sus pies, y Leo, el gran viajero, de repente se hundió en la eternidad. Leo, querido amigo, gracias por ese viaje, por esa vida.

Al recibir homenaje de la Academia Colombiana de la Lengua (por Jorge Valencia-Jaramillo; Bogotá, 23.IV.2024). Señor Director de la Academia Colombiana de la Lengua, don Eduardo Durán Gómez, señores académicos, señores Magistrados y exmagistrados de las Altas Cortes, apreciados compañeros y amigos de la Cámara Colombiana del Libro, de la Casa Kopp, de la Fundación Pro del Chocó, del Consejo Nacional Profesional de Economía, Beatriz, León Felipe y Lilian, Diego Alberto, señoras y señores.

Vengo aquí, a este hermoso recinto, a recibir una honrosa distinción de parte de ustedes hoy, 23 de abril, cuando se conmemora el Día del Idioma y el aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes Saavedra.

Me siento, pues, altamente halagado por este homenaje por lo que ha sido mi labor como colaborador de la Cámara Colombiana del Libro y su presidente durante varios periodos, por haber sido el creador de la Feria Internacional del Libro, así como de la fundación Fundalectura, y por mi obsesión permanente de que los colombianos lean más, pues, yo creo, que quien no lee, no piensa, y es como aquel que camina por el mundo sin saber, ciertamente, a dónde va.

Yo, que nací en el idioma español y es claro que moriré en esta bella lengua, no me canso de pensar en cuántos grandes escritores la han embellecido desde aquel momento en que don Miguel de Cervantes resolvió escribir *El Quijote* para hacer una crítica satírica hacia la literatura de su

época, a los libros de caballerías y a las hazañas heroicas de los caballeros andantes.

Me llamó siempre mucho la atención que don Quijote vio el mundo a través de un lente de realidad distorsionada, un mundo totalmente de ficción, mientras que Sancho Panza, su fiel escudero, tenía a toda hora sus pies en el suelo, pragmático y realista como pocos. Sin duda Cervantes quiso burlarse de todas esas historias de pura fantasía de los famosos caballeros y, a fe, que lo logró para toda la eternidad. También debo resaltar que, a mi juicio, don Quijote representa, igualmente, la lucha entre la imaginación y los buenos deseos y la dura realidad que con frecuencia mata lo poco bueno que los seres humanos podemos tener. Pero, además, su relación con los libros fue fundamental para poderse identificar como caballero andante. No fue, pues, solo burla, era un profundo sentimiento que llevaba muy adentro en su corazón. Y qué hermoso sería que algo de caballeros andantes pudiésemos tener hoy los hombres cuando el sexo, el dinero y el poder todo lo compran, nada resiste su atracción. Los verdaderos valores como la ética, la libertad, la justicia y los derechos humanos, en general, poco valen para la mayoría de quienes habitan este planeta.

Yo llegué a los libros desde niño, de la mano de mi madre, que amaba la literatura y, dentro de ella, la poesía, y de los muchos versos que ella me leía, nunca pude olvidar a Gustavo Adolfo Bécquer y sus bellas rimas.

“Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán“. (...)

Unas rimas que bien reflejan sus tristes amores, pues, inocente que fue, tuvo la locura de enamorarse al tiempo de dos hermanas, y por eso nunca pudo conocer la felicidad, si es que esta existe, ni en el amor ni en sus versos. Pues como si una maldición lo persiguiera, murió a la tierna edad de los 34 años, de tuberculosis.

Bécquer nació en Sevilla, España, y siguiendo yo, apasionadamente, la historia de su vida, encontré, en la misma ciudad, a don Antonio Machado, otro gran poeta que nunca he podido olvidar, otro poeta, cuando no, que tuvo una vida amorosa más triste, si cabe, que la de Bécquer. También murió de enfermedad en los pulmones. Como si estuviera de moda que todos los poetas y escritores que yo admiraba se murieran de tuberculosis. Y sucede que lejos de allí, también, se moriría de tuberculosis, mi amigo Franz Kafka. Y sus amores, al igual que los de Bécquer y Machado, fueron un verdadero desastre. Tengamos en cuenta que Kafka se comprometió, oficialmente, tres veces en matrimonio, dos de ellas con la misma mujer, y las tres veces él rompió el compromiso. Piadosamente he ido a visitar en varias oportunidades su tumba en el cementerio judío, en Praga, y mirando su lápida le he preguntado, reiteradamente, cómo fue todo aquello de sus amores. Me dice que sí leo algunas de los cientos de cartas que le escribió a Felisa, o más tarde a Milena, tal vez lo entienda. Y las leí y, sigo pensando que, verdaderamente, este buen amigo no tenía salvación y que por eso fue capaz de imaginar que uno se acuesta normalmente y amanece convertido en un insecto.

Volviendo a los amores de don Antonio Machado quiero contarles que, en mi opi-

nión, ellos fueron algo de no creer. En su época, en España, los hombres y las mujeres tenían por costumbre casarse jóvenes, y así se casó su hermano, Manuel, pero Antonio no se animaba, cumplió los 20 y los 22 y los 25 y los 28 y los 30 y los 32 y, claro, se entiende, ya tenían frecuentes discusiones familiares por ser un solterón empedernido. Era muy raro, muy extraño que no se casara. Pero ocurrió que un día, cuando cumplió los 32, se fueron de visita donde unos amigos y allí se encontró, de repente, con una chica de tan solo 13 años y, gran sorpresa, ahí sí se enamoró perdidamente de ella para el desconcierto y rechazo de toda la familia. Una niñita de 13 años y un hombre de 32, era escandalosa la diferencia. Pero Antonio insistió e insistió e insistió hasta que Leonor, que así se llamaba, cumplió los 15 años y él 34. Y la Iglesia, para mi sorpresa, confieso que no soy tan docto en materias religiosas, les aprobó el matrimonio. Es una historia bastante singular y muy romántica, diría yo hoy día.

Estarán ustedes preguntándose para que cuento yo esta historia, esta mañana, pues paso a decirles, así de sopetón, bruscamente, que cuando Leonor cumplió los 18 años, tres años nada más, llevaban de matrimonio, ella se murió y se murió de tuberculosis, precisamente, tenía que ser, claro está.

Machado escribió, entonces, uno de los versos más breves y más hermosos que uno se pueda imaginar. Dice así:

“Señor, ya me arrancaste lo que yo
más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón
clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la
mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón y
el mar”.

Machado con sus 37 años a cuestas y una pena inmensa, tremenda, en el fondo de su corazón, empezó a buscar como sobrevivir y a participar en la vida cultural española. Con el paso de los años gana renombre como poeta y en 1927 es recibido en la Real Academia de la Lengua, en Madrid, y un año después, conoce a la única mujer que él pensó que podía llenar la inmensa ausencia de Leonor, Guiomar se llamaba. Pero Machado era republicano y las tensiones políticas con los franquistas ya estaban en ebullición. Y Guiomar era franquista, monárquica, católica, muy religiosa, casada y con tres hijos. Durante varios años tuvieron amores secretos, solo se veían a hurtadillas, a tomar un café y, hablando de lo que se podría llamar estar juntos en la intimidad, nunca se consumó. Juzguen ustedes esta relación.

Con el paso de los días llegó la guerra civil, le dijeron a Machado que siendo ya un poeta de tanto renombre y republicano, que corría peligro, que debía abandonar España. Él, como buen hijo de familia, seguía viviendo con su madre, en medio de una pobreza tremenda, y se ganaba la vida como un simple maestro de francés en una que- otra escuela. En su pobreza se le habían caído los dientes, por lo que daba verdadera lástima. En medio de las advertencias pensó en irse para Francia, entonces, y de la manera más secreta posible, lo llevaron a Barcelona. Pero allí le dijeron que debía huir, en el acto, pues para allá iban los franquistas. Ante esto, tomó a su anciana madre de

la mano y arrastrando los pies logró llegar a Colliure en Francia. Al mes siguiente murió y, como tocaba, murió de una enfermedad en los pulmones, no podía morir de nada diferente. Su madre, fiel hasta la muerte con su hijo, lo siguió tres días después, o sea enterró a su hijo y se echó la bendición y se acostó y se murió ahí, no más, literalmente. Es así, como comparten tumba allá en el extranjero, en Colliure.

Poco antes de morir Machado había escrito:

“Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
(...)
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar”.

Yo, como era obvio, entonces, por todo lo que les he narrado, sentí pues, una gran atracción por la poesía y desde joven quise escribirla. Y así lo hice, pero durante muchos años fue un acto clandestino, secreto y, cosas que pasan en la vida, estando yo de embajador plenipotenciario en las Naciones Unidas, decidí, finalmente, que había llegado la hora, que los tenía que publicar, y allí, en Nueva York, los revisé, lentamente, uno a uno, hasta pensar, de manera ilusoria, que sí podían conocer la luz, pero con tan mala suerte que no vieron la luz sino las sombras, pues estando en el aeropuerto, ya de regreso para Colombia, me robaron el maletín en el que cargaba toda mi producción poética, hasta ese infausto día para mí.

Ante mis fuertes y angustiosos reclamos, Avianca me dijo que lo único que se

podía hacer era poner la denuncia en la policía del aeropuerto y, destrozado por la pérdida, con mucha tristeza y rabia a la vez, procedí de conformidad a hacer el denuncia, pero el policía del caso, nunca creyó mi historia, pues con la cara de tragedia que seguramente yo tenía, no se tragó mi cuento, digo, y pensaba que lo que se me había perdido no eran unos versos, que yo, realmente, ocultaba una dura verdad y que lo que se me había perdido eran unas valiosísimas joyas, o miles de dólares, pero nunca unos míseros versos.

La vida de los poetas es muy diferente a la de los demás mortales; vibramos en ondas diferentes y nos dicen que estamos locos cuando en la noche nos ven mirando la luna o, absortos, parece que nos quedamos mirando al vacío cuando en verdad estamos mirando son los ojos de aquella mujer que un día nos dijo adiós, sin volver a mirar atrás.

Volviendo al policía de marras, despiadadamente, tomó nota de mi angustiada declaración y ahora y siempre creí que al abandonar yo su despacho, echó, prestamente, las notas a la basura. Y, claro, como es fácil concluir, el maletín nunca apareció. Y mis secretos versos se los tragó la nada, para siempre.

Mucho tiempo después de cuestionar mi suerte, me animé otra vez a volver a escribir y ya he publicado varios libros que andan por ahí, dando vueltas. De pronto, en el torbellino que es este mundo, alguien me detiene y me dice alguno de mis versos, y yo me lleno de alegría, o un desconocido, de repente, me dice “adiós poeta”, yo sonrío y me digo, esa es la vida de quien se

atreve a escribir versos, nada más, para los poetas nunca habrá nada más. Y, digamos, humildemente, que, para nosotros, es una gran satisfacción que al menos eso suceda.

Confieso aquí, esta mañana, que mucho me hubiese gustado dedicarme a la poesía, pero bien sabemos que ello no es posible, pues es claro que es casi imposible económicamente vivir de ser poeta. Lo normal es que el poeta no salga nunca de pobre, difícilmente podrá pagar el alquiler, o si vive con una amiga, a ella le tocará trabajar para sostenerlo.

Y hablando de libros y de poesía, lo que es obligatorio aquí en la Academia de la Lengua, cómo no, en esta sobresaliente ocasión para mí, decir unas pocas palabras sobre Jorge Luis Borges, uno de los escritores más influyentes y originales de toda la historia de la literatura, y quien ha sido para mí un referente eterno. Borges escribió en español, precisamente, pero no solo escribió, sino que leyó desbordadamente, hasta que, por la mala suerte de su herencia genética, se quedó ciego. Así lo manifestó él mismo:

“Nadie rebaje a lágrima o reproche esta declaración de la maestría de Dios, que con magnífica ironía me dio a la vez los libros y la noche”.

Borges escribió ficción como nadie, y en su escritura inventó libros para burlarse de los eruditos y de sus lectores también, pues, con frecuencia, no sabemos si lo que estamos leyendo es de Borges o es de otro autor y, además, con su endiablada cultura cita personajes que a veces

son reales y otras son imaginarios. Y uno, como buen tonto, buscando en la enciclopedia o en Google, personajes que nunca existieron.

De su inmensa producción son de profunda recordación para mí *Ficciones* y *El Aleph*, y de su bella y compleja poesía, solo alcanzo a mencionar hoy dos, con pequeñas partes del poema 1964 y de la “La Luna”. De este último

“Cuenta la historia que en aquel pasado tiempo en que sucedieron tantas cosas reales, imaginarias y dudosas, un hombre concibió el desmesurado

proyecto de cifrar el universo en un libro y con ímpetu infinito erigió el alto y arduo manuscrito y limó y declamó el último verso.

Gracias iba a rendir a la fortuna cuando al alzar los ojos vio un bruñido disco en el aire y comprendió, aturcido, que se había olvidado de la luna.

La historia que he narrado aunque fingida, bien puede figurar el maleficio de cuantos ejercemos el oficio de cambiar en palabras nuestra vida”.

Y de 1964, estos fragmentos:

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado. Ya no compartirás la clara luna ni los lentos jardines. Ya no hay una luna que no sea espejo del pasado, cristal de soledad, sol de agonías.

(...) pero no basta ser valiente para aprender el arte del olvido. Un símbolo, una rosa, te desgarran y te puede matar una guitarra. Ya no seré feliz. Tal vez no importa. Hay tantas otras cosas en el mundo; un instante cualquiera es más profundo y diverso que el mar.
(...) La dicha que me diste y me quitaste debe ser borrada; lo que era todo tiene que ser nada. Sólo que me queda el goce de estar triste, esa vana costumbre que me inclina al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina”.

Y qué se podría decir de los amores de Borges, pensando en Bécquer, Machado y Kafka: que los amores de Borges fueron algo difícil de imaginar. Tuvo un amor de juventud con Elsa Astete, cuando él tenía 26 y ella 17, pero se separaron, y ella se casó y después, oigan ustedes, ella ya viuda y con un hijo y cuando Borges tenía ya la módica edad de 68 años, se casaron. ¡Qué tal esa! Y, espero que me oigan bien, a los dos años de matrimonio, se separaron. Entonces, si hacemos la cuenta, él amó a esa mujer a la distancia, durante 42 años, o sea que era un amor increíble y uno dice, bueno, cásense, ya es suficiente tan larga separación, pero lo que no se puede aceptar es decir que, en el aire, que con su febril imaginación, mantuvo vivo algo que no existía.

En aquel interregno de los 26 años de esta pareja y los 68 de Borges este se enamoró de dos hermanas, Norah y Haydée Lange, bellas ambas, y les escribió versos e hizo hasta lo imposible por conquistarlas, pero ambas, tranquilamente lo abandonaron.

El mal de Bécquer que antes les narré, aquí también se dio.

Después de estos abandonos y ya roto su matrimonio, Borges conoció a María Kodama, su última esposa y compañera hasta el final, pero sucede que los separaban 40 años de distancia. Y uno se pregunta cómo pudo funcionar esa relación, pero así fue.

Y, así, pensando yo en Bécquer, Machado, Kafka y Borges escribí un pequeño poema que dice así.

“Todo amor
es una esclavitud.
Y mientras más grande
y más hermoso el amor
más grande y más terrible
la esclavitud”.

Para terminar este, mí pequeño y respetuoso homenaje al inolvidable Borges, recordar lo que dijo Mario Vargas Llosa sobre él: “la obra de Borges es siempre perfecta, como un anillo”.

Regresando al mundo de los humanos, quiero comentarles, resumidamente, que, como presidente de la Cámara Colombiana del Libro, quise siempre hacer muchas cosas, en favor de los libros y de la lectura y no sé cuántas logré, pero hoy me parece oportuno recordar aquí tres de ellas: la Ley del Libro, la Feria Internacional del Libro y una fundación, Fundalectura.

Siendo yo senador de la República, por allá en el año de 1993, con la compañía de los directivos de la Cámara Colombiana del libro de esa época, consideré necesario conseguir la aprobación de una ley que die-

ra estímulos a los escritores, los editores, las librerías y los lectores. Así pues, nos dimos a la tarea, y en un año conseguimos su aprobación y ella es la ley # 98 de diciembre 23 de 1993.

Esta ley aprobó que los escritores, los editores y las librerías estuvieran exentos del impuesto sobre la renta y, además, asunto muy importante, que los libros no paguen IVA.

Desde ese año de 1993 hasta el 2023, se tramitaron 19 reformas tributarias y en todas ellas intervine; en 18 de las cuales la ley se mantuvo incólume, hasta la del año pasado que, contra mi voluntad, se le impuso un gravamen del 15 % sobre la renta a los editores.

Por otro lado, La historia de la Feria Internacional del Libro es una historia muy larga que trataré de resumir al máximo.

En el año de 1985, siendo presidente de la Cámara Colombiana del Libro, discutimos sobre la necesidad de tener en Colombia una feria del libro internacional, que le diera a Colombia una posición editorial relevante, que le permitiera el lanzamiento de nuevos títulos, la presencia destacada de escritores nacionales y extranjeros, buscar un estímulo que permitiera a miles de personas estar cerca de los libros e incentivar así su lectura, pues Colombia era un país poco lector y, aunque al día de hoy hemos crecido, es claro que todavía tenemos un largo camino por recorrer.

Fue así como en 1988 inauguramos la primera feria y desde entonces es un evento que no ha parado de crecer. En este mo-

mento estamos en la número 36. Es decir, son 36 años de labores ininterrumpidas, de un éxito nacional e internacional indiscutible, lo cual, naturalmente, me llena de inmensa satisfacción.

En cuanto a Fundalectura, bajo mi dirección, nació en 1990, con el propósito de contribuir al desarrollo cultural del país mediante la generación de condiciones y líneas políticas en lectura y escritura que impactaran toda la sociedad. Es hoy una institución con amplia trayectoria como creadora de cultura, conocimiento y metodologías innovadoras para el fomento de la lectura, la escritura y la oralidad.

Fundalectura es, además, la sección colombiana, del International Board on Books for Young People, IBBY, integrada por 68 secciones nacionales que conforman una red mundial comprometidas con el ideal de reunir niños alrededor de los libros.

Bien, debo terminar esta intervención, agradeciendo de nuevo, de manera muy especial, a la Academia Colombiana de la Lengua por el inmenso honor que me hace con este reconocimiento.

En memoria y honor de Enrique Forero (por Clemente Forero-Pineda; Bogotá, 12.VIII.2024). Es un inmenso honor para mí que la Academia Colombiana de Ciencias Económicas y la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales me permitan dar hoy un testimonio sobre los momentos que compartí con Enrique Forero González. Considero que

Enrique fue el líder científico que ha dejado la más honda huella en la Colombia del último cuarto de siglo.

Cuando Enrique falleció, un número de la Revista de la Academia de Ciencias fue dedicado a recordar su vida. La presidenta Elena Groot destacó el compromiso de su antecesor con la ciencia como un ideal de vida. Nueve académicos más escribieron en ese número. Alberto Gómez describió la entrega y la identificación de Enrique con la Academia -la verdad es que, durante su presidencia y después, Enrique vivió para la Academia y por la Academia -; Angela Camacho resaltó los esfuerzos de Enrique por visibilizar el aporte femenino a la ciencia colombiana, y Carlos Jaramillo, su batalla por el presupuesto de la ciencia. Darío Valencia explicó las grandes realizaciones de la Academia durante la presidencia de Enrique: el programa STEM-Academia, la internacionalización de la institución y el liderazgo en distintos foros multilaterales, la impronta que dejó en las políticas públicas, la gestación, conformación y masiva participación de la Academia en la Misión Internacional de Sabios, y la presencia de la Academia en muchos rincones del país; Elizabeth Hodson, su capacidad de gestión para la promoción de la ciencia, y para llevar a los territorios la idea de la sociedad del conocimiento, así como su liderazgo internacional y el equipo de trabajo que construyó; Gonzalo Andrade, su trayectoria como botánico y sus aprendizajes al lado de Enrique; José Luis Fernández, del Real Jardín Botánico de Madrid, escribió igualmente sobre su aprendizaje personal, especialmente en el proyecto Calliandra (Leguminosae) en el pie de monte Llanelero. Luis Fernando García comparte con los

lectores su sueño de haber podido trabajar al lado del investigador en sus expediciones y narra la actitud del hombre frente a una enfermedad terminal. Moisés Wasserman, finalmente, presenta algunos rasgos de su personalidad: su insensibilidad a los halagos, su incapacidad de entrar en conflicto, su obsesión por cumplir compromisos.

Hoy comparto con ustedes mi admiración por Enrique y mi visión sobre su liderazgo científico.

Supe de la existencia de Enrique Forero por allá en los años noventa. Enrique había sido el director de investigaciones durante cinco años del Missouri Botanical Garden, y presidente de la Organización Flora Neotrópica entre 1981 y 1988 y en ese momento era el director de Botánica sistemática del Jardín Botánico de Nueva York. Yo estaba en Colombia; pero las bases de datos científicas se digitalizaron y comenzaron a popularizarse. Los autores figuraban en estas bases sólo con la inicial del nombre y el primer apellido. Comencé a recibir correos del Institute of Scientific Information (el célebre ISI) preguntándome si C. Forero era el mismo E. Forero que había escrito este o aquel artículo sobre plantas. No somos parientes cercanos, aunque él sostenía que todos los Forero veníamos de la misma rama.

Las validaciones de autoría del Institute of Scientific Information se repetían cada vez que Enrique publicaba. Siempre les respondía que yo no era el autor. Pero, por curiosidad que ustedes sabrán comprender, leí algunos de esos artículos, de forma que terminé aprendiendo que en la Amazonia colombiana habitaba una especie nueva del

género de las *dipterocarpaceas* y cosas por el estilo.

Enrique Forero era un botánico de reconocimiento mundial y en su vida hizo más de un centenar de publicaciones. Por ello, pero sobre todo porque fue un maestro a cabalidad toda su vida, no les sorprenda si les digo que hoy hay 28 especies de plantas y líquenes que fueron nombrados en su honor. Que una especie lleve el nombre de un botánico es el máximo reconocimiento que éste puede recibir. Enrique Forero recibió ese homenaje en 28 ocasiones.

¿Cuándo le agregé Enrique a su vida de botánico de renombre la de líder científico? Recientemente me encontré con un artículo visionario que me permite aventurar una respuesta. En 1998, Enrique escribió, para una revista mexicana de ciencias, los siguientes párrafos que marcarían el derrotero de la segunda parte de su vida. Decía: “Varios países de América Latina enfrentan en la actualidad una nueva crisis económica. En algunos de ellos esa crisis económica está acompañada de una aguda crisis política y de una igualmente profunda crisis de valores. En tiempos de crisis, el medio ambiente se convierte en la ceniciera de los gobiernos. ¿Por qué habría de ser importante apoyar las investigaciones sobre diversidad biológica en los países tropicales del hemisferio si hay otros problemas más urgentes por resolver? ¿Por qué habría de ser prioridad para un gobierno preocuparse por la desaparición de las especies cuando el precio del petróleo o del café está declinando en los mercados mundiales?”. “Nuestro conocimiento de la riqueza biológica del continente americano no comenzó a generarse hace cinco o

diez años. Al contrario, tiene una larga y fructífera historia. Sólo que no se hablaba de ‘biodiversidad’. “No veo que la brecha entre nuestros países y los países llamados desarrollados o del primer mundo se haya reducido.”

“ Los problemas del medio ambiente en América Latina no se reducen solamente a las políticas gubernamentales, o a la ausencia de ellas, o a los demás elementos que he mencionado hasta ahora. Los problemas de la biodiversidad y la conservación en la región también tienen que ver mucho con nosotros mismos, con la actitud de la comunidad científica y académica al respecto, con nuestra pasividad, con el deseo de diagnosticar todas las situaciones *ad infinitum* sin llegar jamás a respuestas concretas.”

Este no solo era el reclamo de Enrique. En este escrito está plasmado el objetivo y el derrotero de lo que sería la segunda parte de su vida. En sus palabras interpretaba a toda una generación de colombianas y colombianos, de latinoamericanos, que hemos vivido convencidos de que el conocimiento es indispensable para forjar un mejor destino para nuestros pueblos.

Desde aquella época, Enrique se fue transformando en el líder de la comunidad científica que conocimos. Y tenía tan claro su objetivo -darle un vuelco a las condiciones en que se hace la ciencia en Colombia -que tomaba decisiones y las ejecutaba a una velocidad impresionante. A la vuelta del siglo, vine a conocerlo personalmente, porque ambos aceptamos propuestas de ser candidatos a la rectoría de la Universidad Nacional. En nuestras giras por las seccionales, tuvimos mucho tiempo para compar-

tir. Enrique era decano de la Facultad de Ciencias para entonces. Su prestigio científico, su calidad humana y su convicción le permitían influir sobre todos los que se encontraban con él.

La batalla de Enrique por la ciencia había comenzado y ya nunca más se detendría. A lo largo de dos décadas y media, fuimos muchos -académicos y no académicos- los que tuvimos el privilegio de acompañarlo en su gesta. En 2013, fue elegido presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales (Accefyn). Fue reelegido para ese cargo hasta cuando el reglamento lo permitió y, al término de sus nueve años, continuó sirviéndole a la Academia en otras funciones transcendentales.

Yo conocí de cerca a la Academia de Ciencias hace más de 35 años. Durante todo este tiempo, la ACCEFYN tuvo presidentes brillantes, científicos ilustres, líderes destacados. Pero Enrique logró abrir ese amplio espacio que hoy tiene la Academia en la sociedad colombiana. El panorama que hoy puede apreciar la doctora Elena Groot desde la presidencia de la Academia de Ciencias es inmenso, y lo es especialmente desde la presidencia de Enrique Forero.

Enrique tenía una inmensa capacidad para unir a mucha gente alrededor de grandes objetivos. Algunas veces lo acompañé a reuniones con empresarios, con ministros, con congresistas. En todos ellos infundía respeto por la persona y por la ciencia. También iba él, acompañado de su equipo, a colegios y escuelas, e interactuaba con las comunidades en ferias de ciencia regio-

nales. Para los niños Enrique era la figura mitológica del científico.

Con las universidades de las regiones, firmaba convenios para el largo plazo. Nos comprometía a todos con proyectos en territorios lejanos como el Guaviare. Era hombre de alianzas; era lo que el biólogo evolutivo Martin Nowak llama un super-cooperador; fue un constructor de redes a partir de acuerdos, de planes, de compromisos y -sobre todo- de ejecuciones. Para Enrique no había distancia entre la teoría y la práctica; ni entre el discurso y la ejecución; todo eso se movía articuladamente, como en una gran orquesta sinfónica.

Su capacidad de comprometer a los gobernantes era sorprendente. El presidente Iván Duque adquirió tres compromisos con Enrique Forero, que eran compromisos con la Academia, con la comunidad científica, con el país: convocar una misión de sabios; crear un Ministerio de CTI, y llevar la inversión del país en investigación y desarrollo (I+D) al 2%.

Al presidente Gustavo Petro lo comprometió a llevar la inversión en I+D del país al 1,5%.

La Misión Internacional de Sabios se convocó y le hizo una gran propuesta al país: productividad, equidad y sostenibilidad -objetivos en lo que todos los discursos están de acuerdo- sí, pero con la conciencia de que eso sólo se logra a través del conocimiento y de la educación de muy amplias capas de la población. El Ministerio de Ciencias se creó, aunque en condiciones muy distintas de las que se esperaban, por-

que las instituciones formales que no corresponden a realidades de poder no suelen funcionar. Por el contrario, en lo presupuestal y en la inversión en investigación y desarrollo, ambos presidentes le incumplieron a Enrique Forero, y al hacerlo le incumplieron a la comunidad científica, a los empresarios innovadores, a la sociedad y al país.

Las relaciones de Enrique con los gobernantes no siempre fueron fáciles. En los momentos difíciles, sacaba a relucir su apego a los principios de la ciencia, aún cuando ello significara enfrentarse a los poderosos. Todos admirábamos su capacidad para nunca romper relaciones, inclusive después de una reunión en donde hubiera tenido que defender esos principios con su carácter y con la fuerza de sus palabras. Enrique impulsó, gestó y armó la Misión Internacional de Sabios que se inició en 2019. Hizo valer el compromiso presidencial de convocarla; aseguró la llegada de más de una docena de académicos y académicas, no solo colombianos sino extranjeros, a la Misión. La acompañó en su diario trajinar y en sus batallas. Y aseguró que su mensaje fuera entendido y acogido por la comunidad científica.

Con Enrique y la Academia como aliados incondicionales, la Misión de Sabios dio batallas cívicas frente a decretos del gobierno para que la ciencia no se redujera a buscar exclusivamente una competitividad esquiva; para que los objetivos de la investigación abarcaran la salud de la población y la sostenibilidad del medio ambiente; para que el propósito último de la ciencia se viera en su compromiso con simplemente descubrir y con el destino de la Humanidad; en fin, para que el sistema

de ciencia, tecnología e innovación no fuera un simple apéndice del sistema de competitividad. La alianza Academia-Misión fue fundamental para frenar la intención de someter la ciencia al maximando unidimensional de la competitividad.

Academia y Misión también lucharon juntas para tener un sistema coherente de CTI; y para que la ciencia fuera respetada en su diálogo con los saberes ancestrales, importante conversación que Enrique ya anunciaba en su artículo de 1998. Unidas, Academia y Misión lucharon para que la estructura del Ministerio de Ciencias fuera lo más racional posible. Aunque no logramos que el Ministerio fuera un coordinador de las actividades de rueda suelta de los seis sistemas sectoriales de investigación, la propuesta de un auténtico sistema de ciencia, tecnología e innovación que propusieron la Academia y la Misión conjuntamente sigue en pie.

La generosidad de la Academia con la Misión fue inmensa. Además de contribuir a su gestación, a su conformación, a su visión y a su organización, hizo viable la realización de varias iniciativas, entre ellas dos grandes eventos de neuroeducación, importante eje de las propuestas de la Misión y del programa STEM de la Academia, con la participación de los líderes mundiales del campo, y miembros de la Misión y de la Academia, varios centenares de investigadores colombianos y maestros de zonas deprimidas de pequeños municipios comprometidos con la batalla por la calidad reunidos en talleres.

Las realizaciones de la Academia durante sus 9 años de presidencia tienen mu-

cho que ver con la forma como Enrique ejercía su liderazgo. Sus estudiantes, la multitud de discípulos que no fueron sus estudiantes pero cuyas vidas fueron transformadas por Enrique, sus colegas académicos y su equipo corroboran una hipótesis que alguna vez compartí con él acerca de su liderazgo: Enrique nunca le decía que no a nadie (lo que algunas veces lo ponía en problemas), y nunca nadie le decía que no a Enrique. Estimulaba cualquier iniciativa; y a los que lo rodeábamos nos parecía que todas las suyas nos abrían puertas. Enrique le daba alas a la gente.

Hizo crecer la Academia de Ciencias. Aumentó 70% el número total de académicos, para darle espacio a los más jóvenes, a las mujeres, a gestores y amigos comprometidos con la ciencia. Y revivió el Colegio Máximo de las Academias de Colombia.

Enrique se ocupó especialmente de incorporar a las mujeres científicas y a las juventudes a la Academia de Ciencias. Como lo resalta Ángela Camacho, “al comienzo de su gestión, solamente el 9% eran mujeres; Enrique Forero logró doblar ese porcentaje a un 18% de mujeres académicas y entregó la presidencia de la Academia a una científica, Helena Groot”.

Es ejemplar la forma como involucró a la naciente Academia Joven en la discusión crítica y divulgación de los planteamientos de la Misión de Sabios. Con ello nos enseñó que una academia joven se construye asignándole tareas mayúsculas. Enrique era un maestro auténtico, un formador de investigadores, un acompañante en la vida de sus discípulos. Su apoyo a las ideas de sus estudiantes y sus discípulos fue fundamental

en forjar carreras científicas muy exitosas. “Creyó en mí y eso me hizo creer en mí misma”, dice Bibiana Moncada, quien hoy es curadora de Líquenes y Briofitas en el Herbario de Berlín. Las 28 especies que llevan el nombre de Enrique Forero reflejan la calidad humana y la sabiduría del maestro, el cariño de sus discípulos por la persona y el agradecimiento al guía. Es particularmente significativo que, ya después de su muerte, dos discípulos y un colega hayan registrado tres nuevas especies de líquenes *lobarioides* con el nombre de Enrique Forero González: la *lobariella foreroana*, la *sticta henrici* y la *Yoshimuriella enfogoa*. Enrique alcanzó a leer el borrador del artículo, discutirlo, controvertirlo y finalmente aprobar su metodología antes de dejarnos.

Enrique iba a los colegios y escuelas personalmente a llevar el mensaje de la ciencia, a acompañar exposiciones científicas, a iniciar procesos de transformación de las mentes hacia la ciencia. En Boyacá y en barrios deprimidos de Bogotá se recuerdan sus visitas. Creía firmemente que transformar los cerebros de los niños y adolescentes era la forma de hacer realidad los sueños de un nuevo país. Con el apoyo de su equipo, convirtió los estantes de la Academia en una biblioteca itinerante que iba por las ferias de libros y escolares de las regiones, comunicando la noticia de la ciencia.

Su equipo lo recuerda con especial devoción. “Nos permitió vivir y ser Academia”, “Para él, todo el mundo merecía una respuesta”, son sus testimonios. Él les llamaba su “junta directiva alterna” y les escuchaba. “En la Academia se hace lo que Enrique obedece”, respondía. En su incan-

sable entrega a la Academia de Ciencias, Enrique no puso ningún límite. Ellos y ellas lo acompañaban en todo. El equipo se convirtió en parte de su familia. Hoy evocan especialmente su infinita generosidad, particularmente en momentos de dificultades; las narraciones de sus aventuras en campo, que compartía con ellos; el trato amable, y el interés sincero en sus vidas y en sus familias.

Es esta apenas una rendija que se abre sobre la huella que dejó Enrique Forero González entre nosotros, un año después de su pérdida (porque para muchos de nosotros lo fue); una mirada sobre la vida de un constructor de redes de conocimiento y de humanidad; un agente activo de la política científica desde la sociedad civil; el transformador de la Academia de Ciencias; el científico que por primera vez logró comprometer a presidentes de la República con la ciencia; el gestor, creador, defensor y divulgador principal de la Misión Internacional de Sabios; el maestro que nos dejó un legado de bonhomía y de compromiso con el conocimiento.

Enrique es el modelo de los líderes que necesita la ciencia en nuestro país: científicos reconocidos y realizados con gran capacidad de orientar políticas, de dialogar con gobernantes y convencerlos, de limar asperezas y de tender puentes con todos los sectores de la sociedad; de hacer crecer la audiencia, involucrando a las mujeres a la ciencia y a los jóvenes al mundo de las academias.

En nuestras vidas, a veces nos encontramos con personas que encarnan una época histórica. Creo que en la historia de

la ciencia de Colombia, contar episodios de la vida de Enrique Forero González es contar la ciencia colombiana en la época que hemos tenido que vivir.

Eduardo Escobar – In memoriam (por María-Dolores Jaramillo). Eduardo Escobar, poeta, escritor y periodista colombiano, nació en Medellín, Colombia, el 20 de diciembre de 1943 y murió en la misma ciudad el 18 de marzo de 2024, a los ochenta años.

Trazó inicialmente un primer camino literario al lado de los renovadores e imaginativos poetas nadaístas y muy pronto escogió su propia reflexión e indagación solitaria. Siguiendo las lecturas de Thomas Mann, Schopenhauer, Nietzsche, Sartre, Camus, o George Steiner, entre muchos otros, deconstruyó las ideas convencionales y reexaminó una a una en su validez. Y fue acercándose a un pensamiento libre, independiente, crítico, cada día más depurado y preciso, expresado con gran riqueza verbal. Construyó una obra literaria importante como ensayista, periodista y poeta, en la que se destaca su alta capacidad humorística e ironía y la cualidad provocadora de su visión personal, apoyada en argumentos y puntos de vista históricos muchas veces sorprendidos y novedosos.

La obra ensayística de este escritor y pensador recorre todos los temas esenciales de la condición humana e invita al lector a repensar y ajustar las ideas. A desechas las ideas inservibles y a buscar siempre mejores respuestas. A mirar de nuevo cada concepto e idea. A desmitificar falsos

ídolos, falsos valores, ficciones y mitologías. Su columna de cincuenta años en el periódico *El Tiempo* recibió el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 2000, y se tituló *Contravía* porque pensaba los problemas desde ángulos distintos de los usuales. Porque evitaba los lugares comunes y buscaba otras explicaciones más válidas, convincentes y racionales para los distintos temas y problemas. *Contravía* fue una invitación permanente a repensar con mucho humor las preguntas y las respuestas que conforman la historia política, artística, religiosa o literaria que funda y soporta principalmente las civilizaciones occidentales. Una invitación sonriente a rearmar las ideas y a comprender mejor la vida humana.

Contravía fue una columna periodística alejada de lo tan extrañamente llamado hoy “políticamente correcto”, y de las nuevas formas verbales que ha obligado el feminismo. Cada problema se trataba sin maquillaje ni eufemismos, buscando el tono humorístico, la precisión verbal y la claridad conceptual, y no los acomodos y cálculos de conveniencias. Su escritura fue un ejercicio analítico y crítico de alto calibre. Por eso se ganó muchos malquerientes, además de las alborotadas feministas que nunca comprendieron sus pullas, sus diatribas, ni pudieron compartir su risa...

Su escritura deja la huella de un gran lector, de un intelectual librepensador, de un hombre muy estudioso. Todas las ideas de sus diversos escritos las acompaña y soporta el rigor de los argumentos. Fue uno de los únicos intelectuales y pensadores colombianos contemporáneos que se atrevió a cuestionar abiertamente a las Farc

y a las demás guerrillas, y señaló su falso heroísmo y su daño continuo al país... Que desenmascaró el idealismo equívoco del Che Guevara o del cura Camilo Torres.

No era un escritor militante, ni de izquierda ni de derecha, ni afiliado a ningún partido. Aunque algunos colegas de “la izquierda exquisita”, -como él los llamaba con ironía-, lo tachaban de derechista, y les gustaba con insidia estigmatizarlo, y con envidia disminuirlo... Pero sus ideas eran libres y liberales. Amplias y profundas. Y la continua lectura le ayudó a movilizar sus puntos de vista y a nutrir su inteligencia para rearmar los distintos rompecabezas. Porque la inteligencia es esencialmente una función móvil, que corrige y ajusta la percepción y la intuición. Que añade y modifica ayudada de la lectura y la experiencia progresiva.

Le interesaron todos los temas humanos, literarios, musicales, sexuales, artísticos, políticos, educativos, astrológicos y científicos. En muchos aspectos continuó los caminos reflexivos del escritor Fernando González, a quien admiraba. Y a quien dedicó sus últimos esfuerzos en la preparación de un libro de ensayos sobre el escritor, que formará parte de su patrimonio póstumo. Leyó con interés a Carrasquilla y a León de Greiff, y a los principales escritores europeos y norteamericanos de las vanguardias del siglo XX. Señaló sus preferencias por César Vallejo, Eugenio Montale y Nabokov.

Algunos escritores le reclamaron haber creído en las posibilidades del gobierno de Álvaro Uribe. El 70% del país puso entonces sus esperanzas en la misma canasta, y

también apostó con fe, y en un momento histórico determinado creyó en el vigor, empeño antioqueño y capacidad de trabajo y transformación del país. Los colombianos estábamos acorralados, sometidos y atemorizados por la extorsión, el terrorismo y los secuestros. La violencia nos derrotaba. Y todos deseábamos un capítulo nuevo con algunos triunfos... que sin duda Álvaro Uribe nos concedió, a pesar de algunos errores y sombras.

Eduardo Escobar vivió algún tiempo con el pintor Norman Mejía en Barranquilla. Pintaron juntos. Conversaron días y noches. Contempló y admiró muchas de sus explosivas representaciones y metamorfosis sexuales. Sus signos ocultos. Compartieron la fuerza creativa e imaginativa. El espíritu festivo y danzante.

Eduardo Escobar dejó en la revista Soho algunos de sus mejores textos y divertimentos, juguetones, picantes, insinuantes, y mordaces; alusivos y sugestivos; sobre una gama muy amplia de temas femeninos y humanos, eróticos y sexuales. En Soho cuenta al lector con mucha gracia cómo es amar a las muy distintas mujeres.

El tema de las dueñas chicas y grandes, o el examen de las mujeres mayores y menores, gordas o flacas, por ejemplo, con influencia del Arcipreste de Hita, se incluyen entre algunos de sus más interesantes textos humorísticos de juegos do-

bles y connotaciones plurales. Pinta cuadros de amplio humor sobre las mujeres, sus rasgos y sus conductas. “Elogio de la moza” es una reflexión muy singular y lúcida. “Elogio de las tetas chiquitas”, contra la tendencia actual a la abundancia de la silicona y el bótox, de las “muy globulosas que arrastran pompis pomposos...” son escritura para disfrutar, pensar, y morirse de la risa. “Magia negra” es otro texto insinuante, amplio en reflexión y diversos juegos de humor, que prueba su independencia de todo racismo y homofobia. “Los olores del amor” y “Los riesgos del amor” descubren la intimidad y los deseos profundos. Y aportan un surtidor de juegos verbales, burlas y risa. Forman en su conjunto un legado literario especial de prosa poética, amplia en recursos retóricos, divertido y delicioso para la lectura.

El escritor luce por su impertinencia. Por su carácter lúdico y provocador. Por la fuerza de los banderillazos que lanza al circo político, a la impostura intelectual, o al ruedo femenino. Con el mismo tono burlón, intensidad, y desparpajo que lo hizo su contemporáneo Rafael Humberto Moreno Durán cada vez que hablaba de las féminas... O Góngora y Quevedo en sus muy ingeniosos versos amorosos y satíricos.

Nosotros conservamos su memoria en los abundantes y divertidos ensayos, prosas, diatribas, crónicas, poemas y divertimentos.



Pilar González-Gómez

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira (✉), Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, Carmelita Millán de Benavides, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Pepe Cánovas (✉), Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis Eduardo Mora-Osejo (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora-Osejo (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón-Cardona., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Omar-Darío Cardona A., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano (✉), José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Farid Numa-Hernández, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.



Pilar González-Gómez

Colaboradores

Pilar González-Gómez. Dibujante/Pintora, Psicóloga Clínica en ejercicio. Ilustradora de cabecera en la Revista Aleph. Sus referencias más detalladas se encuentran en diversas ediciones, en especial en la No. 210 (2024, p. 253).

Marta-Cecilia Betancur G. Profesora titular, en la Universidad de Caldas, Escuela de Filosofía, con maestría y doctorado. En las páginas iniciales de esta edición se encuentra mayor información sobre su personalidad y su obra.

Álvaro Castillo-Granda. Escritor, editor y librero, con epicentro en Sanlibrario (Bogotá). Sus libros publicados: *Librovejero* (2021), *Con los librereros en Cuba* (2020), *Un librero* (2018), *Encuentros con Paco Ignacio Taibo II* (2013), *De cuanto Pablo Neruda plagió a Miguel Ángel Macau* (2008), *En viaje* (2007), *Julio Cortázar: una lectura permutante del capítulo 7 de Rayuela* (2005, 2011), *El libro – Recuerdos de un lector* (2004).

Adriana Villegas-Botero. Abogada, Escritora, docente e investigadora en la Universidad de Manizales, magistra en estudios políticos, con doctorado en literatura, columnista de prensa. Premio Simón Bolívar de Periodismo 1999, 2019 y 2021. Ha publicado cuentos en diversos medios, y es autora, entre otros, de los siguientes libros: *El oído miope* (2018), *El lugar de todos los muertos* (2018), *Bogotá contada 8* (2021), *Sakas* (2023).

Marcela Castillo-Villegas. Profesora de filosofía antigua y de estética en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, con doctorado en Filosofía. Sus campos de aplicación: divulgación filosófica, escritura de ficción y las relaciones entre filosofía y literatura.

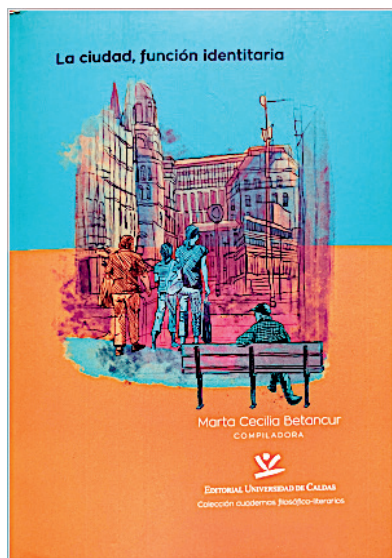
José Oliden Muñoz-Bravo. Educador, con formación básica en la Escuela Normal Superior (Nariño), licenciado en educación primaria, magister en educación de adultos, especialista en informática y didáctica, y en administración educativa. Doctor en Ciencias de la Educación y en Ciencias Pedagógicas. Autor de los libros: *Modelo pedagógico – Significado cognitivo* (2024), *Práctica pedagógica en investigación* (2020), *Investigación en el quehacer educativo* (2018), *Maestros superiores – Sueños y anhelos* (2017), *Modelos pedagógicos para mejorar la formación* (2013).

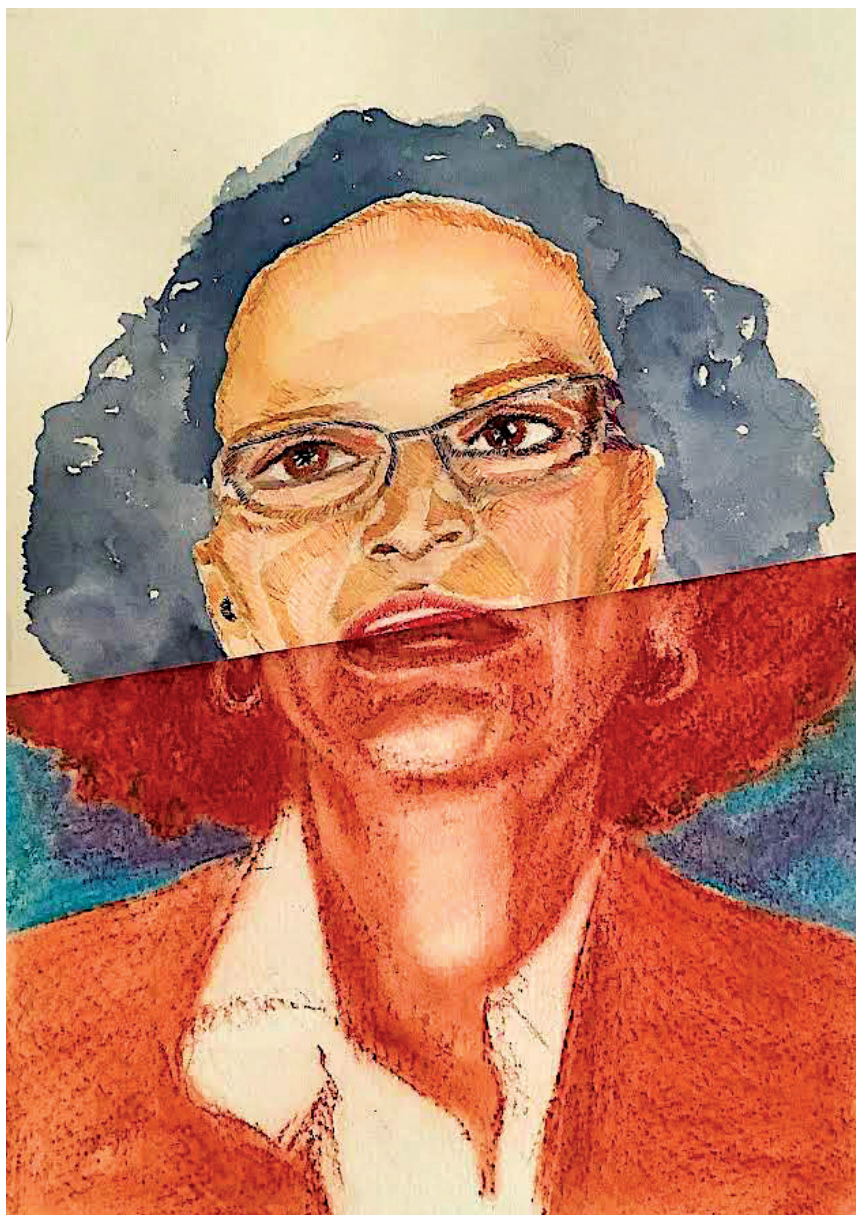
William Ospina. Poeta, ensayista, narrador, columnista de prensa, con numerosos libros publicados y de presencia internacional. Entre su obra mencionamos, la maravillosa trilogía: *Ursúa*, *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos*, y de su más reciente producción su estudio sobre la vida y la obra de Alexander von Humboldt (“Pondré mi oído en la piedra hasta que hable”, 2023).

Jorge Valencia-Jaramillo. Economista, escritor, ex ministro de Estado, ex Alcalde de Medellín. Fundador y Director de la Feria Internacional del Libro (FilBo), Co-creador del Grupo Andino (Comunidad Andina de Naciones, que integran Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia). Escritor, autor de los siguientes libros en poesía: El corazón derrotado, Memorias de la muerte y el amor, El silencio de la tormenta, La felicidad en la sombra, La luz imposible, La agonía sin fin y Huracán en el Paraíso. Personalidad emblemática de la Fraternidad Universal.

Clemente Forero-Pineda. Ingeniero Civil, Magister en Economía, con estudios de matemáticas y física, Magister en Planeación, PhD en Economía. Docente/Investigador en la Universidad Nacional de Colombia (de la cual es Profesor Emérito y Honorario) y en la Universidad de los Andes. Miembro de la Comisión Preparatoria (1990) de la Asamblea Constituyente en educación, cultura, ciencia y tecnología. Miembro y coordinador de las ediciones en la “Misión Internacional de Sabios 2019”. Miembro Honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus contribuciones principales cubren áreas de políticas públicas; innovación e industria; violencia, inseguridad y cooperación contingente; híbridos organizacionales, conflicto y desarrollo regional.

María-Dolores Jaramillo. Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia, con doctorado en filosofía y letras (UN), y doctorado en Literaturas Hispánicas (Universidad de la Sorbona). Ensayista, autora de los libros José Asunción Silva, poeta y lector moderno; Emilio Cioran: creencias y esperanzas de un escéptico. Directora de las ediciones monográficas de la Revista Aleph sobre Fernando González (No. 166, 2013) y sobre Eduardo Escobar (No. 168, 2014), con significativos ensayos publicados en esta publicación y otras.





Pilar González-Gómez



Pilar González-Gómez.

Manuscrito autógrafo <i>/Marta-Cecilia Betancur G./</i>	1
Semblanza de Marta-Cecilia <i>/Aldemar Giraldo-Hoyos/</i>	2
Marta-Cecilia Betancur, una filósofa de condición <i>/Reportajes de Aleph/ /Carlos-Enrique Ruiz/</i>	8
Filosofía social y teoría crítica: patología del desprecio <i>/Marta-Cecilia Betancur G./</i>	36
“Conservar las palabras que no son sino soplos de aire” <i>/Encuentro con Irene Vallejo/ /Álvaro Castillo-Granada/</i>	52
Entrevista con María-Antonia León <i>/Adriana Villegas-Botero/</i>	64
Helena, la amante del conocimiento o la justicia hermenéutica mediante la ficción <i>/Marcela Castillo/</i>	75
La alegría de leer. Técnica original del educador Manuel Agustín Ordóñez-Bravo <i>/José Oviden Muñoz-Bravo/</i>	88
NOTAS	111
En memoria y homenaje de Leo-Libros (por <i>William Ospina</i>) / Al recibir homenaje de la Academia Colombiana de la Lengua (por <i>Jorge Valencia-Ja- ramillo</i>) / En memoria y honor del científico Enrique Forero (por <i>Clemente Forero P.</i>) / Eduardo Escobar – In memoriam (por <i>María-Dolores Jaramillo</i>) /	
Patronato histórico de la Revista	129
Colaboradores	131

